

24 HORAS DE ALCOHÓLICOS ANÓNIMOS

La historia de un hombre, cuando se trata de la propia, no la de un hombre inventado, posible o inexistente, sino de un hombre real, único y vivo, ensayo grandioso de la naturaleza, es esencial y eterna. Y cada hombre, mientras vive en alguna parte, es digno de toda atención.

La historia del Movimiento 24 Horas de Alcohólicos Anónimos está íntimamente ligada a un conjunto de hombres y mujeres que, para nacer, primero tuvieron que morir.

El nacimiento

En la esquina que forman las calles de Hamburgo y Niza, en un local ubicado en el tercer piso de un edificio que se quedó atrás en el tiempo, y que ostenta dentro de la heterogénea arquitectura de la llamada Zona Rosa rasgos propios y singulares, un conjunto de hombres y mujeres que se reunían noche a noche para compartir experiencias y, por 24 horas, detener la enfermedad que habían llevado a costas a lo largo de toda una vida.

Las reuniones de esta sociedad, la más democrática del mundo, las conduce un coordinador elegido por la mayoría de los asistentes. Dieciséis hombres ocupan todos los días la tribuna para hablar de su historia, para hablar de su presente, para limpiar su conciencia y para elevar su mente en momentos en que la civilización humana tiene su reposo, tiene su tregua, y en cada uno de estos hombres se aposenta una extraña mansedumbre. En la pantalla del cielo interior de cada uno de estos hombres se está realizando una muerte personal y exclusiva.

Estos hombres tienen nombre pero no apellido; no tienen antecedentes, ni referencias comerciales. Conocemos a cada uno de ellos solamente mediante su primer nombre, las personalidades se quedan afuera. Hombres dispuestos a renunciar a su pensamiento en aras del bienestar común, hombres para los que vivir es renunciar a sí mismos y entregar su vida y voluntad a la esperanza de una nueva vida.

Guillermo M., Édgar C., Rodolfo M., Víctor J., Héctor S. y Virgilio A. son algunos de los nombres de los militantes de esta sociedad. Afuera, un letrado luminoso anuncia: *Grupo Hamburgo de Alcohólicos Anónimos*.

El *Grupo Distrito Federal de Alcohólicos Anónimos* había sido el antecedente más cercano. Las personas que por aquellas fechas se reunían en el local, habían descubierto, o empezaban a descubrir, una mayor necesidad de comunicación, una mayor necesidad de integración y de crecimiento. Por este motivo una de las características del Grupo Hamburgo se hallaba en la celebración de juntas maratónicas, sin límite de tiempo ni de forma, a través de las cuales brotaba la viva corriente subterránea de la personalidad del alcohólico, impulsión poderosa de tendencias primordiales, dolorosamente estancadas hasta entonces y retenidas en profundos estratos psíquicos.

“Mi nombre es Guillermo y soy alcohólico”.

Esta afirmación cotidiana implica, en los grupos de *Alcohólicos Anónimos*, la admisión de la enfermedad del alcoholismo, tal vez la confrontación más seria de un enfermo que busca su recuperación. Tal parece que la dificultad para declararse enfermo la constituye el hecho de no tomar conciencia de la enfermedad. Es indudable que el alcoholismo es cruel y es irónico. Es cruel porque la sociedad no ha logrado tomar conciencia de que el alcoholismo es una enfermedad. Y es irónico porque el propio

sujeto que la padece rechaza, a veces con energía, la posibilidad de ser un enfermo: el alcohólico defiende su enfermedad a las gradas de la locura y de la muerte.

“En mi adolescencia asistía a pocas reuniones sociales, puesto que siempre me embargó una excesiva timidez. Tenía serios problemas de comunicación que me impedían tratar a las jovencitas de mi edad, en mi casa se vivía un matriarcado y mi madre se oponía de manera definitiva a que saliera de la casa. Fue en esta época cuando empecé a darme cuenta de que bebiendo una o más copas de alcohol en una fiesta las inhibiciones y la timidez desaparecían y me volvía alegre y audaz, por lo que el alcohol fue en aquella época un invaluable ayudante en mi trato social”.

“A los 24 años contraí nupcias y quise imponer de manera absurda a mi esposa mi propia dependencia materna –por demás enfermiza-, con resultados desastrosos. No podía explicarme por qué la renuncia de mi compañera a aceptar que mi madre guiara nuestro hogar conyugal. Neciamente me dejaba manejar por mi madre, quien me indicaba con frecuencia: ‘Antes de tener mujer, tuviste madre’”.

“Los años comenzaron a transcurrir y con ellos se fue acrecentando la necesidad de seguir bebiendo. Me estaba convirtiendo en un bebedor periódico, después de cada día de embriaguez hacía votos solemnes en el sentido de no volver a beber ni una copa más de alcohol, y justo es decir que en esos momentos de depresión, inherentes a la cruda moral, era honesto en mis deseos, que nunca pude cumplir. Pronto comencé a visitar psiquiatras, neurólogos y psicoanalistas, pero por mi deshonestidad nunca pudieron ayudarme. En la misma forma empezó mi recorrido por sanatorios antialcohólicos. Supe lo que era estar internado, lleno de conmisericordia y arrepentimiento, sintiéndome el peor de los hombres y sabiendo que había fracasado absolutamente en todo lo emprendido, y de manera muy especial en mi forma de beber, que me había conducido al aislamiento dentro de la sociedad. Estaba desahuciado, no tenía remedio, había

intentado todo, y nada había dado resultado. Así llegué a *Alcohólicos Anónimos*, para lograr con el programa un cambio, una conversión en lo más íntimo de mi ser”.

Como Guillermo, muchos llegamos a *Alcohólicos Anónimos*. La conciencia de nuestra realidad se fue haciendo clara a través de la militancia, a través de la comunicación, mediante la experiencia de compañeros con mayores vivencias.



Mi nombre es Virgilio y soy alcohólico.

Recuerdo que cuando me fue transmitido el mensaje de *Alcohólicos Anónimos* estaba padeciendo de una de las últimas crudas alcohólicas que viví. Un amigo mío, ex compañero de escuela con el que sostenía relaciones de trabajo, se encontraba por este motivo en mi oficina.

En un estado como el que atravesaba en esos momentos, sentía una enorme necesidad de comunicación. Puedo afirmar que en realidad este síntoma lo padecí toda mi vida, pero siempre un impulso irrefrenable de mentir, una necesidad de ser aceptado por otro ser humano y un temor permanente al rechazo.

-Tengo una cruda fatal –fueron las palabras con que inicié nuestro diálogo.

Mi amigo alzó la vista, se me quedó mirando unos instantes y me dijo:

-Pero tú no tienes problema con tu manera de beber. Yo sí soy alcohólico.

-Yo también –contesté inmediatamente.

Estaba muy lejos de sentirme un alcohólico. Por esas fechas ni siquiera sabía que el alcoholismo es una enfermedad incurable, progresiva y mortal. Sin embargo la frase que inconscientemente pronuncié era producto del deseo que siempre tuve de poder

despertar en los otros seres humanos algún sentimiento de preferencia, de admiración y, de no ser posible, aunque fuera de lástima.

Mi amigo comenzó a relatarme vivamente diversos episodios de su vida alcohólica. Por mi parte no lograba comprender su intención. En esos tiempos estaba viviendo una etapa de la enfermedad alcohólica en la que tenía una enorme tolerancia hacia el alcohol. Hacía ya algunos años que, siendo un bebedor compulsivo, había acudido a la ciencia médica y había estado sujeto a un tratamiento a base de medicinas. En esta etapa, dolorosa por cierto, fui víctima de una neurosis permanente, de miedo e inseguridad manifiestos en todos los momentos de mi vida. Recuerdo que, después de seis meses de abstinencia, un problema circunstancial de trabajo me había hecho volver a beber. La cruda alcohólica fue verdaderamente brutal, fui víctima de una angustia enorme y de diversos malestares físicos. En esta época, también, afloraron en mí claros síntomas de hipocondría. A esta borrachera sucedió otra, ahora por problemas familiares. Definitivamente sentía que era una gente descompensada en la vida, que tenía que huir usando como vehículo de escape el alcohol porque mi realidad personal y circundante me parecía insoportable.

Mi propia persona no me gustaba. Deseaba ser diferente, había querido ser fuerte físicamente y era un alfeñique; había deseado ser un hombre de valor y vivía atormentado por el miedo; aparentaba ser una persona segura, un hombre de carácter, y sin embargo intuía que mi realidad estaba en contraposición a esos deseos. Para compensar toda esta serie de carencias que percibía en mi persona desde la adolescencia, había descoyuntado el instinto de seguridad y me había convertido en un avaro, en un ambicioso insatisfecho que buscaba compulsivamente triunfos materiales para esconder tras murallas de ficción y fantasía una personalidad atormentada.

La realidad que me rodeaba hubiera satisfecho la ambición de cualquier persona normal. Había realizado algunos logros materiales y, sin embargo, vivía insatisfecho, vivía temeroso, vivía desconfiado, como un espía en territorio enemigo. Desde niño busqué fugarme de mi propia realidad, desbordando con fantasías una mente que se negaba a aceptar aquello que los sentidos estaban viviendo.

¿Cómo huir de ese desasosiego crónico? ¿Cómo escapar de esa realidad lacerante? ¿Cómo lograr trascender ese inmenso sentimiento de soledad, ese vacío permanente de mi propia vida? ¿Cómo lograr una correcta aceptación a un mundo que parecía superior a todas mis fuerzas?

Frustración constante al sentir la impotencia para vivir. Solamente en la cantina, cuando la fantasía adquiría algunos visos de realidad y lograba la fuga, podía sentirme compensado, pero invariablemente, llegaba el amanecer y con él la confrontación con mi realidad.

Mi amigo supo desde los primeros momentos que se estaba enfrentando a un ególatra, a un soberbio, y tuvo que hacer uso de toda su tolerancia para poder transmitir el mensaje. Así logró llevarme al *Grupo Hamburgo de Alcohólicos Anónimos*.

“Mi nombre es Víctor y soy alcohólico”.

Llegué a *Alcohólicos Anónimos* después de haber perdido familia y de haber perdido trabajo.

“Mi nombre es Miguel Ángel y soy alcohólico”.

Fui arrancado por *Alcohólicos Anónimos* del infierno de la pulcata y de la piquera.

“Mi nombre es Jesús y soy alcohólico”.

Me fue transmitido el mensaje de *Alcohólicos Anónimos* cuando yacía en la cama del Hospital General vomitando sangre y sintiendo que moría.

Esta información la recibí a mi llegada a *Alcohólicos Anónimos* y cada frase encontraba un rechazo en mi mente, quería convencerme de que era distinto de las personas que allí se encontraban reunidas. Yo no había perdido familia, yo no había perdido trabajo, yo era un buen hijo, un buen esposo, un buen padre. ¡Yo no era alcohólico!

El alcohólico defiende su enfermedad a las gradas de la locura y de la muerte. Tuve que asistir a algunas juntas más para poder tomar conciencia de que, cuando menos, yo ya no podía beber. El temor a la muerte, el temor a la angustia, el miedo a todo y a nada, me hicieron quedarme en *Alcohólicos Anónimos*.

Poco a poco se va experimentando el cambio de manera de ser, de pensar y de actuar dentro de *Alcohólicos Anónimos*. Es, precisamente, la superación consciente de la dualidad en conflicto entre lo luminoso y lo tenebroso, la aceptación y afirmación de la propia personalidad en toda su humana plenitud de tendencias contrarias e irreconciliables, inevitablemente coexistentes en un trágico dinamismo psíquico que el alcohólico vive en su guerra interior, lucha permanente entre sus antagonismos anímicos y su yo real, hasta alcanzar lentamente la plena conciencia de sí mismo.

Solamente aquel ha que experimentado en su propia vida el sufrimiento de la enfermedad del alcoholismo, solamente aquel que ha vagado en la noche tormentosa del insomnio y de la angustia de cada amanecer que siguió a esa noche, solamente el que ha logrado vivir y comprender su propio sufrimiento puede transmitir su vivencia agónica y sembrar la esperanza en otro que como él, igual que él, idéntico a él, está viviendo su propio sufrimiento. Fue necesario que un ex borracho me hablara de su verdad para que

yo viera y comprendiera el alcance de mi propia verdad. Reconozco mi impotencia frente al alcohol y que mi vida había llegado a ser ingobernable.

¿Cómo trascender mi propio pensamiento? ¿Cómo lograr que una mente atormentada por años de sufrimiento aceptara la derrota frente al alcohol y tal vez la derrota frente a la propia vida, cuando aquello que conscientemente he aceptado es seguido por la rebelión de todos los instintos? ¿Cómo contener esa sucesión de imágenes que me acobardan y que me angustian y que me impiden tomar conciencia de que soy un alcohólico y de que solamente mi propia derrota podría traer la redención? ¿Cómo salir de esa cárcel de egoísmo que me hizo cargar durante años una personalidad llena de sufrimiento y conmiseración?

¿Cómo dejar de sentir miedo ante el ser humano, miedo ante el mundo, miedo ante la vida? ¿Cómo salirme de mí mismo para descubrir los nuevos matices y el nuevo significado que promete para mi vida *Alcohólicos Anónimos*? ¿Cómo ver y contemplar el cuadro prodigioso de la recuperación de otros alcohólicos y experimentar en mí mismo la desaparición del abatimiento y la desolación? ¿Cómo hacer que renazca la fe en un espíritu yerto? ¿Cómo hacer que florezca el amor en un campo estéril? ¿Cómo guiar una vida que nunca supe guiar? Ante esta dolorosa realidad, ante este convencimiento, tenemos que descubrir que sólo un Poder Superior a nosotros sería capaz de devolverme el juicio. El alcohólico que no es capaz de dar a otros lo que tan generosamente se le ha dado, degenera y muere.

En la calle de Amsterdam pardeaba la tarde. Dentro de mí comenzaba a latir la esperanza de encontrar el sano juicio, de encontrar una vida diferente, de encontrar una etapa de paz. En el noveno piso de un edificio de esta calle se hallaban Guillermo, Rodolfo, Édgar y Héctor. Habló el primero: “He sentido la inquietud de abrir un grupo que sesione las 24 horas del día con juntas de hora y media. Sé que es una experiencia

nueva, que habrá críticas. Quise comunicarles a ustedes esta inquietud e invitarlos a participar en ella”.

Muy cerca, en la esquina de Niza y Reforma, estaba el bar que había sido de mi preferencia. Aquel que había recogido mi extravío y había sido mudo testigo de mi fantasía y de mi sufrimiento, el lugar en donde recibí muchas veces el amanecer luminoso envuelto en una nebulosa de alcohol. todas las calles circundantes me habían acompañado con su silencio en un vagabundear inacabable, en busca de algo que no encontraba, en busca de la nada. Muchas ocasiones, en las álgidas horas de la madrugada, deseaba dejar de beber, y arrastré mi impotencia por lograrlo y una culpabilidad aterradora.

Tú no eres culpable, eres responsable.

¿Qué enfermo es culpable de su enfermedad?

El borracho, con su muerte, ha hecho florecer el bordón con que apoyaba su paso lento y doloroso, su caminar incierto.

Comprometido con la muerte, compromete dentro de *Alcohólicos Anónimos* el vivir de todos con su vida.

Despertamos los solitarios con el sentimiento vivísimo, como claro es a la inteligencia humana, que sin amor, sin el amor a nuestros hermanos, sin la solidaridad con el prójimo, hemos estado enterrados en vida, pudriéndonos a cada instante en el ser de nuestra existencia, asesinando nuestro tiempo, ajenos a la única ética que lo vivifica y lo hace nuestro: el amor. El alcohólico tiene necesidad de amar, necesidad de entregar todo para no sufrir con su propia compañía, necesidad de ser humilde. Sólo quien ha vivido en la obscuridad está dispuesto a concebir otro estado de cosas, a buscar la luz que puede hacer nítidas las entrañas de nuestras almas.

Es una mañana como todas las mañanas –que para el alcoholico es una mañana nueva y única- ocurre el nacimiento de una fuente de vida en la colonia Condesa. En la esquina de Juanacatlán y Gómez Palacio surge la esperanza del irredento, la cura del soberbio, el bálsamo lenitivo del egoísta: nace el *Grupo 24 Horas de Alcohólicos Anónimos*.



Como en toda experiencia nueva, como en toda nueva aventura, en el nacimiento del *Grupo 24 Horas de Alcohólicos Anónimos*, no medió ningún antecedente, no medió ninguna experiencia semejante, sino simplemente la necesidad de algunos alcoholicos anónimos de servir y de ayudar a las personas que víctimas de su alcoholismo deambulaban por las calles al borde de la locura y de la muerte. ¿Quién descubre, quién sabe, quién inventa el sufrimiento de un alcoholico? ¿Quién, en ese mundo interno, fascinante y terrible en donde se conjugan todos los infiernos y tal vez todos los cielos, es capaz de conocer a fondo el alma atormentada de un ser humano que escapa cotidianamente de su realidad? ¿Qué horario puede funcionar para alguien que ha perdido su propio horario? ¿Qué rumbo puede funcionarle a quien ha perdido su propio rumbo?

La casa escogida para el *Grupo 24 Horas de Alcohólicos Anónimos* está ubicada en la colonia Condesa, en la calle de Juanacatlán esquina con Gómez Palacio. Abajo hay una taquería, el local del *Grupo 24 Horas* se hallaba en la parte de arriba, la casa, tal vez en la década de los cuarenta, como toda casa de clase media tenía algo que debió haber sido sala comedor, un baño amplio, varios cubículos y una cocina también amplia, una azotehuelita. No era una casa muy confortable ni era tampoco una casa totalmente derruida, aunque presentaba huellas del paso del tiempo, debió haber tenido una

hermosísima fachada. Había prisa, mucha prisa por iniciar el grupo. En casi todos los fundadores existían dudas, fuertes dudas, sobre todo para aquellos que no conocíamos un mundo distinto que el mundo de nuestro propio egoísmo. Extraña historia la del alcohólico que es víctima de sí mismo, víctima de su miedo, víctima de su angustia, víctima de su egocentrismo.

¿Por qué, pues, extrañarnos de que en muchos de nosotros hubiera temores? Temores de dejar algo del mundo de afuera, temores de que el grupo no funcionara, temores del tiempo que se le iba a dedicar a esa nueva fuente de vida. Y dudas, muchas dudas, ésa es a fin de cuentas la psique del alcohólico: perdido entre brumas de dudas, de indecisiones, de prisas, temores y fantasías. Esto iba a ser el destape, el destape de una personalidad que había taponado durante mucho tiempo por temor a la manifestación de su espíritu. La primera junta fue totalmente improvisada. Se tuvieron que pedir sillas prestadas al Grupo Hamburgo. No había luz eléctrica y la junta se iba a verificar con velas, pero el alcohólico es una persona hábil para unos, para otros mañosa. Y a fin de cuentas, ¿cómo sobrevivir en un mundo en donde el alcohólico está descompensado si no es con maña, si no es con habilidad? Y no faltó quien tuviera la idea de escamotear a la poderosa compañía de luz una noche de servicio. Gracias a eso hubo luz en aquella junta, luz eléctrica, pero también luz espiritual.

Esta junta fue coordinada por un compañero que ya tenía largo tiempo en el programa de *Alcohólicos Anónimos*, alguien que había conocido a su co-fundador, alguien que se había mantenido sin beber. Él iba como un viejo santón, semejante a muchos que existían en esa época en *Alcohólicos Anónimos*, a presidir la primera junta, la junta de la incertidumbre, en las mismas fronteras del egoísmo personal de cada uno de los que más tarde serían servidores, se avizoraban unas fronteras nuevas, un nuevo inicio, un

nuevo comienzo del servicio, el desvanecimiento del egoísmo, tal vez el final del sufrimiento.

Los temas eran tradicionales. Sólo por hoy. ¿Quién es un alcohólico? ¿Qué es la enfermedad del alcoholismo? Inmediatamente siguieron las demás juntas, las guardias fueron de doce horas. Los cuartos fuera de la sala de juntas estaban vacíos. Después de esa primera junta a la que asistieron unas sesenta personas la sala quedó vacía. Permanecieron cinco o seis miembros del nuevo grupo y algunos militantes curiosos de otros grupos que llegaban a observar la conducta de aquellos aventureros que habían iniciado esa locura de un grupo de 24 horas de *Alcohólicos Anónimos*.

Comenzaron a dejarse oír desde la tribuna las críticas, los augurios de fracaso, las premoniciones desalentadoras. Las viejas y caducas experiencias llevadas una a una a la tribuna fueron presentadas con elocuencia. Qué extraña personalidad la del alcohólico. Mil pretextos y justificaciones para no trascender su egoísmo. ¿No es esto a fin de cuentas una defensa de la propia enfermedad? Yo creo que el alcohólico defiende su enfermedad hasta las gradas de la locura y de la muerte, que al inicio, a nuestra llegada a un grupo de *Alcohólicos Anónimos*, durante las primeras 24 horas es cierto que defendemos el símbolo de nuestra enfermedad: la botella, el alcohol. Pero cuántas veces durante nuestra militancia no estamos defendiendo nuestra enfermedad cuando no podemos trascender nuestro egoísmo, cuando no podemos trascender nuestra injuria, cuando no podemos trascender nuestra propia esterilidad. No cabe duda de que dentro del alcohólico existe una personalidad caníbal, algo que lo va carcomiendo poco a poco, que le va desbaratando las entrañas, tal vez su egoísmo. Muchas veces yo me he llegado a preguntar el porqué del egoísmo del alcohólico, el porqué de ese temor de entregarse a algo llámese mujer, hijos, tiempo, llámese esfuerzo, llámese dinero, llámese vida. Y he encontrado que tal vez, y esto no es teoría sino experiencia pura, que tal vez el

alcohólico es una persona predestinada a vivir una intensa vida espiritual, pero equivocó el rumbo. Quiso tomar el rumbo de lo material, se enfrentó a un mundo hostil y quiso dominarlo, se enfrentó a un mundo cruel y quiso ser superior en crueldad, se encontró un mundo duro y quiso ser el más duro de los duros, sin darse cuenta de que su personalidad –la personalidad del alcohólico- está hecha delicadamente porque está hecha de sensibilidad. Está hecha de amor, está destinada para vivir una intensa vida espiritual.

Cuántos que lean estas líneas van a sonreír maliciosamente. Cuántos piensan que el alcohólico, en su paso por *Alcohólicos Anónimos*, pueden llegar a lograr, de acuerdo con una vieja escala de valores, aquello que por su timidez, su frustración continua, su delicadeza emocional, no fue capaz de lograr, y a fin de cuentas muchos pensarán que lo único malo que tenía era el hecho de que bebía demasiado. pero ¿qué hay de ese cambio, del cambio de manera de ser, del cambio de manera de pensar y del cambio de manera de actuar? Solamente cuando se comienza a servir cae uno en cuenta de que el servicio, dar algo de nosotros a otro ser humano –la práctica de ese único don que dice la literatura que hemos recibido como alcohólicos de conocer a través de nuestras propias personalidades la personalidad de otro alcohólico es una herramienta para lograr trascender el egoísmo, algo de alegría para calmar las exigencias irracionales de nuestras mentes enfermas.

* * *

Muchas 24 horas pasamos sin que llegaran nuevos compañeros, muchas 24 horas pasamos escuchándonos a nosotros mismos.

Qué oportunidad para nosotros de poder seguir hablando de nuestra historia, de buscar incansablemente las causas, los motivos, las circunstancias que nos hacían beber: dependencias emocionales de la madre, del padre, de la esposa, de los hijos. Porque el alcohólico o bien sube a la montaña o bien entra en la montaña.

Cuántos descubrimientos. Que me había gustado manipular a otros o que me agradaba depender de otro ser humano. Cuántas experiencias que nos causaban pavor, descubrir cómo el noventa por ciento de nuestra vida activa –de adicción- era fantasía; descubrir una mente enferma, fantasiosa, una mente a través de la cual desde la época infantil tratamos, quisimos, intentamos y logramos escaparnos de la realidad, ese escape que después fue precipitado por medio del alcohol.

Comenzaron a llegar los ansiados nuevos compañeros. Se admitía de todo. Incluso a los reincidentes. Unos llegaban para quedarse, otros iban de paso a curar su dolor en otros grupos, otros más llegaban para no quedarse, para irse a morir en una calle sin nombre, ir a dar al hospital general o al manicomio. Pasaron los meses y por fin llegaron los esperados, nombres nuevos, nombres frescos, alcohólicos que llegaban con la esperanza de poder alejarse de la bebida, alcohólicas que llegaban pensando que el único problema grave que había en sus propias personas era el alcohol, alcohólicos que buscaban poder concientizar en un instante, en un momento preciso, ni un minuto antes ni un minuto después, que eran también enfermos alcohólicos. Las nuevas experiencias también comenzaron.

Guillermo L., Raúl G., Hilda A., Macario R. y tantos más. El Grupo comenzó a llenarse y a cambiar su fisonomía, comenzó a haber risas y a vibrar la tribuna con la energía. Es cierto que al principio el alcohólico tiene que silbar en la tribuna, tiene que gritar, tiene que objetivizar el resentimiento que trae del mundo de afuera, tal vez contra él mismo, en la persona de cada uno de sus compañeros. Llegaron también compañeros singulares.

Ignacio, sacerdote que venía a pedir a los compañeros del Grupo que lo ayudaran a recuperar una parroquia perdida, una parroquia de la cual sus propios feligreses lo habían corrido por sus continuas borracheras, por sus continuos disparates. Terminó declarándose alcohólico, y lo rea, además. Cuántas mañanas y madrugadas tuvimos la oportunidad de intercambiar impresiones con este compañero hasta arrancarle no solamente la obsesión del alcohol sino la obsesión de su propia parroquia. Hasta ese momento todavía no se pensaba en un anexo. Se había pensado en unos catres porque las guardias eran pesadas y había que descansar en el curso de la noche, pero junto con Ignacio llegaban compañeros que necesitaban más horas de terapia, y muchos de ellos, por circunstancias propias de la enfermedad, lo habían perdido todo. Así, esos catres que eran descanso transitorio y obligado para las guardias se convirtieron en lecho para aquellos que lo habían perdido, para aquellos que cansados por una noche de terapia necesitaban aliviar su propio cansancio. Poco a poco fue naciendo el anexo del *Grupo 24 Horas*.



Otra vez las críticas, otra vez las afirmaciones de aquellos que pensaban que no era fácil la convivencia entre alcohólicos, otra vez las dudas dentro de nosotros mismos. ¿Cómo poder sostener un anexo y dar de comer a los compañeros que estaban llegando? Otra vez la falta de fe. Sin embargo todo comenzó a solucionarse. Las primeras experiencias de los anexados fueron tal vez experiencias de sufrimiento, pero las nuevas generaciones comenzaron a aprender lo importante que era desprenderse de algo, comenzaron a hacer esfuerzos para sostener el anexo, y aquellos anexados que se entregaban al proceso productivo, por gratitud al grupo que les había salvado la vida, y

que todavía se las estaba salvando, comenzaron a hacer aportaciones voluntarias con una nueva séptima tradición, con el fin de sostener a los compañeros que llegaban.

El grupo era evidentemente inquieto. Un grupo lleno de energía, un grupo dicen algunos, lleno de neurosis. ¿Y por qué no?, si la personalidad del alcohólico es una personalidad eminentemente neurótica, y si además cuando ya no se tiene el aliciente de la fuga hacia la ficción que produce el alcohol, el alcohólico tiene que enfrentarse en su proceso de recuperación con esa personalidad neurótica cuyo núcleo fundamental, por definición, nosotros mismos así lo sentimos y así lo pensamos de acuerdo con nuestra literatura, y de acuerdo con nuestra propia experiencia, se encuentra en el temor, en la angustia.

Tal vez desde muy temprana edad el alcohólico fue una gente angustiada, temerosa, que trató de trascender su angustia, como trató de trascender sus carencias, y tuvo que huir de esa realidad en donde se sentía descompensado, en donde se sentía enano frente a gigantes, alfeñique frente al fuerte, a pesar de que muchas ocasiones la fantasía de su mente, a veces agudizada por el propio alcohol, lo había hecho pensar que era superior a los demás, porque al complejo de inferioridad el alcohólico lo disfraza con un extraño complejo de superioridad. Se cree fuerte aunque no lo sea, inteligente aunque sienta sus limitaciones, culto aunque jamás haya leído.



Estaba en marcha el Grupo 24 Horas. Estaba en marcha para cada uno de nosotros el camino de la salvación. Un ascender constante, intermitente, para descubrir lo que hay adentro de la fachada de un alcohólico. El historial del compañero que llega después de haberlo perdido todo, que se quedó en los basureros en los terrenos baldíos, en las

estaciones del Metro, en los albañales: no hay diferencia entre el sufrimiento de este compañero que llega a *Alcohólicos Anónimos* a nivel teporocho y el ejecutivo que trata de autoengañarse yendo al vapor diariamente, usando lociones caras de importación, yendo a la oficina rasurado y alineado para sus labores cotidianas. No hay diferencia entre la noche del teporocho y la noche del ejecutivo alcohólico. La literatura dice que somos copias al carbón, y dentro de *Alcohólicos Anónimos* encontramos que el sufrimiento es absolutamente igual, que lo mismo se laceró el teporocho que el ejecutivo, que lo mismo se laceró la mujer que el hombre, que lo mismo se laceró el joven que se laceró el adulto, que la reacción del alcohólico es exacta, que el sufrimiento del alcohólico es igual. Lo que hace posible que no todos lleguen a nivel teporocho, es que algunos todavía tuvieron o tuvimos la oportunidad de conservar un pequeño vínculo, un pequeño hilo endeble que nos ha permitido permanecer integrados a la sociedad. A veces la familia, a veces el trabajo, a veces la esposa, los hijos y a veces, inclusive, las emociones negativas del alcohólico: el sentimiento de culpabilidad, la conmiseración, que hizo posible que el alcohólico no rompiera ese delgado hilo que lo sujetaba todavía a un mundo social. Y aun cuando no estuviera efectiva y realmente integrado, al menos en presencia pertenecía a esa sociedad que en el fondo, estaba rechazando.

* * *

Las cosas marchaban, comenzaba a haber sonrisas en el grupo, comenzaba a sentirse calor en esa vieja casona de Alfonso Reyes (antes Juanacatlán) y Gómez Palacio. Claro que había anarquía en el anexo, y entonces llegó un compañero desahuciado totalmente hasta por *Alcohólicos Anónimos*. Varios intentos de dejar de beber y no podía hacerlo,

sufría recaídas continuas. Me tocó recibirlo un día en las escaleras. Llevaba una camiseta roja, los pies enguarachados, reventados, las mejillas encendidas, totalmente abotagado. Al verme me abrazó y se puso a llorar. ¿Qué alcohólico no llora al sentir la impotencia? ¿Qué alcohólico no llora con la intención de despertar algún sentimiento en otro ser humano? ¿Qué alcohólico no llora para sentir un poco de calor cuando viene aterido de frío? ¿Qué alcohólico no llora para sentir una mano amiga, aparentemente amiga o verdaderamente amiga que mitigue en algo esa soledad infinita de su interior? Se llamaba Joaquín. A los pocos días, externamente se había operado el milagro de un cambio. Ya estaba rasurado, ya estaba bien, comenzó a recibir lo que nosotros llamamos la ayuda, el shock que produce el que otros compañeros lo enfrenten a uno con su realidad. Y no es agradable para aquel que presta el servicio, considerado dentro de *Alcohólicos Anónimos* el más miserable, el servicio de la recaída, escuchar en labios de otro su propia verdad. Mediante esta terapia el nuevo encuentra en el recaído su propia deshonestidad, siente el temor a su propia debilidad, el temor a su propio yo, objetiviza la ira contra él mismo. El nuevo reafirma su militancia en *Alcohólicos Anónimos*, porque también aquel que ha perdido la oportunidad que le fue brindada una, dos veces, yéndose a beber, en un shock puede llegar a concientizar la enfermedad. Sabemos que aquellos que se van a beber lo hacen por falta de capacidad para concientizar lo que la enfermedad ha sido en cada uno de ellos.

Evidentemente esto da resultado, sabedores como somos los alcohólicos de que aquel que se va a beber es porque tiene que irse a beber y aquel que se queda es porque tiene que quedarse. Joaquín se quedó. Comenzó a servir. Traía ideas. Sabía de organización y organizó la guardia y los servicios del anexo. El anexo crecía, comenzó a albergar a 20 compañeros, 23, 25. Llegaron otros servidores, llegaron Pablo, Gabriel y otros más. Al mismo tiempo el alcohólico va hurgando día con día en su historial y va encontrando en

su mundo interno un cúmulo de circunstancias, un cúmulo de emociones que atormentaron su vida y que están subyacentes en los fondos profundos de sus niveles de conciencia. Muchos, desde niños, sentimos invadidas nuestras esferas de libertad, sentimos agredido el derecho que tiene cada ser humano a vivir su propia vida. Padecemos una madre neurótica, una madre niña como dijera el psicólogo, alguien que tiene deseo de prolongar su vida, de curar su frustración, de curar su desencanto a través de la personalidad de su hijo, un padre neurótico y en muchos casos alcohólico, un padre muy a la mexicana, deseoso también de revalidar carencias. Aún suenan en los oídos de los alcohólicos las frases definitivas de sus propios padres: usted es hombre, los hombres nunca lloran; y de la madre: primero conociste madre que esposa. Frases, agresiones a la personalidad del niño, a la personalidad del adolescente, a la personalidad del joven. El desconcierto iniciado desde la niñez, la confusión de no distinguir lo bueno y lo malo. ¿Qué puede hacer un niño al que se le han aplaudido muchos de sus actos y, de repente, el padre o la madre, movidos por sus propias emociones, comienzan a reprobar esos actos que ayer aplaudieron? ¿Cómo lograr el amor de la madre, cómo lograr el amor del padre, cómo lograr el amor del mundo? ¿Cuántos no hemos cuestionado, confundidos en esta contradicción, la conducta de aquellos que admiramos y que llegamos a querer? ¿Cómo poder sacar el 10 que quiere papá, o el 10 que quiere mamá? Cuánta presión gravita sobre el infante, y entonces el infante comienza a tener miedo de vivir, comienza a sentir que la vida es exigencia y así llega a la adultez, sintiendo que la sociedad le exige, sintiendo que el mundo le exige y sintiendo inseguridad por no poder cumplir.

Cuántas corrientes internas en esa personalidad enferma. El deseo de ser amado, el deseo de ser comprendido, el chantaje emocional de las personas que rodean el mundo

del alcohólico, que aprovechan su debilidad emocional, como muchos. El casamiento del alcohólico está también lleno de confusiones, se pierde entre las autoridades simbólicas que lo manejan, lo manipulan y lo atormentan. ¿Cuál es el límite de la autoridad materna? ¿En dónde empieza el límite de la esposa? ¿Cuál es el verdadero amor para la madre y cuál el verdadero amor para la esposa? El alcohólico niño aún siendo adulto, el alcohólico infantiloides, para definirlo mejor, vaga perdido en ese mundo emocional que lo atormenta, queriendo quedar bien con la madre y queriendo quedar bien con la esposa al mismo tiempo, queriendo no estar presente en el desarrollo de esos dramas cotidianos de una célula familiar enferma, inmadura.

Poco a poco el alcohólico va expresando sus resentimientos, va concientizando sus dependencias, va trabajando sus dependencias, se da cuenta de que hasta llegar a *Alcohólicos Anónimos* había vivido a nivel exclusivamente emocional, movido por emociones y movido por instintos. Se da cuenta de que había buscado siempre la libertad, de que había buscado huir de ese algo que lo aprisionaba, de ese algo que lo presionaba. Quería libertad, pero confundió libertad con libertinaje, y ahora sabe que la libertad auténtica que va a encontrar dentro de un grupo de *Alcohólicos Anónimos* es una libertad interna, una libertad espiritual, una libertad que le dará el crecimiento para ir ordenando y ubicándose en su propia realidad.

Los familiares reaccionan de manera negativa. La madre trata de volver a chantajear. El padre, neurótico o alcohólico, igualmente. La exigencia de la propia compañera frustrada y neurotizada que ha soñado siempre con un buen esposo, con un esposo amante, tal vez con un príncipe azul, y que en la vida tiene un borracho. Pero el alcohólico permanece firme, y firme porque ha entendido que acceder a las exigencias de quienes siempre lo han manipulado significa para él volver a beber. El alcohólico descubre un mundo que le gusta, descubre que la vida no es exigencia y que puede ser

agradable, nace la esperanza de la madurez, nace la esperanza del crecimiento y el alcohólico comienza a caminar de igual manera que el grupo al que pertenece sigue caminando.

* * *

Continúan llegando caras, comienzan a llegar personas de un nivel social más elevado que el del teporocho, comienzan a llegar personalidades del mundo de afuera que conservando su anonimato comienzan a tratar de encontrar la solución al problema que era igual al del teporocho. Comienza a haber identificación de una vida con otra vida, comienza a establecerse el puente de comprensión. En muchas ocasiones el alcohólico es atormentado por profundos sentimientos de culpabilidad. ¿Qué fue lo que hizo y cómo lo hizo? ¿A cuántos agradó, a cuántos molestó, a cuántos dañó? Y en la tribuna las palabras: “No eres culpable, pero sí responsable”. El alcohólico comienza a estar preparado emocionalmente para hacer un inventario moral de su propia vida, comienza a sentir la necesidad de bajar su egocentrismo y hablar de él con otro ser humano, de frente, encarando su problemática, encarando su mundo interno, buscando la naturaleza exacta de sus fallas.

Lenta, paulatinamente, se va verificando en el alcohólico un cambio. En el hogar se vuelve respetuoso de la autoridad de su esposa, limita la autoridad materna, comienza a respetar la vida de sus hijos, comienza a comprender el sufrimiento de los demás mediante el conocimiento y la comprensión de sus propios sufrimientos, los cuestionamientos del nuevo, los mismos cuestionamientos que cada uno de nosotros se ha hecho al llegar a un grupo de *Alcohólicos Anónimos*. ¿Cómo poder vivir sin huir de nuestra propia realidad? Qué necesario es para cada uno de los que llegamos a

Alcohólicos Anónimos la experiencia de otra persona que ha acumulado unas 24 horas sin beber. A esta persona se le denomina padrino. El temor de volver a beber, la conciencia de no haber podido manejar su propia vida hace que el nuevo trascienda algo de su egocentrismo y acepte con humildad la experiencia que le es revelada cotidianamente por otro ser humano. No se trata de una guía teórica, se trata de una guía con base en experiencias auténticamente vividas, experiencias escuchadas de otros con mayor tiempo, de experiencias vividas dentro de un grupo de *Alcohólicos Anónimos*. Así se va estableciendo una cadena. El alcohólico va dando su propia vida para que nazca y se reafirme una nueva vida, con esa comprensión y con ese afecto de que solamente es capaz aquel que ha conocido su propio sufrimiento, aquel que ha vivido confundido, aquel que ha vivido atosigado por la prisa y por la indecisión. Merodean los interrogantes: ¿por qué no la fuerza de voluntad? Porque la fuerza de voluntad agrava el estado de neurosis del alcohólico que pretende recuperarse. Por eso opera más bien la buena voluntad, una conciencia plena de que no se puede beber. Se tiene presente la existencia del alcohol, pero se tienen presentes también los estragos que el alcohol hizo en cada uno de nosotros y el alcohólico no quiere volver a sufrir. El alcohólico que comienza a integrarse a un grupo de *Alcohólicos Anónimos* siente que ha llegado al lugar en donde le comprenden, al lugar en donde no se le exige ser triunfador, ser inteligente, ser fuerte; al lugar donde se habla el mismo idioma, se habla del miedo con valor, se habla de la cobardía con valor, se habla de la inseguridad con valor, y conjuntamente todos van desvaneciendo los fantasmas atormentadores del ayer.

Dentro de *Alcohólicos Anónimos* no hay jerarquías no hay jefes, solamente hay servidores. ¿Quién es un servidor? Un servidor no puede ser un hombre sin rostro, instrumento de las mayorías; un servidor no puede ser aquel que impone a cada uno su

voluntad, sino aquel que tenga la suficiente humildad para supeditar su pensamiento, para supeditar su personalidad al deseo de la mayoría, aquel que tiene conciencia de lo que es el bienestar común y se convierte en su salvaguarda, un servidor es el que tiene mayor disposición de servicio, mayor humildad para realizar cada una de las tareas que necesita un Grupo 24 Horas para conservarse, para seguir viviendo, para seguir nutriendo a otros alcohólicos, a todos los que llegan, a todos los que se están quedando.

* * *

Usted es para nosotros la persona más –escucha decir el nuevo que llega lleno de desaliento, lleno de decepción, acorralado por la vida-. Si usted tiene problemas con su manera de beber usted ha llegado al lugar indicado. Así se inicia la historia de cada persona que llega a un grupo de *Alcohólicos Anónimos*. Un aplauso, un aplauso por haber tenido el valor de traspasar el umbral de *Alcohólicos Anónimos*, un aplauso porque le ha sido dada una oportunidad, comienza la misma oportunidad que tuvimos nosotros para dejar de beber, la misma oportunidad para romper las cadenas de una dependencia, de muchas dependencias.

* * *

El grupo seguía creciendo, centenares de alcohólicos comenzaban a lograr su recuperación, iban llegando más. Surgieron algunas opiniones. Si pudiéramos cuando menos solventar el problema de la comida para 37 enfermos que albergaba ya el anexo. Comenzó también a encontrarse la justificación en torno a este tema. Hubo diversas opiniones pero la conclusión fue definitiva: el alcohólico tiene que ser responsable por

su vida y tiene que ser responsable de la comunidad a la que comienza a integrarse, en este caso su propio grupo de *Alcohólicos Anónimos* y su propio anexo. Se fue encontrando el porqué del anexo. Había compañeros que era necesario sustraer de su mundo de presiones, sustraerlos de su trabajo, sustraerlos de su familia, porque la controversia suscitada en el trabajo y en la familia los podría llegar a hacer beber. Muchas críticas comenzaron en torno a esta nueva terapia, en torno a esta nueva manera de enfocar el problema del enfermo alcohólico. Están creando una fábrica de holgazanes, decían unos; están haciendo un inválido del alcohólico, decían otros; están cayendo en una terapia de temor, agregaban algunos más. Pero estábamos conscientes de que trabajábamos a base de prueba y de error, y la experiencia daría la respuesta y la respuesta llegó. El alcohólico, después de 3 o 4 meses de internado en un albergue, podía integrarse con facilidad al proceso productivo y podía responsabilizarse de aquel que un día en un determinado momento había constituido su propio hogar. Los alcohólicos comenzaban a trascender su egocentrismo. Comenzaban a desprenderse de algo material en esta nueva vida. ¿Cómo no se iba a estar alegre en cada aniversario de un compañero, cómo no se iba a festejar que se estuviera vivo, cómo no se iba a festejar si estaba gozando de tranquilidad, cómo no se iba a festejar el hecho mismo de haber salvado la vida y de haber encontrado su propio mundo? Fenómenos curiosos en la vida de recuperación del alcohólico. Antonio había llegado a *Alcohólicos Anónimos* sin trabajo, gritaba en la tribuna que *Alcohólicos Anónimos* le había devuelto la posibilidad de integración social y familiar. Era ahora gerente de una empresa y ostentaba un sueldo de más de 30 mil pesos. Se acercaba el primer Aniversario del Grupo 24 Horas. Antonio pasó a la tribuna lleno de elocuencia, conminó a todos a que cooperaran a ese gran festejo porque era no el festejo de un grupo, era el festejo individual de cada alcohólico, de cada alcohólico que rendía su testimonio de que *Alcohólicos Anónimos* sí

funcionaba, que manifestaba su agradecimiento porque se le había salvado la vida, se le había sacado del infierno del alcohol, se le estaba devolviendo el concepto de la dignidad, de que estaba yendo al reencuentro de su más auténtica personalidad. Él estaba dispuesto a desprenderse de 200 pesos. Un albañil se había desprendido del sueldo íntegro de un mes, un mesero se había desprendido del sueldo íntegro de 2 meses, y ese gerente de empresa era capaz de desprenderse de 200 pesos. ¿En cuánto valoras tu vida?, fue la respuesta de la conciencia del grupo. ¿En cuánto valoras esta nueva vida que el día de hoy estás viviendo? ¿En cuánto valoras haber dejado de sufrir? Así vamos concientizando lo que debemos a *Alcohólicos Anónimos*, vamos concientizando el deber de servir, el deber de dar todo a cambio de nada. Antonio se fue, la confrontación con su principal defecto de carácter, el instinto de seguridad descoyuntado, había sido cruel y doloroso y tal vez a esas alturas no había tomado conciencia de lo que significaba su nueva vida. Pero otros llegaban, el primer aniversario del Grupo 24 Horas estaba en puertas.



El aniversario de un grupo de *Alcohólicos Anónimos* se celebra mediante una junta pública de información, cumpliéndose de esta manera uno de los objetivos del programa de *Alcohólicos Anónimos* que es la transmisión del mensaje.

Una de las inquietudes de muchos de los compañeros militantes en el *Grupo 24 Horas de Alcohólicos Anónimos* lo constituía desde entonces el dar a conocer al llamado mundo de afuera la verdadera imagen del alcohólico anónimo. Efectivamente, el concepto que la sociedad mexicana tenía en aquel entonces de lo que era un alcohólico anónimo era una gente asocial y generalmente se tipificaba de modo equivalente a la del

teporocho o a la del pepenador, lógicamente, se pensaba que un grupo de *Alcohólicos Anónimos* estaba formado por un conjunto de personas llenas de conmiseración y nostalgia por haberle sido arrancada de su vida la botella. Todos los militantes del *Grupo 24 Horas* empezábamos a discernir que si bien era cierto que en el pasado habíamos labrado con nuestras propias manos nuestro valle de lágrimas, a la fecha podíamos preciarnos de ser un conjunto de hombres y mujeres de acción, que podíamos valorar lo que significaba para nosotros la vida, lo que nos estaba dando *Alcohólicos Anónimos*, y encontrábamos en ello motivos de alegría y de contentamiento.

Cada uno de nosotros hubo de confesar que habíamos estimado a la humanidad en menos de lo que realmente valía, que como alcohólicos nos acercamos arrogantes a la voluntad del destino, a punto de morir con la mirada lejana y enajenada que no sabe de fin ninguno y supone una completa entrega a lo monstruoso. Este pasado nos pertenecía, y en el presente sabíamos que dentro de *Alcohólicos Anónimos*, para conformar un nuevo futuro, teníamos oportunidad de tomar conciencia de que el resentimiento social no iba en contra de sectores específicos, sino que era tan sólo una irradiación de lo interno, del alma disociada y dividida que quería enfurecerse, aniquilar y morir. Para nacer de nuevo, en el espíritu atormentado de cada alcohólico hay un *ave gigantesca* que trata de romper el cascarón, esa férrea armadura de mentira que estaba cayendo hecha pedazos.

Los preparativos para ese primer aniversario del *Grupo 24 Horas* nos llenaban de alegría y nuevas ilusiones, sustituían las negras premoniciones de nuestro temor a pertenecer, de nuestro miedo a morir y de nuestro miedo a nacer dentro de *Alcohólicos Anónimos*. Había, pues, una enorme necesidad de comunicar a quien quisiera

escucharnos lo que *Alcohólicos Anónimos* estaba haciendo en nuestras vidas y en las vidas de otros como nosotros.

Si lográbamos franquear la barrera de indiferencia social, si lográbamos despertar la conciencia de una sociedad ajena al drama personal de cada alcohólico, de cada familia del alcohólico, si lográbamos hacer saber que había una solución para el enfermo alcohólico y que éste debía ser tratado como tal, habíamos cumplido con parte de nuestro objetivo.

Cada uno de nosotros estaba dispuesto –no sin temor en aquel entonces- a aportar lo que nos quedaba del mundo de afuera, algunos amigos de la prensa nacional comenzaban a dar cabida esporádica a nuestros boletines informativos. Pero esta ayuda incipiente no correspondía a nuestro deseo y en todas las otras áreas había cierto grado de indiferencia. Es cierto también que por aquel entonces muchos compañeros de mayor tiempo que nosotros estaban enfermos de temor, se habían encerrado en las paredes de sus propios grupos y atrincherados en la distorsión de nuestras tradiciones lanzaban dardos de esterilidad y de impotencia a través de críticas mordaces hacia nuestra inquietud.



Comenzaban a llegar mujeres, Guadalupe B., Rosa María, Hilda A., nombres que correspondían a mujeres valerosas que, instintivamente, por una eminente y dolorosa necesidad de vivir, hacían a un lado los prejuicios sociales y llegaban buscando con nosotros la recuperación de su enfermedad.

La una llegaba a *Alcohólicos Anónimos* con huellas indelebles y trágicas de lo que la enfermedad había hecho en ella, signos externos que dejaban traslucir su terrible

sufrimiento. Había perdido trabajo y había perdido familia. Llegaba para ser anexada. ¿Podría ser posible que los demás anexados vieran en esta compañera una enferma más? ¿Podríamos creer que también en un anexo era vigente aquello que se repetía en el grupo de que dentro de *Alcohólicos Anónimos* no había sexos? ¿Tendrían razón los profetas de la negatividad de que podríamos caer en la promiscuidad? Estas y otras interrogantes iban formando dudas y con ellas iba naciendo la fe en Dios, en nosotros y en aquellos que, como nosotros, al hacer un acto de mal juicio deberían tener presente que podrían morir. Era cierto, y lo confirmaba nuestro historial, que el alcohólico en actividad, en afán de revalidar su propia inseguridad, había caído en muchas ocasiones en el donjuanismo real o ficticio, que el amor del alcohólico activo, como todos los actos de su vida, era completamente adolescente, que había deseado e intentado la mayor de las veces a nivel inconsciente trascender su soledad en el amor erótico y atolondrado. Muchos nos habíamos dado cuenta de que a cada uno de estos intentos había sucedido la frustración, la conmiseración, la depresión y la huida a través de la botella. ¿Cuántos de nuestros internos habían alcanzado este estado de recuperación? Había que correr el riesgo y había que confiar. La nueva compañera se convirtió en anexada y comenzó a servir en las labores que la sociedad ha considerado desde siempre propias de este sexo.

Todos los miembros del anexo aparecían hermanados, pensaban en su vida, en su última oportunidad para vivir y era la realidad lo que se les mostraba, cara a cara y sin velo alguno. En muchos rostros se podía vislumbrar una señal bella y noble, que significaba amor y vida. La nueva compañera fue recibida por hombres que nunca había visto y que trataban de comprenderla. Lo que los impulsaba tal vez en ese momento era una nueva embriaguez, no la del alcohol, sino aquella que proviene del instante en que el alcohólico contempla su destino cara a cara.

La recién llegada comenzó a hablar de su historial.

Esposa de un alcohólico que, como buen alcohólico, había ido olvidando sus deberes conyugales. De ese matrimonio habían nacido cuatro hijas, tres de las cuales comenzaban a llegar al periodo adolescente. El alcoholismo del marido se volvía cada vez más cruel: faltas continuas al hogar, llegadas en la madrugada, golpes, pero sobre todo la angustia económica. Por eso ella tuvo que buscar trabajo y lo encontró en un restaurante. Servía los alimentos, era mesera. Fue en ese momento cuando tomó contacto con el alcohol y se dio cuenta de que había algo que podía transportarla a otro mundo distinto del mundo cruel que estaba viviendo, a otro mundo en el que se daba cuenta de que durante años había callado, había sufrido estoicamente todas las emociones negativas que nacían en su ser por el esposo alcohólico, hacia quien sentía una profunda devoción, una profunda dependencia, un profundo temor y al mismo tiempo un odio y un desprecio igualmente profundos. A veces admiraba y a veces odiaba a su esposo. En muchas ocasiones deseó que se alejara de ella, pero tantas otras tuvo que llorar por su ausencia. Comenzó a beber una vez y otra vez. Al principio lo hacía para satisfacer a los clientes que asistían a ese restaurante. Posteriormente tenía que hacerlo porque se había despertado en ella, enferma alcohólica, una tremenda compulsión por beber, una necesidad de escapar de su propia realidad, de su propia persona, de su propio ser, de las personas que la hacían sufrir, de su miseria. Y poco a poco, lentamente, su penar se fue haciendo más fuerte. Cada día las libaciones eran más prolongadas y perdía el trabajo una y otra vez.

El alcohólico va descendiendo poco a poco a las profundidades de su propio infierno. Cada vez, el sufrimiento del que se pretendió escapar va haciendo menos posible el escape. Cada vez, la crueldad de una realidad que se pretende alejar siente uno que no se

aleja, que está presente. Y paulatinamente va conociendo otro sufrimiento más cruel, más doloroso, cae uno en un pozo más profundo, de mayor soledad, de mayor angustia, de mayor tormento, de mayor impotencia: el infierno terrible del alcohol.

Vino la inevitable separación, la pérdida del hogar, las hijas caminaban solas, la ocupación en trabajos modestos que servían para llevar la manutención al hogar decapitado. El marido vagaba viviendo su propia tragedia alcohólica y ella vagaba también sin rumbo fijo, sin objetivos concretos, simplemente tratando de escapar de esa nueva realidad que llevaba a costas, tratando de escapar de sí misma, tratando de escapar de su propio infierno interior, de su conciencia: de esa que la atormentaba minuto a minuto, hora a hora, día a día.

¿En qué instante encuentra su tranquilidad el alcohólico irredento? En el instante de la inconsciencia plena, en el instante de la idiotez alcohólica, en el instante de la locura misma. Unas horas y vuelta a la realidad, vuelta a la conciencia del mundo del cual se quiso escapar. Y la necesidad, la sed insaciable, la sed tremenda del alcohólico, la garganta seca, la cabeza a punto de estallar. Sensaciones espantosas, angustia. el propio escape del alcohólico es un camino sin salida, es un círculo que lo va aprisionando más y más.

Ella había caído en ese círculo, en ese remolino de sentimientos, de impotencia, de conmiseración, en donde ya no se quiere vivir. Piqueras, pulcatas, convivencias con otros seres iguales que ella, sombras deambulantes en los bajos fondos de la sociedad, en los arrabales, en las cloacas, en las esquinas ignoradas y sólo conocidas por aquellos que sufren y van buscando un consuelo a su propia enfermedad. El veneno los va matando, despreciados por todos, escupidos por todos, ninguneados por todos, buscando un veinte, un peso para comprar un litro de pulque, para comprar el té de hojas que venden en esquinas oscuras, para compartir con otros la risa idiotizante del alcohólico,

los efímeros minutos de una fantasía infernal, delirios auditivos continuos, risas, voces a su alrededor, figuras grotescas, pupilas dilatadas, a veces sin poder abrir inclusive los ojos.

Vagar y vagar, perdidos en la nada, perdidos en ese submundo en que va viviendo el alma atormentada de una alcohólica. Ese sufrimiento la hace buscar la casa paterna. Los padres, gente de clase media baja, ignorantes de que el alcoholismo es una enfermedad, la tachan de viciosa, de degenerada. Siente repudio en el propio seno del hogar. En donde creía encontrar consuelo, en donde quería encontrar cobija, encuentra desprecio que se manifiesta en las caras de los demás familiares, en la cara angustiada de la madre, en el gesto severo del padre. Optan por encerrarla, por hacerla prisionera en un cuarto de azotea. Encerrada bajo candado, solamente cuando tenía deseos de satisfacer sus necesidades podía salir unos minutos y regresar a su encierro. La puerta se abría a las horas en que debía tomar sus alimentos y, como a un perro, le eran arrojados en ese encierro. Cuánta conmiseración, cuánta soledad objetiva, cuánto temor de volverse loca, cuánta incertidumbre de no estarlo ya.

Un día los carceleros se descuidan y ella escapa para seguir bebiendo. Se ha perdido el único vínculo social, se ha roto el endeble hilo que la unía a la célula social. Día con día va cayendo más y más, va rodando en un mundo en donde ya no hay escalas, en el último peldaño de lo social, en el único y agónico peldaño de su propia vida, vagando sin redención, vagando sin consuelo en la idiotez misma. Un día se acerca un hombre, y le pide para beber, y aquel hombre le pregunta si tiene deseos de dejar de beber. Con el ansia de ser socorrida para comprar su alcohol ella dice que sí y de ese modo, un noche, con rebozo maloliente, con un vestido sucio y desgarrado, con lágrimas en los ojos, arrastrando los pies, arrastrando el alma, arrastrando la miseria, llega a los umbrales del

Grupo 24 Horas de Alcohólicos Anónimos. Ella vive las primeras experiencias del anexo del *Grupo 24 Horas.*

Falta alimento y cada interno tiene que mostrar humildad, pedir a algún compañero de los que todavía conservan el trabajo alguna ayuda para poder comprar la torta, alguna ayuda para poder bajar al Gran Taco a tomar algún alimento. Si no, hay que conformarse con el té, hay que conformarse con el café que abundante y gratuitamente se reparte en las juntas de recuperación del *Grupo 24 Horas.* Con los meses viene el alimento, viene la ayuda de los compañeros, va tomando forma el albergue del *Grupo 24 Horas de Alcohólicos Anónimos.*

Ella fue pionera, sufrió esos momentos en que no había nada que dar, pero había vida en las juntas de *alcohólicos Anónimos.* Actualmente es una fiel servidora de *Alcohólicos Anónimos,* un fuerte pilar que puede compartir sus experiencias, está integrada a la familia, puede gozar la sonrisa de sus hijos, puede gozar el perdón que ella misma se ha otorgado y que obtuvo desde que llegó a un grupo de *Alcohólicos Anónimos.*



Rosa María, bebedora solitaria, había tomado contacto con el alcohol en un evento social de su propia casa. Tenía una fuerte timidez, un fuerte complejo de inferioridad. Su estatura era fuera de lo normal, medía 2 metros y además era de una delgadez excesiva, lo que la hacía sentirse fea, deforme. El contacto con la primera copa le descubre otro mundo que le posibilita escapar de esa realidad de su propia persona que la atormenta. Entonces puede platicar, puede reír, o al menos así lo cree. De familia burguesa, tenía que esconder su enfermedad noche a noche, al irse a dormir se proveía de ánforas de alcohol, se encerraba a piedra y lodo en su recámara y escapaba de su

realidad. Al día siguiente cuidaba de no dejar huella de esa noche infernal. Así se suceden los días y se suceden los años. La familia se da cuenta de su beber continuo, comienzan las recriminaciones, comienza el desprecio, comienza el repudio, hasta que un día Rosa María llega al *Grupo 24 Horas de Alcohólicos Anónimos*. Se había hecho borracha para llorar todo aquello que tuvo que callar, lo que se obligó a callar para que no la escuchase nadie, y esos profundos callados dolores de toda su vida fueron el camino cierto y posible para que llegara a *Alcohólicos Anónimos*.

* * *

Concuerdo con quienes afirman, como en el caso de Rosa María, que lo que realmente afecta al alcohólico no es precisamente el hecho en sí, sino el pensamiento que el alcohólico llega a tener sobre el hecho. Es cierto que la opinión que el alcohólico se va formando sobre su persona es totalmente negativa. A través de los historiales de diversas compañeras hemos encontrado que aunque la mujer sea una mujer bien dotada, una mujer guapa, sufre porque cree que es fea. El hecho en la vida del alcohólico carece de importancia, lo verdaderamente importante es su propio pensamiento, la opinión que el alcohólico tiene de sí mismo, la opinión que el alcohólico tiene del mundo que lo rodea. Así, el alcohólico va labrando su introversión, tiene que huir hacia dentro de sí mismo, tiene que concentrarse en él mismo, porque desde antes de hacer contacto con la primera copa ha perdido el sentido comunitario.

* * *

Con estas experiencias arribamos a nuestro primer aniversario. La celebración se llevó a cabo en el teatro Reforma del Seguro Social. La coordinación estuvo a cargo de Guillermo M., y la asistencia sumó más de 1200 personas. Distaba mucho de un aniversario del Grupo Hamburgo que me tocó vivir en ese mismo lugar con una asistencia de 60 personas. Esto era una clara evidencia de que estábamos encontrando respuesta. Nos sentíamos satisfechos y podían estarlo aquellos periodistas que se sumaron a nuestra causa. Se iniciaba el segundo año de vida del *Grupo 24 Horas de Alcohólicos Anónimos*.



En ese segundo año llegó Octavio. Distinto a la mayor parte de alcohólicos que llegan a un grupo de *Alcohólicos Anónimos*, Octavio era poseedor de una buena salud y un físico que podíamos calificar de imponente. Llegó acompañado de su mujer y de sus hijas, dos jóvenes bonitas cuyas edades andarían entre los 15 y 17 años. Se mostraba reservado, desconfiado, taciturno, actitud típica de algunos de los que llegamos a un grupo de *Alcohólicos Anónimos*. ¿Por qué va a confiar el alcohólico, si ha vivido desintegrado toda su vida, si se siente humillado, si llega a fin de cuentas total y absolutamente derrotado? Poco supimos del historial de Octavio, porque pocas veces se le vio subir a la tribuna. Sin embargo, Octavio se quedó. Tenía deseos de servir y tenía necesidad de ser sustraído de su familia: profundos resentimientos con la mujer, profundos resentimientos con las hijas. Evidentemente es necesario que el alcohólico, en esas condiciones, sea sustraído del seno del hogar, porque aparentemente es la fuente generadora de su disturbio emocional y porque es necesario que el alcohólico que entra a un grupo de *Alcohólicos Anónimos* a recibir la promesa de *Alcohólicos Anónimos* no

siga dañando a aquellos seres que tanto dañó, a los seres que el alcohólico dice querer más. Joaquín se había ido y era necesario un responsable del anexo. Octavio era una gente acostumbrada a la disciplina, acostumbrado a ponerla en práctica en su persona y en la persona de los demás.

En mi caso, comenzaba a concientizar todas mis emociones, comenzaban a aparecer otra vez síntomas de hipocondría, comenzaba a generar angustia dentro de mi propio proceso de recuperación, comenzaba a sentir también que estaba generando dependencias a mi alrededor, dependencias hacia mi padrino y dependencias también hacia los demás compañeros. Definitivamente la actitud egocéntrica que traía de la actividad alcohólica seguía manifestándose en mi persona. Seguía teniendo ese deseo de querer quedar bien con los demás, de que los demás aprobaran mi conducta, de que cuando yo pasaba a la tribuna los demás me dijeran que había estado bien, que había hablado bonito. Necesitaba darle alimento a ese monstruo que tenía por egocentrismo, pero dado mi propio sufrimiento, dada esa sensación de que había perdido la identidad, de que yo no era aquel que había creído ser, de que yo no era el inteligente, de que yo no era el audaz, de que yo no era el seguro, con esa sensación y ese temor permanente de perder totalmente la razón tuve la necesidad de militar más horas dentro de un grupo de *Alcohólicos Anónimos* y de llegar en las madrugadas a compartir experiencias con los anexados.

Octavio les hacía bañarse, peinarse y estar listos a las 6 de la mañana, hora de mi llegada. Indudablemente que el paso de Octavio por *Alcohólicos Anónimos* dejó mucho de positivo. Aportó todo lo que tenía de buena voluntad. Supimos de él que había sido maestro de cultura física, supimos de él que había llegado hasta el viejo y conocido barrio de Romita víctima de su alcoholismo, supimos de él que en las 24 horas anteriores a su llegada a *Alcohólicos Anónimos* ya no dormía y que, antes, se quedaba

dormido en cualquier esquina y en cualquier pedazo sórdido, para iniciar cada mañana su ingesta alcohólica. Su mujer había llamado pidiendo auxilio. Se le había indicado que lo llevara y lo había llevado.

Sabíamos poco realmente sobre Octavio, sobre su historial. Se refugiaba en el servicio, generalmente en el anexo. No había podido concientizar que el servicio único, el más valedero para el enfermo alcohólico, es el servicio que se debe a sí mismo, para concientizar su verdad, para romper su egocentrismo, para romper su autoengaño, para encontrarse a sí mismo. Había cruzado su ritual sin memoria por todas las calles del Distrito Federal, consumiendo anécdotas y vidas ajenas. Su tiempo comenzaba siempre, como para todos los alcohólicos, cada día, cada hora, cada instante, era el recomienzo de su propia existencia, pero no puedo aceptar la iniciación de la existencia nueva, la iniciación del tiempo nuevo. Su imaginación, su mente, permanecía encerrada en un pedazo de tinieblas, en cualquier lugar en donde fuera posible encerrar su condición real, encerrar su propia angustia. Era un mal augurio el hecho de que no quisiera hablarnos de su vida, el hecho de que no quisiera mostrarnos su propia alma, tal parecía que se sentía un espectro de su propia ilusión, un regio escombros de su independencia interior, una víctima de su propia soledad, una víctima de su propio egocentrismo.

Mientras el alcohólico no cambie su manera de ser, de pensar y de actuar, vuelve a beber. Mientras el alcohólico no destruya su ficción, mientras el alcohólico no encuentre la razón de esa conducta desviada, de esa dualidad de pensamiento y de acción, de esa lucha interna entre lo bueno y lo malo, mientras el alcohólico siga añorando su vida de actividad por creer que fue mejor que la realidad que va confrontando dentro de un grupo de *Alcohólicos Anónimos*, el alcohólico tiene necesidad de volver a beber.

Octavio, como todo reincidente, creía tener su propia razón, su propia opinión del mundo que nosotros queríamos darle. Una razón ya gastada por el uso, una cáscara, una

costa atávica rodeándolo, impidiéndole sus movimientos más libres; una corteza carcomida envolviéndolo y ahogándole su fertilidad, haciendo estéril su sensibilidad, haciendo imposible su recuperación. Absurda existencia la de un alcohólico anónimo que dentro de *Alcohólicos Anónimos* quiere dejar de beber, pero a la vez quiere seguir defendiendo su vida anterior, quiere seguir defendiendo su egocentrismo, quiere seguir conservando su egoísmo, quiere seguir defendiendo los síntomas claros de su personalidad enferma: confusión, ideas de ausencia, combates interiores, disturbios emocionales en aquella dimensión absurda de su propia soledad. Su soledad deambula por los pasillos, por los salones del *Grupo 24 Horas de Alcohólicos Anónimos*. En todas partes se genera vida, sólo Octavio lleva la muerte a cuestas. Octavio se enamora, con esa pasión infantil que tenemos nosotros los alcohólicos; amores atolondrados, dice la literatura. Octavio busca darle alimento a su egocentrismo donjuanesco, algo, un pequeño triunfo, una pequeña caricia para su egocentrismo herido, algo que dé razones para ser a una mente enferma y sola. Octavio se transfigura, comienza a actuar otra vez como en el activo, camisas floreadas, pasos rítmicos, tórax erguido, otra vez el mismo de siempre, nada más le falta la botella. Y la botella llegó.

Octavio renunció al anexo como un acto último y primero de honestidad y de buena voluntad. Salió del anexo y una tarde una llamada de Veracruz para informarnos que Octavio estaba ahogado de borracho. A fin de cuentas había sido un buen servidor, había que brindarle otra oportunidad. La conmiseración nos embargó y sugerimos que se viniera de inmediato. Cruzaba yo la calle de Gómez Palacio cuando se me acercó en perfecto estado de ebriedad. –Comandante, te fallé –me dijo Octavio. –No Octavio, te fallaste a ti mismo, pero aún es tiempo. Entra al grupo, tienes oportunidad todavía de salvar la vida.

Octavio entraba al grupo en estado de ebriedad un día y otro día, durante cinco días seguidos, tratando de arrancar esa obsesión compulsiva por beber. No pudo lograrlo. Entraba a las juntas, guardaba silencio cuando los compañeros de mayor vivencia, y después se volvía agresivo y había que sacarlo de las juntas. Hasta que un día Octavio ya no llegó, dejamos de saber de él durante 15 días, y después se nos notificó que Octavio había reventado de alcohol, que Octavio había muerto.

Entre algunos, principalmente los nuevos, hubo conmiseración, esa aparente pena con que disfraza el alcohólico, el ser humano, su angustia, su pavor, su lástima por él mismo, pero dentro de un grupo de *Alcohólicos Anónimos*, nosotros, los enfermos alcohólicos, no podemos darnos el lujo de la conmiseración. Enfrentamos las realidades con valor y ésta era una realidad que había que enfrentar con valor. En la tribuna se comenzó a escuchar la verdad, Octavio fue deshonesto, una gente que no quiso o no pudo aprovechar la última oportunidad que le había sido brindada para dejar de beber, la última oportunidad que tenía para alejarse del alcohol. Octavio había actuado con deshonestidad dentro del Grupo y a fin de cuentas había bondad en su destino, no había sufrido demasiado, el chiste era que el día de hoy otros estábamos vivos y seguiríamos vivos, porque la experiencia del recaído, que es la experiencia más miserable, la más triste, va nutriendo nuestra propia experiencia, y alguien tiene que morir para que nosotros vivamos.

¿De cuántos cadáveres está hecha la vida del alcohólico anónimo? ¿De cuántas experiencias tristes como la de Octavio, de cuántos desalientos aparentes, de los cuales sólo se puede salir encarando la realidad? La terapia de un grupo de *Alcohólicos Anónimos* está hecha para eso, para encarar la realidad. No podemos conmiserarnos con la muerte de un deshonesto, se escuchaba en la tribuna, mis hijos no se llaman como sus hijos, mi mujer no se llama como su mujer, por fin el alcohólico encontró el descanso

que buscaba, la escapada final de toda la vida, de hoy en adelante su familia estaría tranquila, la sociedad estaría tranquila, había muerto un irredento, había muerto un deshonesto. Otros sabíamos claramente que Octavio no había sido culpable, que había llegado más enfermo que nosotros, que no había tenido la misma oportunidad que nosotros tuvimos de concientizar nuestra enfermedad, de concientizar y valorar la nueva vida que se encontraba y que ofrecía el grupo de *Alcohólicos Anónimos*.

Como decían algunos hijos del Capítulo Quinto es muy raro ver fracasar a una persona que haya seguido fielmente nuestros pasos. Los únicos que no se recuperan son los individuos que no quieren o carecen de capacidad para darse del todo al programa. Por lo general se trata de hombres y mujeres que por naturaleza propia no saben ser honrados con ellos mismo. Lástima que haya seres tan desdichados, pero no hay que culparlos, al parecer nacieron así. La verdad es que carecen en absoluto de capacidad para captar y desarrollar un modo de vida que hace indispensable la más rigurosa sinceridad. Sobras decir que tales personas tienen muy pocas probabilidades de éxito. Se dan casos también de personas que sufren graves trastornos emocionales y mentales, y de éstas muchas logran su recuperación si cuentan con capacidad suficiente para ser honrados.

En términos generales nuestros historiales reflejan lo que era antes nuestro modo de ser, lo que nos aconteció y lo que somos hoy. La experiencia de Octavio se capitalizó, porque había otros que se estaban quedando y había que evitar, con base en estas experiencias dolorosas, que quisieran volver a beber. A veces es la muerte a quien toca realizar su tarea, desintegrar al borracho para que no viva ese infierno en que cada uno de los alcohólicos activos va convirtiendo su propia vida. La muerte de un borracho a quien los mismos que no supieron nunca que se trataba de un enfermo, los mismos que no supieron nunca que se trataba de una gente que necesitaba ayuda, quieren ofrecer

algunas veces la falsa piedad de unas lágrimas y la aparente piedad de unas palabras, tiene un significado profundo que los alcohólicos vamos captando y comprendiendo y que se resume en que nada es más decisivo y más definitivo que la historia de la circunstancia que vamos viviendo cada 24 horas, que no hay nada más: SÓLO POR HOY ME MANTENDRÉ SIN BEBER.

La muerte de Octavio, de ese prójimo, próximo, nuestro, puede hacernos entender y comprender nítidamente, que para un alcohólico sólo el presente, por 24 horas, es verdaderamente real. Un día, al llegar a mi oficina, sonó el teléfono y un prominente médico psiquiatra habló conmigo para decirme que tenía el caso de un paciente para el cual consideraba que la ciencia médica era impotente. Como último recurso quería que platicara conmigo para ver si era posible que a través de *Alcohólicos Anónimos* lograra su recuperación. Así fue como llegó a mi oficina después de una prolongada y ansiosa espera por mi parte, porque para aquellos que hemos sido salvados por *Alcohólicos Anónimos* la vida de otro ser humano es necesaria para mantener nuestra propia vida. Con esta ansiedad esperé al anunciado, y el anunciado llegó. Se trataba de una gente que pertenecía a ese mundo social al que aún no ha podido llegar *Alcohólicos Anónimos*, porque dentro de esas esferas aún no se conoce el mensaje de *Alcohólicos Anónimos*, porque dentro de tales esferas es muy difícil que el enfermo alcohólico pueda concientizar su enfermedad, y más difícil era en aquel entonces que algún miembro de ese círculo social pudiera aceptar ser un alcohólico y quedarse dentro de un grupo de *Alcohólicos Anónimos*. Su aspecto era pulcro y elegante, sus uñas cuidadas, olía a lociones caras y, sin embargo, había rictus en la comisura de sus labios, había bolsas en la parte de abajo de los ojos, y los ojos estaban vidriosos, llenos de venas rojas, sus manos temblaban a tal grado de que le fue imposible tomar la taza de café que le ofrecí. Hacía unas 24 horas que *Alcohólicos Anónimos* había tenido la oportunidad de

transmitir el mensaje de *Alcohólicos Anónimos* a su hermano y por este motivo sabía que se trataba de una familia importante en el mundo social, de un hombre ampliamente conocido en el mundo de los negocios. Llegó y comenzamos a platicar. Comencé a hablar de mi historial, de mi vida alcohólica, a mencionar una serie de lugares que tenía la impresión de que él también conocía, lugares ubicados en la llamada Zona Rosa. Pronto comenzó a decirme que tenía fuertes deseos de beber, que en ese preciso momento tenía deseos de tomar una ginebra. Seguimos platicando, le hablé del lugar que había permitido que yo dejara de beber, y aparentemente había sembrado en él el interés. Así fue como llegó al grupo de *Alcohólicos Anónimos* este personaje a quien daremos el nombre de Gerard porque, efectivamente, su nombre y apellido eran extranjeros

De la una de la tarde a la una de la mañana estuve acompañándolo a que escuchara la información de *Alcohólicos Anónimos*, para que pudiera darse cuenta de cómo trabajábamos. Expectante, presenciaba cómo un compañero tras otro pasaba a la tribuna para decir su verdad, para narrar su historia, para hablar de las emociones que le había producido su diario vivir. A la una de la mañana lo pasé a dejar a su departamento, una elegante suite ubicada en la principal zona residencial del Distrito Federal. Me fui a mi casa y a las tres de la mañana me llamó, haciéndome saber que tenía todavía restos de bebida, una botella completa de ginebra, y que tenía ganas de tomársela. Hablamos largo rato por teléfono y me manifestó que había decidido tirar el contenido de la botella. Por esas 24 horas Gerard había salvado la vida, no había llevado a sus labios la primera copa que es mortal para el alcohólico, porque no es la segunda, ni la tercera, sino la primera copa la que marca el inicio de la agonía y la muerte de un alcohólico.

Al otro día me manifestó los deseos de continuar asistiendo al grupo, y siguió asistiendo durante 15 días. Poco tiempo después me hizo una pregunta que me desconcertó. Me

preguntó que cuándo consideraba yo que debíamos regresar al Distrito Federal. Después supimos a través de su historial que creía que se encontraba en Veracruz. Había distorsionado el tiempo, había distorsionado la realidad, llegaba, punto en que nos salvamos quienes nos salvamos quienes acudimos a *Alcohólicos Anónimos*, a las gradas de la locura y de la muerte.

Pronto supimos de su vida, pronto supimos del abuelo morboso con el que le tocó vivir, pronto supimos también de la desavenencia religiosa que habían confrontado sus padres, de su bautizo cristiano a escondidas, de todas las grabaciones que le fueron transmitidas por sus mayores, que le hablaban de triunfo económico, que le hablaban de la necesidad de hacer dinero, creando una mística casi religiosa por la búsqueda del poder, por la búsqueda de dinero, por la búsqueda de importancia. Aparentemente estaba poseído de un espíritu aventurero que lo había llevado a Bélgica en donde había desarrollado diversos oficios. había desarrollado el oficio de cantinero, había desarrollado el oficio de vendedor clandestino en la época de la segunda guerra mundial, había ascendido a la escala social y económica de México y, luego de recibir una fuerte herencia, había establecido en unión de su hermano varios comercios importantes en el Distrito Federal. Casó joven, violando tal vez las normas de la religión paterna, pero con el consentimiento de la madre. Pronto vinieron desavenencias en el hogar y la esposa se dio cuenta de que Gerard no era un caballero, de que Gerard era simplemente un borracho. Ausencias constantes de casa, pretextos de viaje, pérdida de la herencia paterna, pérdida de trabajos en distintas e importantes empresas, y en las postrimerías de su calvario había tenido necesidad de refugiarse en una zona aledaña al Distrito Federal, en una cantina en donde iba a esconder su necesidad de beber.

La llegada de Gerard abría nuevos horizontes para nuestro grupo de *Alcohólicos Anónimos*. Su presencia significaba que en adelante nos llegarían este tipo de

compañeros. El lenguaje de Gerard era un lenguaje cuidado, hablaba con propiedad, con claridad, con consistencia y con hilación. Los compañeros, principalmente aquellos que habían llegado a nivel teporocho, se sorprendían y sonreían maliciosamente, incrédulamente, al escuchar el historial de Gerard. Había vivido su fondo, había vivido su historial alcohólico en los mejores bares de Europa, hablaba de la Reyna Pedroc, hablaba de la Vinchi, restaurantes de París, hablaba de las consecuencias de ingestas alcohólicas sufridas en los mejores hoteles de Europa, sufridas en una suite lujosa de Acapulco. Sorprendidos encontrábamos que no había diferencia entre el sufrimiento de Gerard, aristócrata, y el sufrimiento de cualquier compañero que hubiera llegado al Grupo a nivel teporocho. La distorsión mental que presentaba Gerard, vestido tan elegantemente, y la distorsión mental que presentaba un compañero de modesta extracción era exactamente la misma, y tal vez, en algunos casos, la de Gerard era más acentuada, la realidad más distorsionada, el autoengaño más cruel. Y Gerard se quedó con nosotros, salvó la vida y es ahora extraordinario servidor dentro del *Movimiento 24 Horas de Alcohólicos Anónimos*.

Su verdadero nombre no ha sido revelado porque no conté con la autorización para ello, pero la presencia de Gerard entre nosotros sembraba la esperanza de que el mensaje de *Alcohólicos Anónimos*, el mensaje de vida, pudiera penetrar en esas esferas de nuestra sociedad en donde no había sido posible que penetrara. ¿Por qué esta imposibilidad para que nuestro mensaje pudiera salvar vidas en esos lugares, en ese estrato social impermeabilizado por el autoengaño, inmune totalmente a nuestra transmisión. Tal vez la respuesta la pudiéramos encontrar en los inicios de *Alcohólicos Anónimos*.

Así, nos dice el *Primer Paso*: ¿A quién le agrada admitir la derrota definitiva? Prácticamente a nadie, por supuesto. Todos nuestros instintos naturales se reelan ante la idea de que somos impotentes. Es algo verdaderamente espantoso admitir que nosotros,

con la copa en la mano, hemos torcido nuestras mentes hacia una obsesión de beber en forma tan destructiva, que solamente un acto de la providencia pudo remover. Ningún fracaso es tan doloroso como éste, es muy poco el provecho que puede obtener el alcohólico que ingresa en *Alcohólicos Anónimos* si no se da cuenta desde luego de su devastadora debilidad y consecuencias. En los primeros tiempos de *Alcohólicos Anónimos* únicamente los casos más desesperados pudieron aceptar esta amarga verdad.

Aun estos desesperados tenían frecuentemente dificultades para darse cuenta cabal de que estaban desahuciados, los pocos que se percataron de esta verdad se agarraron a los principios de *Alcohólicos Anónimos* con el mismo fervor que el náufrago asido al salvavidas, y casi invariablemente obtuvieron mejoría. Tal es la razón por la cual en la primera edición del libro de *Alcohólicos Anónimos*, publicada cuando la asociación era pequeña, se trataron únicamente casos en los cuales se había tocado fondo. Muchos alcohólicos menos desesperados, intentaron seguir este programa, pero sin éxito.

Admite Bill que era satisfactorio, ya por aquellas fechas, constatar que en los años siguientes la situación había cambiado. Alcohólicos que todavía conservaban su salud, su familia y su posición económica comenzaron a darse cuenta de su incapacidad para controlar la bebida. Al crecer esta tendencia se sumaron otros más jóvenes que no tuvieron que pasar por el infierno ni vivir las últimas consecuencias de su alcoholismo para quedarse en *Alcohólicos Anónimos*. En nuestro país la razón también se encuentra en el hecho de que nunca antes se había difundido a través de los medios adecuados el mensaje de vida de *Alcohólicos Anónimos*.

En el *Grupo 24 Horas* la espera no ha sido estéril. Después de Gerard llegaron otros como él y el día de hoy sabemos que llegarán más: nosotros los estamos esperando. En nuestro camino a la sobriedad tuvimos que hacer la confrontación con lo que hacía

rebelarse todos nuestros instintos, con algo que estremecía todo nuestro cuerpo, con algo que para nosotros los descreídos que llegábamos a *Alcohólicos Anónimos* con pretensiones de intelectualidad y que decíamos tener mente analítica no estábamos preparados: el contenido espiritual del programa de *Alcohólicos Anónimos*.

El programa de *Alcohólicos Anónimos* está contenido en Doce Pasos de recuperación. Primero, admitimos que éramos impotentes ante el alcohol y que nuestras vidas se habían vuelto ingobernables. Segundo, llegamos al convencimiento de que sólo un Poder Superior a nosotros mismos podía devolvernos el sano juicio. Tercero, decidimos poner nuestra voluntad y nuestras vidas al cuidado de Dios tal como nosotros lo concebimos. Cuarto, sin ningún temor hicimos un inventario moral de nosotros mismos. Quinto, admitimos ante Dios, ante nosotros mismos y ante otro ser humano la naturaleza exacta de nuestras faltas. Sexto, estuvimos dispuestos a dejar que Dios eliminase todos nuestros defectos de carácter. Séptimo, humildemente le pedimos a Dios que nos librase de nuestros defectos. Octavo, hicimos una lista de todas aquellas personas a quienes habíamos ofendido y estuvimos dispuestos a reparar el daño que les causamos. Noveno, reparamos directamente a cuantos nos fue posible el daño que les habíamos causado, salvo en aquellos casos en que al hacerlo perjudicaría a ellos mismos o a otros. Décimo, continuábamos haciendo nuestro inventario personal, y cuando nos equivocábamos lo admitíamos inmediatamente. Undécimo, buscábamos a través de la oración y la meditación mejorar nuestro contacto consciente con Dios tal como lo concebimos, pidiéndole solamente que nos dejase conocer su voluntad para con nosotros y nos diese la fortaleza para aceptarla. Duodécimo, habiendo experimentado un despertar espiritual como resultado de estos pasos tratamos de llevar este mensaje a los alcohólicos y de practicar estos principios en todos nuestros actos.

Evidentemente a nadie que llegue a *Alcohólicos Anónimos* se le exige tener fe, a nadie que llegue a *Alcohólicos Anónimos* se le pide que pertenezca a algún credo religioso. El único requisito para pertenecer a *Alcohólicos Anónimos* es el deseo de dejar de beber. Y ni siquiera un deseo vehemente, basta con un deseo incipiente; la conciencia de la enfermedad vendrá después, al escuchar las juntas, al ver reflejado su historial, al seguir nosotros levantando nuestro fondo en la ayuda de un ser confundido como generalmente llegan los alcohólicos a nuestros grupos. En función del área espiritual del programa, simplemente se nos dice que creamos en algo superior a nosotros mismos. Aquellos que habíamos perdido la fe tuvimos que entender que, de hecho, desde el primer día que llegamos a *Alcohólicos Anónimos* estaba naciendo en nosotros la esperanza y estábamos creyendo en una fuerza superior a nosotros mismos.

Porque yo me quedé dentro de *Alcohólicos Anónimos* con la esperanza de adquirir el grado de sobriedad de cada una de las personas que me estaban recibiendo, con la esperanza de sentir y de tener ese algo que yo ya había perdido, un poco de tranquilidad, en ese momento estaba naciendo en mí una esperanza, estaba naciendo en mí la fe, cuando menos la fe en ese conjunto de seres humanos que se reunían noche a noche en el Hamburgo y que, adivinando su honestidad, me decían en la tribuna que bastaba asistir a mis juntas para poder dejar de beber. Y yo creí en ellos y creí en esa fuerza misteriosa que había hecho que ellos pudieran hacer algo que yo no había podido hacer: dejar de beber.

Esa esperanza se fue revitalizando día con día, hasta convertirse en fe, en una fe en que ese “poder superior” de que hablaban dentro de *Alcohólicos Anónimos* podía devolverme a mí también el sano juicio, podía arrancarme la obsesión por beber, podía curarme de mis defectos de carácter, podía limpiar mi mente de los disturbios

emocionales, podía darme algo de tranquilidad. Lo demás vendría solo, poco a poco, lentamente.

* * *

Existen cosas que yo no había ligado directamente con la enfermedad del alcoholismo, una extraña y disparatada manera de ser. Y todo lo que conformó mi vida y que poco a poco se fue haciendo consciente, fue subiendo al nivel de la conciencia a través de mi militancia cotidiana en un grupo de *Alcohólicos Anónimos*. De hecho era la parte espiritual del programa, era algo que no me concernía comprender, que más adelante descubriría, viviría y llegaría a entender. El Grupo estaba lleno, tal parecía que era un hogar, un hogar lleno de calor y de luz al que nos podíamos aproximar. Y día con día tratábamos de identificarnos cada vez más con nuestra auténtica vocación de seres humanos, seres sociales, miembros de nuestra comunidad, y de ese modo comenzábamos a sentirnos a gusto respecto a las cosas, respecto a los hombres, comenzábamos a tener conciencia de que como hombres éramos limitados, dolientes y mortales, que sólo alcanzábamos el equilibrio si nuestra expansión estaba limitada por los demás. El culto continuo a nuestro *yo* había despersonalizado nuestra relación social, impedía el servicio y el don por el que el *yo* encuentra el equilibrio en un intercambio en el que se recibe y se da. Comenzábamos a descubrir que el culto exagerado a nuestro propio *yo* había dado origen a la indiferencia, al desprecio, al resentimiento, en algunos casos al odio, todos estos factores negaban la estimación, tan necesaria para la expansión de nuestro propio ser, nuestra evolución, nuestro crecimiento.

* * *

En el anexo, los compañeros ya no cabían y había que encontrar una solución rápida, una solución oportuna. Fue entonces, en una junta de servidores, que a Guillermo M. se le ocurrió recordar alguna plática que habíamos tenido cuando yo era nuevo, cuando había llegado a *Alcohólicos Anónimos* y le había hablado de la posibilidad de establecer una verdadera comunidad de *Alcohólicos Anónimos*, una granja de enfermos en recuperación. Inmediatamente propuso la idea, que fue acogida con beneplácito por los demás servidores. Propuso también alquilarnos una granja que tenía abandonada en Villa del Carbón. La renta, obviamente, era muy baja, y sencillamente se fijaba como una manera de conservar la granja dentro de nuestras tradiciones de mantenernos única y exclusivamente con nuestros propios recursos. A esa propuesta siguió la incertidumbre, siguieron los cuestionamientos y volvió a aparecer la malhadada idea de poder obtener de terceros alguna ayuda para mantener nuestra granja, de poder obtener inclusive de aquellos alcohólicos que pudieran hacerlo algún pago por su internamiento. Esto fue discutido ampliamente, pero casi todos habíamos comprendido que el servicio dentro de *Alcohólicos Anónimos*, que el dar dentro de *Alcohólicos Anónimos*, era la complementación más fuerte de nuestra propia recuperación, eran los motivos que podían operar en nosotros para que pudiéramos trascender nuestro egoísmo, para que pudiéramos crecer, para que pudiéramos desarrollarnos, y además era necesario también que el alcohólico fuera responsable de su vida y fuera responsable también de la comunidad a la que servía. No era posible adoptar el cómodo papel que muchas ocasiones habíamos adoptado en la actividad alcohólica de buscar que otros, ajenos a nuestra vida, ajenos totalmente a nuestro dolor, absorbieran nuestra responsabilidad. Si bien era cierto que habíamos admitido la no culpabilidad, comenzábamos a concientizar un alto grado de responsabilidad que debía existir en nosotros, que

teníamos que responder solos al reto que significaba expandir nuestro *Movimiento* y trascendernos. La ubicación de estas fuente de vida cerca del Distrito Federal, un pueblo típico de los que en esa época expresaba en la geografía del estado de México la renovación del talentoso gobernador en turno. Zocalito con su quiosco, casas alrededor, iglesia, tienda, botica, y a kilómetro y medio de este pueblo, se hallaba la granja, parte de un fraccionamiento que se había promovido apenas unos años antes. Nuestro compañero había adquirido esa granja que por acontecimientos propios de la enfermedad no había podido poner en marcha. Distintos planes habían fracasado y ahora albergaría, muy pronto, un conjunto de hombres que buscaban su recuperación alejados del mundo social que los presionaba.

Contaba la granja con una casa tipo colonial, con sala espaciosa que más tarde se convirtió en sala de juntas de nuestro grupo, tres recámaras y un baño, un patio amplio y, anexos al patio, cerca de 10 mil metros cuadrados con una construcción a la mitad de más de 600 metros cuadrados en donde de inmediato pensamos que podían edificarse dormitorios para más anexados miembros de la granja.

Partieron hacia allá los primeros, los más necesitados, los más decididos, aquellos que ya no tenían nada que perder, aquellos que voluntariamente sentían la granja como última oportunidad de supervivencia, como la tabla de salvación, como el cielo que se abría en las fronteras mismas de su infierno. Los que iban: Arturo, Jorge 1º, Guillermo 3º, Hugo, Macario, Emiliano, Daniel, Carlos , Rolando, Ángel, Jorge 2º, Víctor J., Antonio, José Luis, Samuel, Abundio, Raúl, Ismael. Se quedaban con nosotros en el anexo Enrique C., Isaías, Santos, Eugenio, Roberto, Alfredo, Raúl, Carolina, Enrique 3º, Guillermo 6º, Francisco 1º, Francisco 2º, Juan José, responsable: Fernando H.

Iban con escasas obligaciones: asistir a sus juntas, conservar el local que se les había dado para las juntas, hacer el aseo de lo que iba a constituir sus recámaras, cuidar de su

nuevo hogar. Los trabajos de albañilería pendientes quedaban a cargo de profesionales, de personas a las que se les iba a pagar con nuestras contribuciones para terminar la obra proyectada. De responsable de la granja se iba Víctor J., compañero que había militado con nosotros en el Hamburgo y que había salido después de una concientización grupal por errores cometidos como responsable del servicio dentro del Hamburgo; caso raro el del alcohólico que después de años de militancia no descubre el verdadero contenido del programa, que sigue con la idea fija de que *Alcohólicos Anónimos* le va a revalidar todos los fracasos, todas las frustraciones, y lo va a hacer apto para adaptarse a la vieja escala de valores, del mundo de afuera. Posteriormente este compañero desertó y el día de hoy no sé qué haya sido de su vida. Sin embargo en la granja cumplió su servicio eficazmente, como todos los que han pasado por nuestro *Movimiento 24 Horas*, dio lo que tenía que dar.

En la granja los compañeros se acomedían a hacer algún trabajo, sin embargo era más importante, y ésa era la idea, su propia recuperación. Estaba en marcha la primera granja del mundo sostenida única y exclusivamente por los mismos alcohólicos en recuperación. Era una experiencia nueva, una experiencia en la que cifrábamos todas nuestras esperanzas. Al principio hubo gran euforia en el Grupo y todos se anotaron para hacer las guardias. A la postre, y a la salida de Víctor J., solamente Guillermo L. quedó de responsable de la granja. Solamente él, por la necesidad de servir, hacía viajes cotidianos y fue durante muchas 24 horas el padrino grupal de aquellos compañeros que vivían con él la aventura experimental de una fuente de vida, distinta de todas las demás: el primer ensayo que vendría a demostrar que los alcohólicos podemos convivir, que los alcohólicos podemos reintegrarnos, que en los alcohólicos es posible que vuelva a regenerarse el sentido de la comunidad deteriorado y, además, que para *Alcohólicos Anónimos* no hay desahuciados. A estos nombres se suman los de otros compañeros que

cubrían las guardias, servían el café, hacían la coordinación. Los más asiduos militantes eran los que constituían en realidad el núcleo de servidores: Lucio, Francisco B., Guillermo V., Eugenio, Trinidad M., Aurelio, Carlos R., Armando 1º, Armando 2º, Silverio, Raymundo, Jorge Manuel, Luis, Alejandro, Óscar, Armando 3º, Virgilio, Guillermo 1º, Jack, Rodolfo 1º, Susano, Félix, Juan Francisco, Longinos, Carlos O., Fernando G., Pedro P., Mario, Antonio, Jesús Antonio, Pedro 2º, Guillermo 2º, Florentino, Alberto, Víctor C., Enrique 1º, Rodolfo 2º, Severino, Otto, Pablo M., Pablo 1º, Héctor 1º, Héctor 2º, Álvaro, Jesús, Benigno, Sergio 1º, Carmelo, Juan O., Raúl, Agustín, Gerardo, Édgar, José Luis, Jorge F., Angélica, Juan, Sixto, Javier, Vicente, Miguel Ángel, Jorge, Julio, José Antonio, René, Gabriel, Joaquín, Sergio 2º, Jesús 2º, Margarito, Rodolfo 3º, Hugo, Sara María, Esthela, Susana, Rosa María, María Teresa, Hilda, Elda Guadalupe, Esperanza, Guadalupe 1º, Guadalupe 2º, y centenares más.

* * *

El grupo florecía, estábamos en las postrimerías de nuestro segundo año, pronto iba a ser nuestro segundo aniversario, también en el teatro Reforma y también con la asistencia de más de un millar de personas. Por esas fechas tuvimos oportunidad de entrevistarnos con el entonces candidato a la presidencia de la república, licenciado José López Portillo. Tiempo atrás, Guillermo M., con el que seguía sosteniendo relaciones de trabajo, había llegado a la oficina y con gesto que para nosotros los alcohólicos sólo es posible lograr a través del programa de *Alcohólicos Anónimos*, me manifestó su agradecimiento por el patrocinio de sus asuntos, diciéndome que la forma de testimoniar este agradecimiento era el poner en mis manos el único patrimonio que le había heredado su padre, ameritado y notable revolucionario, quien recogió y conservó la silla

de montar en la que fue asesinado el general Emiliano Zapata. La silla me fue entregada y durante más de dos años fue objeto de admiración de las personas que llegaban por algún motivo al lugar de mi trabajo. Un día supimos por el doctor Pérez Trejo que el entonces secretario de Hacienda y Crédito Público, José López Portillo, había manifestado su interés, dada su profunda admiración por el autor del Plan de Ayala de ser custodio de esa silla, objeto de inestimable valor histórico. Guillermo M. me manifestó que cualquier decisión nos correspondía a mi hermano y a mí, y conjuntamente decidimos entregar al señor secretario de Hacienda el preciado testimonio histórico. Dos años después, convertido en candidato a la primera magistratura del país, tuvo la bondad de invitarnos para acompañarlo en la gira que realizaba por los estados de Morelos y Veracruz.

Con este antecedente, siendo presidente electo, tuvo a bien recibirnos en una audiencia privada a la que asistimos Guillermo M., Enrique A. y yo, quienes decidimos aprovechar la oportunidad para romper nuestro anonimato y tocar el problema del alcoholismo en nuestro país. El presidente electo manifestó un gran interés por este problema y habló de la creación de un instituto para tal efecto. Por mi parte no he intentado entrevistarme con el señor presidente de la república para hablar de este problema, por haber considerado desde mi posición de *alcohólico anónimo*, y con la convicción de todos los miembros del *Movimiento 24 Horas*, que por lo que respecta a este movimiento debemos mantenernos dentro de nuestras tradiciones, incluyendo los albergues y granjas que funcionan independientes de cada grupo, pero que se rigen por los mismos principios.

* * *

En la actividad alcohólica perseguí incansablemente poder y dinero. Esta búsqueda trajo a mí frustración, generalmente con los festejos que antecedieron a mi fantasía de pompa y poderío, alimento obligado para quien, como yo, tenía tan pobre y miserable concepto de sí mismo; esta manera de ser estuvo a punto de costarme la vida. Muchos otros de mis compañeros habían vivido situaciones parecidas, para el nuevo, para los que estábamos esperando, era necesario que nuestro *Movimiento* permaneciera limpio, y permanecieran intocadas nuestras tradiciones, impertérrita nuestra amistad, porque mediante ella podríamos ofrecer al que llegara lo más limpio de nosotros mismos. Para nuestra recuperación era además una oportunidad de crecer. Habíamos buscado en la actividad alcohólica siempre quien nos resolviera nuestros problemas, despertar la conmiseración y aceptar y explotar inclusive el sentimiento maternal de nuestra esposa, o el paternal de nuestros familiares y amigos. El día de hoy teníamos que ser responsables, a la sociedad podíamos ofrecerle nuestra verdadera imagen, un conjunto de hombres y mujeres en acción responsables y confiables, practicantes del anonimato. Sólo así podíamos conservar la paz mental, ganándonos nuestra autoestimación, la paz anterior de sentirnos responsables para nosotros mismos y con nosotros mismos. La atmósfera, la cumbre del prestigio y reconocimiento que algunos de nosotros buscamos es fría y despreciable, sólo en el mundo del anonimato es cálida y tranquilizante. Podemos estrecharnos la mano, mirarnos a los ojos, y decir: mi nombre es Virgilio y soy alcohólico.

La labor de los servidores del *Grupo 24 Horas* era transmitir a los nuevos la experiencia de lo que el servicio significaba en la recuperación de cada uno de nosotros y hacer de nuestra vida diaria una mística de servicio (para nosotros condición de vida) tratar de transmitir el mensaje de *Alcohólicos Anónimos* en todos los niveles y por todos los

medios y estar en disposición, desde nuestra condición de *alcohólicos anónimos*, de participar en la problemática social del alcoholismo en México.

No era problema mío, como alcohólicos anónimo, ni de ninguno de nuestros compañeros. Nosotros simplemente estábamos obligados a transmitir nuestra experiencia, a dar a conocer el mensaje de *Alcohólicos Anónimos*, a concientizar a la sociedad de que el alcoholismo es una enfermedad incurable, progresiva y mortal, de que hay una solución como la ha habido para cada uno de nosotros, de que estábamos y estamos en disposición de servir, pero que todos deberían cumplir su tarea, y todos deberían cumplir su función. Es para nosotros importante concientizar que el sentimiento comunitario sólo lo podemos encontrar a través de nuestro grupo de *Alcohólicos Anónimos*, que el sentido de nuestra vida en la sociedad y en el mundo tendrá por principio nuestra militancia en un grupo de *Alcohólicos Anónimos* que pone a prueba nuestra capacidad de adaptación y nuestra capacidad de renunciar al propio egocentrismo.



Las tradiciones de *Alcohólicos Anónimos* son principios inmutables e inviolables que tienen algo de eternos. Nosotros, los miembros militantes de los *Grupos 24 Horas de Alcohólicos Anónimos*, vemos en ellas el instrumento más poderoso para nuestra sobriedad y para la preservación de nuestro propios grupos.

La Tradición Primera dice: Nuestro bienestar común debe tener la preferencia, el restablecimiento personal depende de la unidad de *Alcohólicos Anónimos*.

La unidad entre los *alcohólicos anónimos* es la cualidad más apreciable que tiene nuestra sociedad. Nuestras vidas, lo mismo que las de quienes nos sucederán, dependen

firmemente de ella. Sin la unidad cesaría de latir el gran corazón de los alcohólicos anónimos. Dentro de un grupo de *Alcohólicos Anónimos* se respira la más absoluta de todas las libertades. Desde un principio la preocupación fundamental de nuestros cofundadores se centró en la problemática de cómo vivir y trabajar unos con otros como grupos. En el mundo que nos rodea vimos cómo la individualidad era capaz de destruir pueblos enteros. La lucha por la riqueza, el poderío y el prestigio estaban destruyendo a la humanidad como nunca lo habían hecho hasta entonces. Si los pueblos fuertes encontraban la derrota en su lucha por la paz y la armonía, ¿qué podía esperar nuestro errante grupo de *Alcohólicos Anónimos*? Con el mismo fervor con que antes luchamos y oramos por nuestro restablecimiento personal comenzamos nuestra búsqueda de los principios que permitieran la supervivencia de los *Alcohólicos Anónimos*. En millares de yunques de dolorosa experiencia se martilló la estructura de nuestra sociedad. La forma en que ha logrado sobrevivir a pesar de grandes pruebas e increíbles experiencias, tiene su base principal en esa primera tradición. Como alcohólico yo sé que necesito de la unidad de *Alcohólicos Anónimos*, sé que necesito de la unidad de mi grupo. Consecuentemente esta primera tradición preservará nuestra unidad.

Segunda Tradición: Para el propósito de nuestro grupo sólo existe una autoridad fundamental, un Dios bondadoso que se manifiesta en la conciencia de nuestros grupos; nuestros líderes no son más que fieles servidores, no gobiernan.

Tercera Tradición: El único requisito para ser miembro de *Alcohólicos Anónimos* es querer dejar de beber; ningún otro requisito.

Cuarta Tradición: Cada grupo debe ser autónomo, excepto en asuntos que afecten a otros grupos o a los alcohólicos anónimos considerados como un todo.

La Quinta Tradición dice: Cada grupo tiene un solo objetivo, llevarle el mensaje al alcohólico que aún está sufriendo.

Sexta Tradición: Un grupo de *Alcohólicos Anónimos* nunca debe respaldar, financiar o prestar el nombre de *Alcohólicos Anónimos* a ninguna entidad o empresa ajena para evitar que problemas de dinero, propiedad y prestigio nos desvíen de nuestro objetivo primordial.

Séptima Tradición: Todo grupo de *Alcohólicos Anónimos* debe mantenerse a sí mismo, negándose a recibir contribuciones de fuera.

Octava Tradición: *Alcohólicos Anónimos* nunca tendrá carácter profesional, pero nuestros centros de servicio pueden emplear trabajadores especiales.

Novena Tradición: *Alcohólicos Anónimos* como tal nunca debe ser organizada, pero debemos crear juntas de servicios y comités que sean directamente responsables ante aquellos a quienes sirven.

Décima Tradición: *Alcohólicos Anónimos* no tiene opinión acerca de asuntos ajenos a sus actividades, por consiguiente su nombre nunca debe mezclarse en polémicas públicas.

Undécima Tradición: El anonimato es la base espiritual de nuestras tradiciones recordándonos siempre que debemos anteponer los principios a las personas.

Duodécima Tradición: El anonimato es la base espiritual de nuestras tradiciones y siempre nos recuerda que debemos anteponer los principios a las personas.

Estos conceptos son la base de la unidad de los grupos, la base de su permanencia en el tiempo, pero también garantizan a cada uno de nosotros nuestra sobriedad. Su práctica nos lleva a la adaptación al mundo, a la adaptación a la sociedad. Cada una de estas tradiciones, a través de nuestra diaria evolución dentro de un grupo de *Alcohólicos Anónimos* inconscientemente pasa a formar parte de nosotros mismos, pasa a formar parte de nuestro ser; en cada uno de nuestros actos las tradiciones norman nuestras relaciones interpersonales en la familia y en el trabajo.

La primera tradición da la relación a mi grupo y no a mi propia persona. La recuperación es nuestra más preciada posición, puesto que significa la vida misma y esta vida depende de la vida de mi grupo y la vida de mi grupo depende de la unidad de sus miembros. El reto que a cada alcohólico se nos presenta para poder convivir con otros alcohólicos también enfermos emocionales como yo, consiste en sentir, ver y comprender la necesidad que cada uno tenemos de los demás.

La segunda tradición evita que me llene de soberbia como servidor. Un servidor no gobierna, simplemente sirve. Nuestros líderes no son más que fieles servidores. Este concepto está lleno de claridad y de fuerza. Efectivamente, como líder yo no soy más que un fiel servidor, no necesito gobernar. Gobernar para los *alcohólicos anónimos* no es un deber, lo único que puedo adquirir dentro de un grupo de *Alcohólicos Anónimos* son los principios para tratar de gobernarme a mí mismo.

La Tercera Tradición, el deseo de dejar de beber, es el principio de la libertad, el principio de la felicidad. La autonomía de los grupos encuadrada en la Cuarta Tradición, indica que yo soy autónomo, individual y que colectivamente podemos hacer lo que deseamos; no hay restricciones, excepto cuando estamos pisando los terrenos de alguien más, de manera similar a lo que señala el apotegma "*El respeto al derecho ajeno es la paz*". El bienestar común en el grupo, en la familia y en la sociedad, para gentes que perdieron el sentido comunitario, es de primordial importancia, es la base de nuestra reintegración a la célula familiar, la base de nuestra reintegración al seno de la sociedad. El único objetivo de *Alcohólicos Anónimos* es llevar su mensaje al alcohólico que sufre. Siempre durante toda mi vida, sentí que tenía un vacío, sentí un profundo sentimiento de inutilidad y desencanto, y viví en carne propia la futilidad de todas mis acciones. Sin embargo *Alcohólicos Anónimos* me ha dado un propósito, me ha dado un objetivo, me

ha dado un fin: transmitir el mensaje a otros alcohólicos; a fin de cuentas, como alcohólico que soy, el servicio a los demás es todo lo que puedo ofrecer en esta vida.

La Sexta Tradición nos previene y nos resguarda de nuestros propios instintos. Este propósito fundamental que nace de las tradiciones mencionadas con antelación me va a mantener vivo, en esta tradición puedo encontrar que el dinero, la propiedad fiel y el prestigio nada valen al lado de la vocación de servicio. el papel de un servidor es seguir las instrucciones de una autoridad bondadosa, que radica en la profundidad de mi alma y que con toda reverencia dice: “Lleva al alcohólico enfermo el mensaje que te han entregado”.

La paz mental se encuentra en la Séptima Tradición. Es la única que puede devolverme la autoestimación, la responsabilidad, la que puede manifestarse en mi nueva persona, en mi nueva forma de ser, de pensar y de actuar. La organización solamente es válida en la transmisión del mensaje. Dentro de esa organización, como ente individual, gozo de libertad de ser yo mismo, como me encuentro en este momento. Puedo ser un fiel servidor, responsable ante mí y ante mis propios compañeros en *Alcohólicos Anónimos*, pero no es esto todo lo que se espera del alcohólico anónimo. El alcohólico anónimo se convierte en ciudadano del mundo a partir de su condición de alcohólico, a partir de todo lo que van dando estas tradiciones: por eso *Alcohólicos Anónimos* no tiene opinión acerca de asuntos ajenos a sus actividades, su nombre nunca debe mezclarse en polémicas públicas. Ya no más controversias en mi vida, ya no más disturbios emocionales por saber si tengo o no la razón. El anonimato es la base espiritual de todas nuestras tradiciones, porque tenemos la obligación, la necesidad vital de anteponer los principios a las personas. Yo no soy más que un alcohólico más, un hombre tal como cualquier otro. Dentro de *Alcohólicos Anónimos* no hay distinciones de clase, no hay profesiones, no hay personalidades, soy solamente uno más. No es mucho pero no es

poco, por fin siento que dentro de mi persona está todo lo que necesito para ser aceptado dentro de la comunidad, que ya no necesito mentir, que ya no necesito distorsionar los hechos, que he aceptado la personalidad de Virgilio tal cual es, pero que esa personalidad de Virgilio también es aceptada por lo demás, que no estoy dispuesto a hacer el pago de ser alguien que no sea yo mismo, alguien que no sea simplemente un ser humano, pues he encontrado dentro de mi propia humanidad la importancia que tiene para mí el ser.

A nadie tanto como al alcohólico le es necesario interpretar su vida anímica para ser consecuente con su condición de alcohólico anónimo, para estar en la corriente renovadora que se va desprendiendo de nuestra propia militancia y que es la base para superar el sufrimiento y nuestra esterilidad social, sólo soportable mediante la bebida y sólo trascendible por la fantasía en la vida de un alcohólico activo. La realidad dentro de *Alcohólicos Anónimos* es que un alcohólico en recuperación es un sujeto que ha alcanzado la libertad incluso en el seno mismo de su propia enfermedad. Esporádica pero continuamente, en muchas 24 horas de militancia en el *Grupo 24 Horas de Alcohólicos Anónimos*, mentalmente pensaba reducir el grado de servicio que prestaba e inclusive el número de horas de mi recuperación. Una leve esperanza de hacer las cosas que creía reclamaban mi atención en el llamado mundo de afuera agujoneaba mi conciencia, produciendo esa lucha entre lo consciente y lo inconsciente que se manifiesta en la rebelión de los instintos que se niegan a obedecer lo que a nivel consciente vamos aceptando cada 24 horas. Dado el pobre concepto de mí mismo que inclusive en este tiempo de mi militancia he llegado a tener ocasionalmente, y sintiendo la necesidad de despertar en mí esa nueva conciencia que promete para todos nosotros el programa de *Alcohólicos Anónimos* y que se traduce en un estar dispuesto a dar, en la práctica de la buena voluntad a través de lo cual podemos saciar nuestra infinita sed de

amor, había decidido voluntariamente apoyar absolutamente en todo al servidor en turno, aun cuando yo llegara a pensar que a éste no le asistía la razón. Ésta es precisamente la verdadera aceptación de la práctica del anonimato dentro de un grupo de *Alcohólicos Anónimos*.

Un día, al llegar al grupo, Guillermo M. me pidió que conversáramos un momento y me hizo saber que había decidido, gracias a esa libertad que se obtiene en el seno de cada uno de nuestros grupos, dejar los servicios. Por una parte, la mezquindad que todavía existía en mi mente me pedía que no aceptara, que no tenía tiempo para desempeñar la responsabilidad que en ese momento se me estaba entregando. Me sentía limitado porque aún no se desarrollaban en mí los dones positivos que llega a encontrar a cada uno de nosotros a través de una perseverante disposición de alcanzarlos, y por otra parte sabía que tenía frente a mí la oportunidad de crecer, la oportunidad de encontrar en el servicio que se me ofrecía algo de la autoestimación perdida. Tenía dudas y temía que mi vieja soberbia, mi viejo egocentrismo, pudieran llevarme a hacer el pago doloroso de mis propias emociones. Sin embargo acepté de buena voluntad. Se iniciaba en mí una posibilidad de cambio, una nueva experiencia dentro de los grupos *24 Horas de Alcohólicos Anónimos*, tal vez un escalón más dentro de mi propia evolución espiritual. En esos momentos fue cuando pude apreciar las palabras que Bill dice en su *Sendero de vida*: “Cuando de verdad abrí los ojos fue porque tuve que hacerlo y el hombre que me señaló la verdad era un compañero de sufrimientos. A través de él logré ver por fin, di el paso del abismo hasta el terreno sólido, dándome cuenta al instante de que mis pies descansarían en un amplio camino si yo decidía caminar”. Guillermo coronaba su padrinazgo poniéndome en ese camino, en el camino firme de mi recuperación en el cual podía mirar más allá del horizonte. Me daba cuenta, como también lo dice Bill, de que al mirar retrospectivamente en mi historial alcohólico, mi libertad para escoger

indebidamente no era una verdadera libertad. Escogía porque tenía que hacerlo. No era una selección libre, escogía porque era conveniente. Tal vez empezaba a mejorar, pero de tiempo en tiempo, y éste era el tiempo de hacerlo, podíamos elegir adecuadamente sin rebeldía, resistencia o conflicto. Entonces se empieza a vislumbrar lo que puede ser la libertad perfecta dentro de *Alcohólicos Anónimos*. La libertad que me era dada a mí para poder servir, era la misma libertad, el mismo derecho que yo debería hacer posible para cada uno de los miembros de mi congregación para que pudieran elegir servir simplemente. Yo podía, tenía derecho y tenía obligación de hacerlo, de darles las sencillas experiencias que hasta ese día y hasta ese momento me habían sido confiadas a mí para conservar la vida.

Guillermo se iba porque todo dentro de *Alcohólicos Anónimos* evoluciona, porque todo dentro de *Alcohólicos Anónimos* es y debe ser cambiante, excepción hecha de lo inmutable, de aquello que tenemos necesidad de que permanezca en nosotros, porque a través de ello vamos a conservar nuestra vida, esa fuerza superior, grandiosa, que pudo devolvernos el sano juicio, que pudo arrancarnos la obsesión, que puede hacer que permanezcamos en sobriedad. Él se lleva el agradecimiento o reconocimiento de la conciencia grupal, un sentimiento puro, tan puro que no admite supeditación, tan puro que no se traduce en pago, tan puro que no puede admitir manipuleos. Aún el día de hoy sentimos que tuvo la necesidad de darnos algo, que nosotros tuvimos la necesidad de recibir, mediante la oportunidad que nos fue dada por el único que da oportunidad de vivir.

¿Cómo lograr fortaleza para desempeñar el servicio alguien que nunca la ha tenido?
¿Cómo lograr el justo equilibrio alguien que lo ha perdido? Solamente en la conciencia del grupo podía encontrar de aquí en adelante mi verdadero guía, solamente ahí en donde yo decía y tenía obligación de creer que se manifestaba un Poder Superior, podía

encontrar la fortaleza, podía encontrar la fuente clara y límpida que me ayudara a renovar mis energías, la luz que me guiara en el servicio. De hecho no iba a ser yo, iban a ser ellos. Yo simplemente era el intérprete y los dejaba actuar y dejaba expresar lo que cada uno, el más nuevo, el más viejo, tenían que entregarme, querían entregarme. Nadie, dentro de *Alcohólicos Anónimos* puede menospreciar a los miembros de su conciencia. Nadie tiene derecho a decir que el nuevo no debe opinar, que el nuevo no sabe opinar, porque cada uno de nosotros somos simple y sencillamente un conducto y ninguno está autorizado para decir quién lo es y quién no lo es. Fue la conciencia del Grupo 24 Horas la que iba a realizar a través de mí, y por mí, los servicios que yo estaba recibiendo, pero hubo alguien, otro ser humano, otro enfermo alcohólico que me ayudó a interpretar, me ayudó a comprender la expresión de mi conciencia grupal. Conté desde ese día con su comprensión, con su afecto, con su simpatía, con su solidaridad humana. A fin de cuentas ese Poder Superior que mencionamos en *Alcohólicos Anónimos* se vale de hombres para realizar sus designios. Su nombre Rodolfo M. Lo conocía desde la actividad alcohólica por las relaciones de trabajo que me ligaban a su hermano. Sin embargo no había sido mi amigo, llegó antes que yo al Grupo Hamburgo de *Alcohólicos Anónimos*. Cuentan aquellos que vieron su llegada que iba con frecuencia a tratar de convencer a su hermano de que no se encerrara en ese grupo de *Alcohólicos Anónimos*, que respondiera al reclamo de los asuntos de fuera, que eran urgentes, reclamo al que el hermano no podía responder y no podía responder porque se encontraba que era importante salvar la vida y que todo lo demás vendría por añadidura. Su insistencia, al principio pacífica, se tornó violenta, pero encontró siempre la inmensa tolerancia de que está provisto un grupo de *Alcohólicos Anónimos* para comprender las expresiones de las personas que no conocen ese mundo. Una y otra vez iba y asaltaba la tribuna sin haberse incluso confesado alcohólico. Hablaba con injuria, hablaba con violencia, hablaba con

iracundia, manifestaciones típicas del alcohólico impotente para cambiar las circunstancias. De él sabíamos que había sido desahuciado por la ciencia, que llegaba a *Alcohólicos Anónimos* con el paso doloroso de un corazón débil que le había fallado tres veces consecutivas, que había estado internado en el Centro Médico y en clínicas del extranjero, debatiéndose entre la vida y la muerte, y que un día por fin, después de muchos de agresión, se había declarado en la tribuna de *Alcohólicos Anónimos* un alcohólico más. Su militancia fue una militancia discreta, una militancia respetuosa, siempre dispuesto a socorrer al nuevo, siempre dispuesto a llevarle una palabra de aliento, siempre dispuesto a sembrar en él la esperanza que en él estaban sembrando los *alcohólicos anónimos*. Todos llegábamos tal vez como él, desahuciados por el mundo de afuera, pero la manifestación de esta dolorosa sentencia en él había sido más objetiva y por ello tal vez más dolorosa. Jamás daba muestra de intranquilidad ni de zozobra, era como si la enfermedad no la estuviera cargando, era como si la enfermedad para él no existiera y no existiera en él. Hablaba de su vida alcohólica, hablaba de su vida ingobernable, hablaba con honestidad de todo aquello que presiona, que lacera la sensibilidad del alcohólico. Sentimientos de culpa, dependencias, laceraciones, disturbios emocionales, todo lo que escuchamos de él en la tribuna, viendo en su vida parte de nuestra propia vida, viviendo en su experiencia nuestra experiencia, y logrando en su crecimiento nuestro crecimiento. Cada día se veía más dispuesto a la comprensión, como si la militancia en *Alcohólicos Anónimos* o la cercanía presentida de la muerte lo hiciera más limpio, más honesto, más comprensivo, más justo. No había horas para Rodolfo en A.A. No había horario y extrañamente, pese a su enfermedad, pese a que, como más tarde supimos, antes de su llegada a *Alcohólicos Anónimos* la ciencia médica había pronosticado su muerte en un término no mayor de 6 meses. Rodolfo permaneció con nosotros 5 años. La muerte aplazó su cita como si quisiera

dejar que Rodolfo cumpliera algún designio, como si quisiera dejar que Rodolfo cumpliera su destino en el camino de la sobriedad. Sus ahijados hasta la fecha lo recuerdan: Lucio, Víctor C., Silverio, Trinidad, Rosa Ma., Florentino, y es posible que entre los compañeros que se quedaron con nosotros, no hay uno que haya olvidado su rostro, no hay uno que haya olvidado su caminar apacible, no hay uno que no haya recibido de él un gesto de bondad. El que esto escribe fue objeto de múltiples manifestaciones de esa bondad, de ese deseo permanente de ayudar, de esa solidaridad que nacía de las entrañas mismas del ser humano que sufre, del ser humano que conoce el dolor. Pero un día siendo yo servidor, me llamó por teléfono en la mañana e hicimos cita en el grupo. Rodolfo no pudo llegar a la cita, se le había atravesado otra más importante, la cita que había aplazado con la muerte. Rodolfo nos abandonó dejando en nosotros uno de los ejemplos más límpidos, una trayectoria pura de alguien que había renunciado a sí mismo para entregarse de lleno a *Alcohólicos Anónimos*, para darse de lleno a los demás. Su recuerdo perdurará con nosotros.

Bill, nuestro cofundador, habla de su compañero y socio, de aquel que encontró en Akron, Ohio, y gracias a cuyo contacto él pudo mantenerse sobrio las 24 horas de práctica del programa. De él dice: “El doctor Bob fue mi socio y constante compañero en la gran aventura de *Alcohólicos Anónimos*. Como médico y persona tan humana que era, decidió dedicar sus mejores horas al trabajo en beneficio de los demás. En su vocación hacia *Alcohólicos Anónimos* logró un récord que en cantidad y calidad nunca será superado. Ayudado por la incomparable hermana Ignacia en el hospital Santo Tomás de Aquino, sin cobrar prestó asistencia médica a miles de pacientes, a quienes además infundió consuelo espiritual. Durante todo el esfuerzo y tensión de los tiempos iniciales de A.A., nunca nos dedicamos una palabra agria y debo reconocer que todo el crédito de este comportamiento le corresponde a él. Me despedí del doctor Bob enterado

de que debería someterse a una serie de operaciones. Su vieja y amplia sonrisa permanecía en su rostro, cuando me mencionó en son de charla: “Acuérdate, Bill, no compliquemos esto, mantengámoslo sencillo”. Di la vuelta incapaz de pronunciar una palabra. Fue la última vez que lo vi”.

Al recordar esta semblanza que nos hace Bill del doctor Bob, y recordar en estos momentos la muerte de mi entrañable compañero Rodolfo M., aun cuando en *Alcohólicos Anónimos* no debe hacerse este tipo de comparaciones, pienso que en cada una de las almas de los *alcohólicos anónimos* militantes del *Grupo 24 Horas*, y principalmente de las nuevas generaciones, Rodolfo logró sembrar este tipo de semblanza. Nosotros entendíamos con la muerte física del compañero Rodolfo que todos resucitamos amando al prójimo, amando al hombre, siendo solidarios con los que sufren; sólo así, nada más.

En el anexo, después de Octavio, habían entrado Fernando y Carmelo a cubrir su servicio. Compañeros con 9 y 8 años, respectivamente, de militancia en *Alcohólicos Anónimos*, como nuestra recuperación lo exigía. A mí en lo personal, desde el principio, en A.A. me dieron su experiencia. Cada uno tenía su característica propia, Fernando, verborreico como yo, sabía analizar y encontrar, en la expresión de nuestro sufrimiento la razón del mismo, y en breves momentos podía disipar el disturbio emocional. Carmelo tenía el don de saber escuchar incansablemente. Recuerdo inclusive que fue con él que pude realizar el obligado Quinto Paso. Llegó a mi oficina como a las ocho de la noche, se puso en disposición de escuchar, y sin tratar de interrumpirme ni un solo momento, pacientemente, me escuchó durante ocho horas seguidas, sin ninguna recompensa, con esa amistad y con esa comprensión de quienes conocen el sufrimiento y pueden ser capaces de desprendimiento. Dentro del anexo habían cumplido su labor, habían impuesto su sello personal y humano, pero a esas fechas se imponía el relevo.

Hemos experimentado que en el caso de aquellos compañeros que no han nacido en un anexo como en éste, sea cual sea su grado de recuperación y su buena voluntad, llega el momento en que la conciencia del anexo se inquieta y se impone la renovación de servidores. Fernando y Carmelo hubieron de dejar el servicio. Fue traído para su relevo un compañero de la recientemente iniciada granja de Villa del Carbón, que a la sazón cumplía su séptimo mes: el compañero Macario R. De él sabemos, a través de su historial, que había sido discutido árbitro de fútbol de primera fuerza, que se había ido en fuga geográfico a trabajar a Estados Unidos y que el signo aventurero de su propia enfermedad le hizo traspasar esas fronteras y llegar inclusive a Alaska. Se le había encontrado en la estación del Metro pidiendo veintes para mitigar su sed infinita de alcohólico, y se le había dado junto con el veinte una tarjeta del *Grupo 24 Horas de Alcohólicos*. Macario había llegado al Grupo en estado de ebriedad. Se fue integrando poco a poco al anexo de nuestro grupo, había comenzado a servir y posteriormente fue a sumarse a la generación de iniciadores de la granja de Villa del Carbón. Desde su llegada había transcurrido año y medio, estaba listo para reintegrarse a la familia y a la sociedad. Tuvimos que hablar con él con honestidad, diciéndole de antemano que no mediaba ninguna obligación para con nosotros, pero que necesitábamos sus servicios en el anexo. Considerábamos, le dijimos, que esto sería duro para él, dado el tiempo que había estado interno en el anexo y en la Granja de Villa del Carbón. Respondió diciendo que *Alcohólicos Anónimos* le había salvado la vida, que él era un muerto en vida cuando se le recogió, que la familia y la sociedad lo habían olvidado, que consecuentemente se encontraba en disposición de hacerse responsable del anexo. El día de hoy Macario sigue siendo uno de los responsables del anexo. Recibe a todos aquellos que llegan como él, a nivel teporocho. Los entiende, los comprende, les sabe dar la palabra de consuelo, les sabe dar la palabra enérgica cuando siente que el alcohólico trata de

manipular o chantajear emocionalmente, sabe calmar inclusive el dolor físico; con cariño nos referimos a él como el doctor Macario. Gran servidor y gran amigo, está integrado a la familia y en el mundo de afuera realiza con responsabilidad y eficacia su trabajo, pero el mayor número de horas permanece en el anexo, tratando a las compañeras y a los compañeros, escuchándolos en las horas difíciles de la madrugada. Sabe cómo atender al alcohólico que llega con *delirium tremens*, sabe cómo atender los escalofríos y la angustia de una cruda, sabe cómo atender a aquél que llega con síntomas epilépticos provocados por la propia enfermedad. Nunca se le escucha queja; siempre paciente, ha sido quien ha impreso los rasgos característicos que privan en la actualidad en los anexos de los *Grupos 24 Horas*.



Por esas fechas empezaron a llegar a nuestro grupo jóvenes de edades entre 15 y 25 años. Existía un antecedente, en el Grupo Hamburgo llegó Noé, un compañero de escasos 20 años con serios problemas de alcoholismo según confesión propia. su presencia había encrespado la conciencia adulta que militaba en el grupo Hamburgo, practicantes por estas fechas de la injuria, como una forma de atenuar nuestro temor, como una forma de objetivizar nuestro resentimiento. Noé había sido víctima de nuestros embates verbales. Sin embargo Noé persistió, se quedó en *Alcohólicos Anónimos* y fue el pionero de la generación de jóvenes que en más recientes fechas estaba fluyendo al grupo *24 Horas de Alcohólicos Anónimos*. Nosotros manejábamos en la tribuna el hecho de que habíamos perdido nuestra personalidad entre las brumas distorsionantes del alcohol, pero aquellos jóvenes parecía que habían perdido su personalidad antes de lograrla, porque el alcohol llegó a sus vidas en el periodo

adolescente, etapa en que no se posee una personalidad propia, cuando todavía sus pasos por la realidad de la vida partían en cierto modo del hogar paterno. Sin embargo habían tocado fondo ya, habían encontrado antes que nosotros el límite de su resistencia ante el sufrimiento. Llegaban perdidos, extraviados, con muchas energías. Llegaron José Antonio, Manuel, Jaime, Alejandro 1º, Alejandro 2º, Armando, José Francisco, y con ellos veintenas de jóvenes llenos de energía, llenos de inquietud, llenos de fuerza. Evidentemente cumplían con el requisito que exigía el programa de *Alcohólicos Anónimos*, traían cuando menos el incipiente deseo de dejar de beber.

Pronto nuestras juntas aumentaron su algarabía, pronto la tribuna se vio asediada con la palabra joven, con experiencias nuevas, aparentemente desconocidas para nosotros, pero en el fondo coincidente, iguales, idénticas. Cuando menos la vida que relataban constituía parte de nuestra propia vida: la inseguridad del adolescente, el miedo de acercarse al sexo opuesto, la extrema protección materna, la orfandad o el rechazo. Como quiera que sea habían sentido la misma necesidad de beber a más temprana edad que nosotros, resentidos con la sociedad y resentidos con el sistema, entre ellos, uno, Ramón Francisco, había sido parte de esos jóvenes que son calificados *porros* en la Universidad. El primer día de su llegada a *Alcohólicos Anónimos* concibió en su distorsión mental, en su fantasía infantil, la idea de secuestrarme. Pensando cuánto iba a pedir por mi rescate y tratando de estudiar todos mis movimientos, se quedó en *Alcohólicos Anónimos*. Admitió su alcoholismo y a través de su confesión en la tribuna pudimos saber de estas intenciones. Indudablemente, ésta es buena experiencia. Aun cuando llegemos a *Alcohólicos Anónimos* con intenciones torcidas, al encontrar el calor que andábamos buscando, al encontrar la comprensión, nos sentimos atraídos por esa gran corriente, por esa gran fuerza que se genera en un grupo *24 Horas de Alcohólicos Anónimos*. Y Ramón Francisco se quedó, comenzó a militar, comenzó a

hablarnos de su vida, de su soledad (la misma soledad nuestra), de su frustración (la misma frustración nuestra), de su miedo (el mismo miedo nuestro), de sus crudas (las mismas crudas nuestras). No había prácticamente diferencia, las características discrepantes eran relativas; tal vez una mayor fantasía, tal vez un mayor deseo de búsqueda de algo, tal vez una huida, un escape, buscando la idealidad o la perfección, buscando convertirse en super hombres. Nosotros, en nuestra medida, también la habíamos tenido. El caso personal de un joven dentro de *Alcohólicos Anónimos* era similar al caso personal de un adulto. Traían resentimientos contra sus padres, y esto resultaba molesto para muchos adultos que teníamos la necesidad de trabajar nuestras relaciones personales en función de nuestros propios hijos. Cuando bajaba un adulto y un joven subía para terapia, para echarle en cara la culpa que creía haber encontrado en el proceder y la conducta de sus propios padres, en nuestra persona estaba simbolizando todo aquello que ellos detestaban. Porque el adulto, por el solo hecho de serlo, se siente con derecho a invadir la esfera de libertad del joven y de decirle cómo llevar su vida, de infundirle e imprimirle sus propios valores, de quererle dar sus experiencias aun cuando el joven no se lo solicite, de frustrarlo de continuo hablándole de que el tiempo que nosotros vivimos fue mejor al de ellos, que los valores que nosotros tuvimos eran superiores a los de ellos.

Esa falta de comprensión que existe del adulto para el joven de los padres para los hijos, la estábamos viviendo en el historial de los jóvenes, y algunos de nosotros estábamos viviendo la rebeldía de nuestros propios hijos, experiencias maravillosas para aquellos que estábamos tratando de reintegrarnos a la célula familiar y que a través de ellos empezábamos a comprender lo importante que era el respeto a las vidas de nuestros familiares. Si lo habíamos encontrado ya en los principios de *Alcohólicos Anónimos* sentíamos que esas vivencias teóricas se convertían en reales. Muchos de ellos no nada

más traían el problema del alcohol, sino otro tipo de dependencias, de drogas, de pastillas, de cemento, de mariguana.

Era definitivamente una nueva experiencia y nos dispusimos a vivirla, nos dimos cuenta de que el programa de *Alcohólicos Anónimos* también funcionaba para ellos. Su militancia era más intensa que la nuestra. A fin de cuentas nosotros sentíamos el cansancio, nosotros teníamos que responder a nuestros compromisos y ellos no los habían adquirido todavía. Hijos de familia, pero sin serlo, porque su propio hogar ya los había rechazado. Perdidos y sin brújula habían vagado intentándolo todo por encontrar algo, y no habían encontrado nada. Habían elegido sus propios héroes. Habían elegido su propia música tratando de encontrar en ella algo de espiritualidad, algo de contentamiento, algo nuevo y no lo habían encontrado. No habían aceptado un mundo que ellos consideraban caduco, que ellos consideraban obsoleto, deseosos de encontrar nuevas experiencias y nuevas aventuras. Habían escapado de su realidad, como nosotros escapamos de la nuestra, habían huido y habían encontrado en el alcohol el aliciente propiciatorio de esa fuga. Sus sueños y sus ilusiones se les habían desvanecido prematuramente, se sentían fracasados antes de tiempo, era como si su vida fuera su muerte, una muerte no esperada, una muerte a destiempo. *Alcohólicos Anónimos* significaba para ellos una aventura, no una respuesta. *Alcohólicos Anónimos* significaba para ellos, otro sueño más de su fantasía, no la solución a sus problemas. Pero pronto y a través del programa de AA fueron viendo que allí estaba su propia respuesta. Había semejanza en sus historiales. Habían vivido su soledad en el cuarto de estudiante, en la pensión, en la casa de la abuela materna o paterna; habían vivido la conmiseración de los demás en su propia conmiseración, habían sentido la frustración vengadora del adulto al interferir en sus propias vidas, habían sentido la presión de un mundo que les exigía ser triunfadores desde el punto de vista material, de un mundo que les exigía un

título para poder ser aceptados. Sus sueños eran discordantes. Al mismo tiempo soñaban con ser eminentes profesionistas, querían ser hippies. Querían ser triunfadores con coche último modelo y chóferes de taxis, pero al mismo tiempo deseaban ser vagabundos. Al hacer contacto con el alcohol, habían visto, como nosotros, que su inseguridad desaparecía. Se habían vuelto parlanchines y tal parecía además que obtenían a través de la bebida, como a través de la droga algún prestigio que los magnificaba ante sus compañeros. No les gustaba el prestigio que podían obtener siendo buenos estudiantes y buenos hijos, buscaban otro y parecía que el hecho de vivir como adulto se los estaba dando. Habían sentido humilladas sus personalidades frente a la presencia del adulto, sentían usurpados sus lugares en la sociedad por alguien que no tenía ningún mérito, sino el solo de haber nacido antes que ellos. Contra todo se hallaban en rebeldía, contra la agresión a la juventud, contra la agresión a su libertad, contra la agresión a la autonomía de sus propias vidas, contra los símbolos de autoridad que creían ver.

Y ahora llegaban a un lugar en donde no había jefes, en donde no habían autoridades, en donde todos éramos iguales. Algunos adultos militantes sufrieron los embates de esta juventud, sintieron la incomodidad y al poco tiempo estos jóvenes estaban posesionados del grupo, cubrían guardias, daban información, pasaban a la tribuna una y otra vez (hasta diez veces en un lapso de 24 horas), hacían las guardias más pesadas, se hermanaban entre ellos, en anhelos coincidentes, en resentimientos coincidentes, en amarguras coincidentes. Todo los unía y comenzaron a integrarse a nosotros. Cada uno de ellos se sentía rechazado socialmente. Habían roto prematuramente el sentido comunitario y no habían tenido la oportunidad de aportar nada a la sociedad, no habían tenido la oportunidad de ser, y esa angustia existencial prematuramente definida en sus personas la expresaban y la manifestaban a través de su palabra. Aceptaban y

comprendían la importancia de su generación, de su existencia. Anhelaban la intensificación que querían encontrar para compartirla en sus ideales perdidos, en su búsqueda constante de principios extraviados, pero se habían revelado contra la experiencia que podía guiar sus primeros pasos en el mañana de su vocación. No habían encontrado una herencia digna de reminiscencias, una sola elección que no hubiera contraído el compromiso de un contagio con el pasado, una experiencia que no tuviera la intención limitada de formar imagen sobre métodos caducos. Habían perdido en el laberinto de su subconsciente la realidad que se negaban a compartir, pero que entendían y conocían.

Comenzamos a vivir con ellos el deseo desesperante de querer despertar, abrirse a la realidad para escapar de su propio encierro, al que habían sido conducidos por un sueño agobiante. Vimos renacer en su historial todas las calles por las que transcurrió nuestra propia infancia, los vimos vivir su absoluta soledad.

Llegó Sergio R., sus ojos muy abiertos, bigote espeso. Internamente era igual a nosotros, pero es indudable que causó la admiración de todos. Unos habían visto su nombre en la sección de espectáculos de los diarios, otros lo habían visto actuar en algunas ocasiones y otros cuando menos habíamos escuchado su nombre. Era una personalidad en el mundo de afuera, una personalidad en el mundo del espectáculo. Había expectación. Tenía una característica que causaba simpatía y eran sus rasgos faciales parecidos a los de aquél, que en el momento de su llegada, estaba a cargo del liderato del grupo. Fue tratado con amabilidad, con afecto, como se trata a todos los nuevos en el *Grupo 24 Horas*, pero había una mayor manifestación de simpatía. Pronto pasó a la tribuna, habló de su vida, habló de su historial. Venía del ruido de la ciudad, venía del aturdimiento de luces, de ruidos y de locura mercurial; venía de recorrer las calles saturadas de hoteles, boutiques; venía de las mesas en donde se discute temas

importantes, filosóficos, en donde se habla de poesía, en donde se habla de arte. Pero las calles tumultuosas para él de repente habían quedado desiertas. La resistencia frente a su propio sufrimiento solamente habían marcado un camino, y así había llegado a la colonia Condesa, a la casa marcada con el 142 de Gómez Palacio, al *Grupo 24 Horas de Alcohólicos Anónimos*. Subía a la tribuna y cada vez que lo hacía había expectación de parte de los compañeros. Hablaba con honestidad de su paso, recogía las pisadas desde su infancia, hacía catarsis, su vaciado, y sin embargo para muchos de nosotros parecía que no había podido, que no había intentado despegarse de ese *yo* que manejó entre candilejas. Por eso sus arribos a la tribuna eran siempre expectantes y siempre causaban simpatía y a veces lograba la risa. Durante su militancia se significó como un buen compañero. El grupo había estado agitado, se habían ido desangrando con el desplazamiento de extraordinarios servidores por la apertura de *Grupos 24 Horas*. Muchos compañeros estaban en vigilia constante viviendo la aventura de su servicio en sus respectivos grupos, y una tarde Sergio se me acercó para decirme que proyectaba hacer un nuevo *Grupo 24 Horas*. Había visto yo con alarma que al iniciarse las horas difíciles nuestra sala de juntas casi estaba vacía. Era imposible pedir más a los compañeros que habían dado ya demasiado, era imposible sacar compañeros servidores para abrir un nuevo *Grupo 24 Horas*. Él sostenía que había encontrado simpatía en algún funcionario público y que éste le proporcionaría en alquiler, mediante cuota simbólica, un local en una de las unidades que formaban el Rosario, y que dentro de esa unidad habían potencialmente muchos candidatos para engrosar las filas de su proyectado nuevo grupo. Se llamaría desde luego el Rosario. Le hice saber lo que en aquel entonces sentía, que pensaba era imposible abrir un nuevo grupo 24 horas, pues sentía que el grupo estaba bastante desangrado. Sin embargo su entusiasmo no menguó por eso, insistió y su caso fue planteado a la mesa de servidores. Se le propusieron

algunos candidatos para su servicio y los rechazó. Se le indicó que debía de ser preferible abrir un grupo de hora y media, que además las condiciones del departamento que le rentaban, como él lo afirmaba, en una muy mínima suma, no eran las adecuadas para edificar o para crear un anexo. Pero la idea estaba fija en él y no pensaba retroceder. Los compañeros generosamente le dieron los elementos necesarios para que pudiera iniciar los trabajos en su grupo, pronto compañeros de otros *Grupos 24 Horas* refirieron que esperaban más de este compañero, que sentían que no debería de haber sido aceptada la dádiva de un local para un grupo que definitivamente no podía ser calificado de institucional. Sin embargo el Rosario se abrió, con pocos servidores y en un lugar reducido. Ignoro las experiencias en el seno de este grupo. El día de hoy sé que este grupo fue cerrado y más tarde reabierto al parecer en Tlalnepantla. Ignoro también la militancia de este agradable compañero. Fue el último grupo creado ese año en 1978, y con esta experiencia cerrábamos por ese periodo la inquietud de servicio de la conciencia del *Grupo 24 Horas*.

Esta experiencia, sin embargo, obligaba a todos a que nos cuestionáramos nuestra vida en el servicio de *Alcohólicos Anónimos*. Interrogar nuestra propia existencia para llegar a la esencia de lo que es el servicio de A.A., la herramienta más adecuada para trascender nuestro egoísmo. Y éste es un tema que tal vez avergüence a muchos y humille a algunos. El dolor del alcohólico no le puede producir dinero a nadie. El alcohólico encuentra la suficiente espiritualidad para vivir en el descubrimiento de una fuerza superior a él, en la definición individual que cada quien hace de su propio dios y en esa muerte única y exclusiva va descubriendo el único cielo que le está prometido desde el principio de la humanidad por el Poder Superior, que sólo es la acción buena que hagamos por los demás, y en nuestro caso, la única es la transmisión del mensaje y el dar a otros información, el trabajar con los recién llegados. Ésa es la justicia por la

que siempre clamó el corazón del alcohólico, el cielo en la tierra debía ser al realizarse la promesa. Los injustos serán exterminados, la extirpe de los inicuos se extinguirán, los justos se apoderarán de la tierra, la habitarán por siempre jamás, y de repente, en el mundo de afuera, el borracho ha muerto; el mendigo que clamó con sonrisas y miradas de niño, pan y aposento, un veinte para el alcohol de su propia teporocho ha muerto; el reclamador silencioso de la injusticia definitivamente ha muerto; lo dejamos sin gloria, sin cielo y sin terreno ignorando su dolor, el dolor de un enfermo, ignorando su derecho, el derecho que tiene todo ser humano cuando mengua su salud física o mental a ser ayudado. Lo ignoramos como ignorábamos todos que el alcoholismo era una enfermedad. Su vida fue un infierno, el fuego que ardió en ese su infierno estuvo hecho de la suma de piedades que quizás guardaron todos para ofrecer en otra vida y a otros seres. Murió para y sobre este mundo, donde nadie se atreve a pensar que la justicia es suprimible de la historia porque nos aferramos a continuarla en cada momento. Los responsables de este mundo descansan con la muerte del borracho, no más se extenderá su mano temblorosa pidiendo ayuda, no más arrojará sus ojos sobre la mirada inocente aunque vidriosa de los suyos, no más les cantarán al mundo para recibir su veinte y fomentar su propia enfermedad. Sólo si Dios se instala en el sitio mismo del otro es posible cambiar este mundo. Ya no funcionará sobre el borracho la empresa montada sobre su propio dolor, ningún hospital recibirá el depósito en cuenta bancaria alguna ni el dinero venido de sus temblorosas y desesperadas manos; no más condicionará la sociedad su ayuda al borracho a través de la norma injusta o el dinero abyecto, porque el alcohólico ha encontrado su hogar, porque el alcohólico ha muerto y ha vuelto a nacer en el *Grupo 24 Horas de Alcohólicos Anónimos*. No hay curación para el mal del soberbio porque de mala planta procede su planta. Del sufrimiento interno de cada uno de los alcohólicos va surgiendo una irrefrenable necesidad, una nueva conciencia que

nos permite sentir y nos permite entender lo mucho que nos necesitamos los unos a los otros, los que necesitan dar, el afecto y la comprensión que sólo nace cuando se tiene plena conciencia de su propio sufrimiento, entregar la experiencia de cada uno de nuestros dolores, entregarlo a aquel que está todavía sufriendo y al dar, recibir la infinita y noble gratificación de sentirnos útiles en el mismo momento, en el preciso instante en que algo de nosotros damos a aquel que lo necesita. En esto consiste la fuerza de la solidaridad de *Alcohólicos Anónimos* y particularmente la poderosa fuerza que priva en los *Grupos 24 Horas de Alcohólicos Anónimos*. Hacía ya algunas 24 horas que sentíamos la inquietud por encontrar un lugar adecuado en donde pudiera crearse una entidad terapéutica que sustituyera a la de Villa del Carbón y pudiera albergar en su seno a los compañeros que en esta granja militábamos. Habíamos visto en Acultzingo una casa que parecía llenar todos los requisitos, pero personalmente me había retenido la distancia, tal vez el peligro del camino, tal vez el temor por conocer la comunidad en donde se encontraba esta casa que es de mis padres. Algunos compañeros la habían ido a visitar y en principio me habían manifestado que el lugar les parecía propicio. Sin embargo se barajearon otras alternativas, se hicieron proyectos para construir una granja en la delegación de Tlalpan, D.F., o en Río Frío. Sin embargo el que era servidor de la granja de Villa del Carbón, Guillermo L., me había pedido que no descartara del todo la posibilidad de instalar nuestra granja de Acultzingo, Veracruz, en virtud, manifestaba, del entusiasmo mostrado por mi señor padre.

Una tarde mi hermano Enrique me llamó para comunicarme un problema de aquellos que solía confrontar cotidianamente en mi actividad alcohólica, pero que se presentaba como un fenómeno raro en mi nueva vida en *Alcohólicos Anónimos*. Definitivamente la noticia que me fue dada implicaba un pago doloroso por algo que yo consideraba limpio. Al parecer estas circunstancias aparentemente adversas me precipitaban a salir

del Distrito Federal en compañía de dos personas no alcohólicas, sin poder determinar el tiempo de mi ausencia, lo que para mí implicaba el abandono de mi grupo sin saber por cuántos días. Salimos en la madrugada. Mis acompañantes fantaseaban negativamente en torno a los acontecimientos. Emocionalmente yo estaba bien, pero había una interrogante: ¿Por cuánto tiempo podía mantenerme bien sin asistir a las juntas de *Alcohólicos Anónimos*? En Puebla, luego de breve meditación pensé que si yo creía firmemente en lo que a diario escuchaba de mis compañeros de A.A., y yo era parte de un plan elaborado previamente por algo superior a mí, por algo tan poderoso y tan fuerte que me había llevado a A.A., por algo tan bondadoso y tan bueno que me había permitido quedarme en A.A., por algo tan potente que estaba cambiando mi manera de ser, de pensar y de actuar, si era cierto que yo ya no era una hoja al viento movido por las circunstancias sino una pieza justa, exacta, en un plan perfecto, tenía el derecho a pensar que aun cuando las cosas aparentemente eran negativas, irremediable e irremisiblemente tendrían que conducirme a algo bueno. Y esa madrugada pensé en pedir a mis compañeros esa solidaridad que sentía en el grupo de A.A., que era tan espontánea, tan fuerte, tan auténtica, que me podría acompañar en esas horas de zozobra, de soledad y de incertidumbre, y la respuesta vino al marcar el número telefónico de Guillermo L. y decirle textualmente: “Estoy viviendo una experiencia de las que solamente se viven en la actividad alcohólica y necesito la ayuda de todos ustedes. He confirmado la idea de iniciar la granja en Acultzingo”. Del otro lado de la línea escuché rápidamente la respuesta: “A las tres de la tarde estamos contigo”, y esa noche, en Acultzingo, Veracruz a las 12 en punto, se iniciaba la granja, el *Grupo de Alcohólicos Anónimos de la granja de Acultzingo*, con la recepción de dos personas que deseaban saber qué es y cómo funciona un grupo de *Alcohólicos Anónimos*. El principio de su funcionamiento fue distinto al de la granja de Villa del Carbón, los compañeros

viajaban jubilosos a participar, a compartir sus experiencias con los compañeros militantes de esa granja. Los nombres de los que iniciaron la granja: Rudy, Héctor, Manuel, Lalo, Max, Pedro, Manuel II.

Muchos de nuestros compañeros asistían los fines de semana o pasaban sus vacaciones en la granja de Acultzingo. Todos ellos, como yo, sentían que en ese local, que en esa casa, existía algo especial, algo que nos cambiaba, que nos daba tranquilidad, mucho afecto, mucha comprensión de aquellos que rechazados por la sociedad y rechazando a la sociedad habían hecho vigente el puente de comprensión de alcohólico para alcohólico, y por su infinita necesidad de pertenecer habían puesto su voluntad para vivir en una auténtica comunidad, la primera comunidad real y efectiva de *alcohólicos anónimos* en el mundo, la única sostenida única y exclusivamente por sus propios recursos, por los recursos del alcohólico en recuperación. La experiencia en este tipo de comunidades es definitivamente joven en México. En nuestra granja de Acultzingo se inicia la transformación del ser humano que llega desalentado, con una infinita soledad y cargando mil culpas a cuestas, algunos de ellos, los menos, después de haber purgado penas en cárceles, penitenciarías y que seguramente fueron declarados irredentos. Sin embargo estos rebeldes ponían en juego contra todo su capacidad de adaptación y al poco tiempo vivían en absoluto contentamiento con sus demás compañeros, conscientes de que de la vida de cada uno de sus hermanos dependía la propia vida, de que de la conducta de cada uno de las militantes dependía su tranquilidad, su contentamiento y su salvación. La relación interpersonal del alcohólico a través de mi experiencia personal denotó siempre la incapacidad de resistir mi propia soledad, y de ahí nació el impulso de entrar en relación simbiótica con otros seres humanos. Era evidente que la tendencia masoquista y sádica de esta conducta se lleva siempre entremezclada, y la característica de mis relaciones como la de relaciones interpersonales de mis compañeros en la

actividad alcohólica trajeron como consecuencia la pérdida de la individualidad y de la libertad. Sin embargo las relaciones que se establecen en los anexos o en las propias granjas se dan a través del respecto total y absoluto de nuestra integridad personal, de nuestra individualidad y de una total y absoluta libertad, la más preciada de todas las libertades: la libertad interna del ser humano, la libertad de poder determinarse, la libertad de poder entregarse para ser cambiado. A través de las experiencias de otros seres humanos que reflejan la experiencia propia en la vida de cada compañero encontramos las respuestas para nuestra propia vida y en la práctica cotidiana de la terapia y en la práctica cotidiana de la comprensión y en la práctica cotidiana del afecto logramos vincularnos a ese ensayo comunicativo que existe en nuestras entidades terapéuticas. Por esto, cuando nuestra experiencia es joven, podemos afirmar que hasta el día de hoy ha dado óptimos resultados y que definitivamente se apunta como la solución perfecta para el tipo de enfermos que nosotros constituimos, repelentes a cualquier medio hospitalario o remisos también en acudir a los profesionales de la medicina para curar un dolor que de antemano sabemos que no comprenden y que no conocen. Solamente un borracho igual que yo, que sabía de lo que me estaba hablando y sabía lo que me estaba diciendo, fue el conducto para transmitirme en su momento el mensaje que me salvó la vida. La granja de Acultzingo es el primer ensayo tendiente a hacer las unidades terapéuticas total y absolutamente autosuficientes, es también la demostración de que el alcohólico es capaz de ser responsable por el proceso de recuperación suyo y de sus iguales, hace uso adecuado de las herramientas que se derivan de los conceptos de nuestro propio programa y pone en juego la voluntad que nace del deseo de conservar la vida como la ofrece *Alcohólicos Anónimos*: en acción, recobrando el sentido de utilidad. En la práctica continua del sentimiento comunitario se puede llegar a un estado de madurez emocional en donde ya no es necesario pensar

siquiera en evadir la realidad. A través de todo esto nosotros podemos afirmar que la libertad y el afecto en nuestros grupos constituyen la base esencial de nuestra evolución, de nuestro crecimiento y de nuestra integración. Precisamente al través de esas experiencias siento que se le da vida definitiva a nuestra primera tradición. Es cierto que ninguno de nosotros, al llegar a *Alcohólicos Anónimos* desea tanto la sobriedad como salir de los problemas que habían sido creados por las circunstancias de nuestra propia enfermedad. El cambio de cada uno de nosotros tiene mucho que ver con cada uno de nuestros compañeros, nuestra vida está íntimamente relacionada con la vida de los demás compañeros, y cada uno de ellos y cada uno de nosotros actuamos consciente o inconscientemente conforme a doce ideas específicas. Pero la primera, la fundamental, es la de mantenernos unidos, por esa necesidad sentida que tenemos los unos de los otros. Es posible que no simpaticemos, pero cuánta necesidad tenemos de amarnos. En esta primera tradición hay algo que utilizamos cotidianamente cuando pedimos fervientemente hacernos sordos y ciegos ante las deficiencias de nuestros amigos, pero deseamos estar conscientes de nuestros propios errores. De esta convivencia y de esta experiencia sana y útil nace el enamoramiento con la vida, el deseo de trabajar en beneficio de nuestros compañeros con la mayor capacidad y de estimarnos en la máxima profundidad, de pedir siempre el mínimo pero darles lo más posible. Por eso cada día llegan a nuestros locales muchas personas deseosas de trascender la soledad que tal vez en ese momento todavía no concienticen, pero tienen deseos de dejar de sufrir y en la granja de Acultzingo hay muchas manos amigas, muchos hombres que atormentados ayer por el sufrimiento pueden comprender el sufrimiento del recién llegado, que lacerados ayer por la obsesión pueden dar algo de su vida para arrancar la obsesión al ser humano que la lleva. Todos, como yo, han conocido el infierno de la noche, pero todos, como yo, el día de hoy están descubriendo los beneficios de la luz.

Sin temores, porque ya no es necesario vivir entre sombras y hoy sabemos que para nuestros sencillos objetivos solamente reconocemos y obedecemos una autoridad fundamental que se manifiesta en la conciencia de nuestro grupo. Los guías sólo son fieles servidores que no gobiernan porque el poder no nació para el alcohólico, no se hizo para el alcohólico. Porque el deseo de importancia, germen neurótico de nuestra personalidad enferma, invariablemente nos llevó a la evasión de una realidad o de una ilusión que en cualquier forma fue para nosotros fatal. Tiene que ser definitivamente amor y no gobierno lo que conserve nuestra unidad, solamente con la ayuda de mis compañeros es posible modificar la norma caduca que guió mi existencia al través del capricho grandilocuente de sobresalir, de adquirir importancia y de perseguir infatigablemente la quimera del poder. En realidad nuestro propósito y nuestro fin más legítimo se halla en la quinta tradición: llevar el mensaje al alcohólico que todavía sufre. De esta manera podemos ir viendo el modo de huir de la vida y sobre la marcha nos acercamos a un estado anímico en que sentimos cada vez mayores las advertencias que hacen otros a nuestra propia vida y consecuentemente vamos encontrando lo que verdaderamente es, en nuestro mundo y en el mundo de afuera, el concepto real y efectivo del bienestar común, en el cual la capacidad de cooperación crece día en día hasta llegar a sentirnos en mayor grado parte de una totalidad. Las formas de nuestros movimientos actuales no son sino el ensayo definitivo con vistas a un estado comunitario, y es en nuestros grupos en donde tantos testimonios podemos observar de las ínclitas fuerzas del ser humano. Aun cuando esta experiencia parezca en muchos aspectos imperfecta e incluso equivocada, es una prueba más de que esa verdad que consiste en progresar por el camino de la evolución se acerca cada día a nuestras vidas, permaneciendo en ellas como un verdadero ideal. De no entender ni comprender esta experiencia quizás llegaremos a tropezar cuando menos intelectualmente con esa ley

secreta en la que el cosmos, siempre inquisitivo, nos ordena desaparecer, porque para nosotros los alcohólicos, si no encontramos el auténtico sentido de la vida no hay porvenir. Es ésta una ley dura y severa que amenaza con el aniquilamiento a todos los que con la oportunidad de volver a vivir actuamos con indiferencia o en contra de nuestra comunidad. Somos, sin embargo, lo suficientemente cautos para no hacernos la ilusión de haber encontrado la clave de nuestra actitud hacia la eternidad. Así, el borracho confía y reposa sobre nuestra posibilidad de dialogar con el corazón del hombre para que él, y todos los demás en él representados, puedan tenderse tranquilamente al sol del naciente invierno cuando sepan que todo lo que les falta lo podremos dar nosotros, para que lo que falte a otros lo puedan dar ellos. Los borrachos retaremos nuestra historia y nuestro tiempo y todos juntos hallaremos la única forma de seguir viviendo es comprometiéndonos con el hombre que está sufriendo, tornándonos en referencia de nuestra propia experiencia y tal vez trascendiendo las inclemencias de su miedo y de su egoísmo. Porque entendemos perfectamente a través de nuestras propias vidas que nuestra compasión no es condescendencia sino solidaridad irrestricta que responde a un derecho, nuestro propio derecho a recibir ayuda como enfermos que somos, el derecho que tenemos a vivir, el derecho que se identifica absoluta y totalmente con la justicia. Hombres de esperanza, deseamos que la vivencia de estos hechos, para mejor decirlo la vivencia de nuestra propia historia, aflore, se manifieste, se llene de la acción que sigue al pensamiento mismo, a la conciencia misma de nuestra propia vida.

EL RELEVO

En mi propio proceso de recuperación había vivido y tratado de trascender esa tendencia a transformarme en dueño absoluto de otra o de otras personas o bien depender de ellas. En mi personalidad ambos impulsos se hallaban estrechamente ligados. No me cabe duda de las consecuencias prácticas del deseo de ser dependiente de infligir sufrimiento a los demás. En mi caso ambas tendencias se conjugaban debilitando mi propio yo, el yo auténtico. La tendencia de unir a mi yo individual con otro me hacía perder la integridad de personalidad y en muchas ocasiones mis relaciones humanas fueron de reciprocidad dependiente. Había sentido en la actividad alcohólica y en mis primeras 24 horas de militancia la forma en que estas tendencias hacían que perdiera la integridad de mi propio yo. Me iba perdiendo, disolviéndome en el seno de dependencias exteriores o bien me extendía al admitir a otro ser como parte de mi propia persona y en ese momento perdía mi libertad y perdía mi independencia. Bill, haciendo referencia a esta paradoja personal del alcohólico, nos dice: “Súbitamente me di cuenta de cual podía ser la solución. Mi principal defecto siempre ha sido la dependencia de la gente o las circunstancias para proporcionarme prestigio, seguridad y confianza. Al no obtener todo esto conforme a mis sueños perfeccionistas, luchaba por lograrlos, y al llegar mi derrota llegaba también la depresión”.

Como servidor había tratado de dejarme guiar por la conciencia de mi propio grupo, había tratado de bajarme del pedestal en que se habían colocado servidores anteriores, tratando de vivir en constante comunicación con todos mis compañeros. Eran ellos quienes me guiaban en mi servicio, los que orientaban el sentido y el objeto de mi nueva vida. Sin embargo los gérmenes neuróticos de que habla Bill estaban latentes en mi personalidad, y con motivo del tercer aniversario comenzaron a manifestarse hacia el exterior. Me di cuenta de que esto sucedía así cuando comencé a irritarme con suma facilidad, si los compañeros no cumplían mis propios deseos. En ese momento comencé

a padecer los disturbios emocionales que trae aparejado este tipo de dependencia o de reacción neurótica y caprichosa de mi propia mente. Por tal motivo hube de pensar en dejar los servicios en mi grupo de *Alcohólicos Anónimos*. Obviamente vino la incertidumbre y vino la duda. El servicio me había dado crecimiento, había encontrado un mundo de comprensión y un mundo de afecto, sentía a mi alrededor que los compañeros me transmitían la más sincera, espontánea y limpia de las amistades y lo mejor de los afectos que puede entregar un ser humano. Sabía que habían depositado en mí su confianza y con ella tal vez su propia vida. ¿Tenía derecho a empañar ese nuevo mundo con la manifestación de mi sentido de importancia? ¿Cómo podría reaccionar frente a la frustración? Podía hacer el pago que me exigía el dar alimento a mi propio egocentrismo, pero cuando se obra de buena voluntad la luz llega y fue en ese momento en que decidí dejar los servicios del *Grupo 24 Horas*. Fue después de un aniversario cuando me reuní con algunos de los compañeros. Silverio, Hilda, Panch Gabriel, Raúl y Memo L., todos ellos excelentes servidores, todos ellos habían entregado lo mejor que tenían de sus propias personas a la consolidación del *Movimiento 24 Horas de Alcohólicos Anónimos*. Con cada uno de ellos había compartido innumerables veces mis experiencias y había podido escuchar y vivir las experiencias de ellos mismos. Este intercambio vivencial va haciendo crecer al enfermo alcohólico dentro de un grupo de A.A. La manera de comportarse cada uno de nosotros día tras día condiciona el mundo en que vivimos, condiciona nuestra propia comunidad y en el *Grupo 24 Horas* se había obtenido una atmósfera de respeto, una atmósfera de afecto, una atmósfera de comprensión. La situación de las cosas en general es en primer término a raíz de esta experiencia, un reflejo de lo que somos en nuestro cuerpo, en nuestro espíritu y en nuestra alma. No podía olvidar que yo mismo y mis compañeros elaborábamos las condiciones en que nos desarrollábamos y que la rebelión volvía a aparecer en nosotros

cuando se trataba de abusar tiránicamente del servicio que nos era conferido. Podíamos tratar de modificar las condiciones y tratar (¿por qué no?) de modificar en algo el esquema fundamental de nuestros conflictos internos. Para estas fechas avizoraba características de líderes potenciales en cada uno de mis compañeros servidores. Sin embargo era difícil discernir quién reunía en sí la mayor dosis de inmadurez; quién se había entregado sin reticencia ni condición alguna, y con toda su voluntad y toda su energía a trabajar con otros y transmitir el mensaje, único objetivo del programa de *Alcohólicos Anónimos*; quién tenía la menor dosis de egocentrismo y servía sin esperar absolutamente nada a cambio; quién era el que ya no buscaba poder ni dinero y que no era influido por el mal endémico de todos los enfermos alcohólicos: la búsqueda de la seguridad a través del prestigio personal.

Conocía a Guillermo L. No había tenido hasta ese momento la oportunidad de convivir con él más allá de lo razonable. Sin embargo sabía a través de su historial que había llegado a *Alcohólicos Anónimos* por mediación del padre de otro alcohólico anónimo que había convivido en la actividad las horas crueles de la enfermedad. Efectivamente, Raúl había llegado primero. Y fue el padre de Raúl quien habló con Guillermo de la militancia del primero en un grupo de *Alcohólicos Anónimos*. A confesión del mismo compañero Guillermo, él había buscado incansablemente la fórmula para poder dejar de beber, había vivido su alcoholismo vertiginoso desde hacía más de 15 años, había tenido fugas geográficas, se había ausentado del hogar por periodos cortos y a veces por periodos largos, había intuido en muchas ocasiones que su conducta era una conducta desviada, había sentido la tremenda necesidad que tenemos los enfermos alcohólicos de seguir bebiendo aun sin querer hacerlo, había sido atormentado por los tremendos sentimientos de culpabilidad, que se generan en un ser endeble como el alcohólico al retornar al hogar después de 3 días de borrachera, había bajado a los infiernos indecibles

de su mundo y se había enajenado de la vida cotidiana tratando de perderse y olvidarlo todo. Al llegar a *Alcohólicos Anónimos*, desde el primer minuto, contrario a otras experiencias, sabía que había para él una esperanza y se aferró a su propia militancia. Los titubeos entre el mundo de A.A. y el mundo externo fueron mínimos. Con posterioridad, al abrirse la granja de Villa del Carbón, se había entregado sin condición alguna, dejando toda vinculación con el mundo externo, rompiendo la escala de valores de buscar seguridad en las cosas, había tratado de encontrar ese mundo espiritual, que es para nosotros la promesa de redención, un mundo redimido, un mundo espiritual, un mundo distinto. Tiene el don de poder escuchar con infinita paciencia y con infinito afecto a todo tipo de compañeros. Yo había visto la manifestación de afecto que muchos de los compañeros, la mayor parte de la conciencia, le prodigaban. Había visto además que él tenía la energía que yo estaba perdiendo, que él estaba desposeído del sentimiento brutal de importancia que todavía a esas fechas esporádicamente tenía sus manifestaciones dolorosas en mi persona. Esa noche, reunidos los compañeros servidores, todos aprobaron la idea de que Guillermo L. fuera mi sustituto. Al otro día tomaba posesión como el líder del *Movimiento 24 Horas*. Tiempo después los servidores de los grupos *24 horas*, a iniciativa del propio Guillermo, tuvieron a bien invitarme a un convivio en nuestra querida granja de Acultzingo. Me hicieron el obsequio de varios artículos de escritorio para demostrarme no su agradecimiento sino su afecto y al pasar a la tribuna me di cuenta de que no me había equivocado. Decía en ese momento algo que creo el día de hoy. Al servidor como conducto le es dado un cúmulo de energía y un cúmulo de dones que pierde en su mayoría al dejar los servicios, volviendo simple y llanamente a su condición de alcohólico. Y éste era mi caso. Estaba viendo cómo el compañero Guillermo recibía la energía, la paciencia y la comprensión, mientras que yo volvía al estado de evolución que a esas fechas me había permitido

lograr mi propio grupo, la única forma de no esperar el agradecimiento y de no correr el riesgo de la frustración es el sentirse agradecido. ¿Y no debía yo estar agradecido hacia ese conjunto de seres humanos que me habían hecho la transmisión del mensaje, me habían dispensado su tolerancia y su paciencia y habían compartido conmigo sus propias experiencias dándome algo de su propia vida? ¿No debía estar agradecido cuando recordaba los momentos caóticos y angustiosos en que por primera vez traspuse los umbrales de un grupo de *Alcohólicos Anónimos*? ¿Debería o no estar agradecido cuando había recibido de mis compañeros toda la solidaridad, todo su afecto, cuando me habían guiado las mismas veces que lo había solicitado en los conflictos aparentemente intrínsecos que confrontaba cada 24 horas en mi militancia en el grupo *Alcohólicos Anónimos*? Si estaba agradecido no podía exigir agradecimiento, y solamente un corazón agradecido está lleno de satisfacción. Por esa razón, al dejar los servicios del *Movimiento 24 Horas* yo estaba agradecido hacia cada uno de mis compañeros y desde ese momento me comprometía a tratar de ser un alcohólico más. ¿Podría sustraerme a ese deseo irrefrenable que tenemos los alcohólicos de convertirnos en directores de orquesta? ¿Podría simple y llanamente aceptar mi condición de ser un alcohólico más? Dos caminos hay para el veterano, convertirse en un viejo sangrante o convertirse en un viejo estadista. Sin embargo, consciente de mis limitaciones, yo no podía darme a mí mismo el calificativo de estadista, porque otros lo habían hecho y habían tenido que pagar un alto precio. No deseaba de ninguna manera convertirme en un viejo sangrante porque la amargura en el alcohólico es algo que carcome su personalidad., lo frustra, lo resiente, lo desequilibra y en muchos casos puede obligarlo a volver a beber. Tenía que tratar, con la ayuda de todos mis compañeros, de ser un alcohólico más. Ellos, diariamente, cada 24 horas se están encargando de lograrlo.

Los frutos de la humildad de Guillermo pronto se manifestaron. Se dejaron de hacer juntas aparatosas de servidores que yo acostumbraba a hacer, se dejó de apapachar el egocentrismo de cada uno de los miembros de la mesa de servidores y el grupo comenzó a respirar el ambiente democrático, de libertad, que debe privar como condición de madurez en la conciencia de este tipo de entidades terapéuticas. Servía el que quería hacerlo. Joven o viejo, cada quien realizaba su servicio y cumplía plena y eficientemente su responsabilidad. Los grupos que formaban parte del *Movimiento 24 Horas* vivieron la plena libertad de sus propias experiencias, unos haciendo el pago por la manifestación de su propio egocentrismo, otros madurando en el servicio para lograr lo que es, en el *Movimiento 24 Horas*, la auténtica unidad, respeto total e irrestricto a la autonomía de los grupos miembros, a la manera de ser, de pensar y de actuar de cada uno de los servidores de estos grupos, y la unidad nacía de la necesidad de comunicación de la necesidad de servicio, de la necesidad de apoyo y la dependencia caía en esta forma en la esfera de la interdependencia. Nos unimos porque nos necesitamos, permanecemos porque tenemos deseos de vivir. Esa autenticidad en la unidad sigue prevaleciendo en el *Movimiento 24 Horas* hasta nuestros días. Se terminaron las chapas y se terminaron los cargos. Todos, a partir del propio líder, conservamos nuestra condición de un alcohólico más con deseos de vivir y, como condición de ello, con ansias de servir. Que todos sean respetados, que no haya recuerdos enfermizos de gratitud para que no se envilezca el sentimiento, que no sean memoria del afecto o recuerdo de un querer. Que sean respetados, en ese vivir amando en compasión y justicia como el amor requiere, a todos los borrachos que están en el mundo con un rostro visible, con manos callosas clamando siempre por algo, con un cuerpo vencido por todos los dolores, catedrales de llagas y de malos olores, con pies temblorosos de cansancio de recorrer todos los caminos, de escanciar todas las botellas,

de sufrir todos los dolores y de vivir muriendo en su vida a destiempo. El borracho se redime, se siente respetado cuando ha dejado de pesar sobre él la manipulación de muchos o la manipulación de todos, cuando sale de su confusión y empieza a crecer y empieza a vivir y empieza a encontrar en cada uno de sus pasos las huellas de la libertad que otros, prisioneros como él, fueron dejando. Y el alcohólico levanta la frente, yergue la espalda, y se enfrenta a su mundo emocional y se enfrenta a su propia circunstancia y camina seguro y camina firme cada hora y cada minuto y siente al hermano que va llegando y le da lo que tiene y lo comprende y le extiende la mano, la mano honesta, la mano firme, y le da su sonrisa.

Un conjunto de hombres y mujeres en acción, porque sólo en la acción generosa encontramos la paz. Porque sólo en el compartir vivencias y canalizar inquietudes encontramos a Dios.

Entusiasmo, alegría para vivir, son los ingredientes de la gran fiesta, antesala del 3er. Aniversario del *Movimiento 24 Horas de Alcohólicos Anónimos*.

Para su organización, cumpliendo con el objetivo de nuestro programa que es la transmisión del mensaje de *Alcohólicos Anónimos*, habíamos llegado a hablar con una extraordinaria dama, amiga personal mía y amiga también del *Grupo 24 Horas de Alcohólicos Anónimos*, la licenciada Armida Martínez Valdez, quien de inmediato se solidarizó con nosotros y de manera entusiasta apoyó la idea de ser el conducto para examinar la posibilidad de que a través de la estructura del DIF pudiera hacerse llegar nuestro mensaje a diversas comunidades de esta organización. La Junta Magna del 3er. Aniversario del *Grupo 24 Horas de Alcohólicos Anónimos* tendría verificativo en el Auditorio Nacional. Obviamente hubo duda de mi parte, obviamente me asaltó el temor

de que fuera mi egocentrismo y no mi buena voluntad el que estuviera motivando el deseo de traspasar todas las barreras conocidas hasta entonces por los grupos tradicionales de *Alcohólicos Anónimos*, y satisfacer con esta manifestación sutil el egocentrismo del alcohólico, logrando que la junta fuera en el Auditorio Nacional.

El apadrinamiento de mi recuperación, la luz en la oscuridad de la duda, siempre lo he encontrado en mis propios compañeros, aun cuando la mayor parte de ellos tienen menor tiempo de militancia que yo. También con dudas los servidores me dieron su apoyo.

La celebración de esa junta ya entraba en el tiempo que cubriría en su servicio el compañero Guillermo L. Él, pues, se echó auestas la organización de las 47 juntas de información. Dentro del *Grupo 24 Horas* todos los compañeros son verdaderos y auténticos servidores, todos saben y han logrado tomar conciencia de que el servicio es una herramienta principalísima para su propia recuperación. La importancia de trascender el egocentrismo, la importancia de trascender la mezquindad en la que el alcohólico ha construido el medroso mundo de su vida, el entusiasmo de compañeros jóvenes (José Antonio entre ellos), de viejos servidores como Silverio, como Pancho Gabriel, el toque femenino de la compañera Hilda que esperaba su segundo niño, el discreto apoyo, el más efectivo, el del compañero Víctor C., también se manifestó en esa ocasión.

La duda principal se centraba en el deseo manifestado por las comunidades DKF de acudir a nuestro aniversario y en el hecho de que la transportación iba a ser proporcionada por nosotros mismos. Nos sonaba un poco a los acarreos de que tanto ha hablado la prensa como motivo de actos de carácter político. La ayuda que por conducto del licenciado Jorge Eduardo Pascual nos proporcionó el licenciado Teodoro Rivera, y su excelentísimo y eficiente secretario particular profesor Carlos Salmerón, hicieron

posible que contáramos con las unidades suficientes para transportar al local del Auditorio Nacional a más de mil integrantes de las comunidades DIF, a pesar de que cada uno de nosotros padeció angustia con exceso de celo por nuestra autonomía, en exceso de celo por nuestra autenticidad, ¿o sería esta medida la adecuada, de acuerdo con los principios de nuestra literatura?

El tiempo vino a corroborar que fue una medida eficaz. Sabemos nosotros, a raíz de esta experiencia, que todo lo que el alcohólico anónimo haga poniendo en juego su buena voluntad, que todo lo que el alcohólico haga con la intención de efectuar la transmisión del mensaje, sin buscar incrementar o encontrar o agrandar su propio sentimiento de importancia, aun cuando en sus actos exista la duda, que para nosotros es sinónimo de crecimiento, resultará bien.

Nuestro tercer aniversario tuvo la bondadosa participación de los Tenientes de Anáhuac, del Ballet Hawaiano y de otros artistas más que en forma gratuita dieron realce al evento, en el que también estuvo la mayor parte de los funcionarios del Sistema para el Desarrollo Integral de la Familia. A pesar de las dudas, de la incertidumbre que tal vez nuestro propio egocentrismo nos planteara, se había dado un enorme paso en nuestra recuperación y en la transmisión del mensaje de *Alcohólicos Anónimos* como un todo. En lo particular nuestro grupo trascendía las fronteras de su propio local para encarar al mundo con la más auténtica de las imágenes del alcohólico anónimo: la de una gente responsable, organizada, de buena voluntad, que ponía todo con humildad en el objetivo principal de su programa. Gracias a estas personalidades que creyeron en la palabra de un grupo de ex borrachos, nuestro tercer aniversario resultó todo un acontecimiento.

La afluencia en busca de información a nuestros grupos después de este evento fue verdaderamente sorprendente. Los resultados que pudimos observar fueron los siguientes: ahí estaba precisamente, en la realidad escueta y alentadora, la respuesta a

nuestras propias angustias; desde nuestro punto de vista personal se habrían caído muchos tabús, las nuevas generaciones habían terminado con el hasta ese momento balbuceante y medroso vivir como *alcohólicos anónimos*, individual y grupalmente, para hacer uso de nuestras tradiciones y en caso concreto, podíamos confirmar que las tradiciones de *Alcohólicos Anónimos*, en nuestra experiencia, resultaban vitales para conservarnos sobrios y también nos eran útiles para todas las áreas de nuestra propia vida.

Conservábamos, en consecuencia, la Cuarta Tradición, al mantener y ejercer nuestra autonomía sin lesionar ni afectar a otros grupos o a *Alcohólicos Anónimos* como un todo. Al mismo tiempo cumplíamos con la Quinta Tradición en su propósito fundamental de llevar el mensaje al alcohólico que todavía sufre. Las costumbres de conducta seguidas por los miembros de *Alcohólicos Anónimos* antes del nacimiento de las tradiciones estaban definitivamente con nosotros. De hecho, la Quinta Tradición no es un método para recibir sino un medio para dar. Es posible que a nivel personal nuestras actitudes no sean las suficientemente buenas. No es fácil para nosotros hacer a un lado nuestros deseos personales en la búsqueda de sentimientos de importancia, en la busca del aplauso y, ¿por qué no? hasta convertirnos en autores de la sobriedad de otro ser humano. El alcohólico que persigue en el programa de *Alcohólicos Anónimos* fines mezquinos, está labrando su soledad dentro del grupo con sus propias manos. Sólo ese sufrimiento puede menguar ese impulso de nuestra personalidad enferma de manipular a los demás, esa ambivalencia de nuestra propia personalidad de depender de los demás. El alcohólico anónimo puede volverse a alejar de sus semejantes y permanecer sordo a la voz de su nueva conciencia si en vez de darse como un simple ex borracho, portador del mensaje de su propia experiencia, piensa en él como un servidor con poder dentro de *Alcohólicos Anónimos*. Es preferible sentir gratitud en vez de ufanía y, a fin de cuentas,

si valoramos lo que tenemos podremos sentir gratitud por haber sentido antes los estertores de la muerte y sentir en el presente los efluvios maravillosos de una nueva vida.

De los compañeros servidores cada uno indudablemente tiene su sello característico. En A.A. el servicio es sinónimo de amor. El más puro de todos los sentimientos, tal vez el único que no radica en esa porción psíquica que llamamos alma, sino que es la plena manifestación del espíritu, la tercera entidad que desea y lucha por manifestarse arrasando a su paso todas las emociones negativas, sedimentos larvados en el alma enferma del alcohólico. Durante el servicio que como guía presta al *Movimiento 24 Horas de Alcohólicos Anónimos* Guillermo L., han desaparecido casi en su totalidad las llamadas chapas, es decir la nominación a algún cargo para el desempeño de determinada función en la Mesa de Servidores. El alcohólico sabe que ha estado buscando este sentimiento, que lo ha estado buscando en otros seres humanos y que seguramente aquellos que lo rodearon, aquellos que lo rodean en el núcleo familiar, estuvieron siempre dispuestos a entregárselo, pero la defectuosa manera de captar su realidad, la angustia permanente y sus reacciones neuróticas le hicieron imposible comprender lo que otros seres humanos querían entregarle. Dentro de *Alcohólicos Anónimos* sabe que más importante que recibir es dar, y que en el mismo momento que se da se recibe. Esta sencilla mecánica espiritual se manifiesta cotidianamente en el apadrinaje. Al escuchar a algún compañero de menor tiempo hablar de sus problemas, de los actos de mal juicio, de su angustia, de su desconcierto, de su confusión, en ese solo acto de poner en juego su buena voluntad para escuchar a alguien que padece sus mismos sufrimientos, el alcohólico recibe la gratificación anhelada, la trascendencia de ese vacío permanente de nuestra vida activa, la trascendencia de esa angustiosa manera

de vivir que tiene el enfermo alcohólico en el mundo de afuera, puede dar la comprensión que él exigió y que nunca estuvo en condiciones psíquicas de recibir.

Entre los compañeros servidores nace la más limpia y la más hermosa de las amistades, exenta total y absolutamente de egoísmos; amistad que surge de una necesidad permanente de contar con otro ser humano frente al cual y con el cual encuentra uno una gran semejanza, y que si no es amistad es parentesco de las almas, puesto que el alcohólico exhibe en su catarsis diaria su verdadera alma. Poniéndola entre sus manos la observa y permite que otros la observen. La limpia y permite que otros la limpien. De esa manera se generan en *Alcohólicos Anónimos* las mejores amistades. Ése es el despertar al mundo, el encontrar respuesta a todo lo viejo, marchito, tardío, macilento que trae en su persona el alcohólico cuando llega a un grupo de *Alcohólicos Anónimos*. En una forma lenta y solapada había sentido la paralización de sus sentimientos, el odio contra la propia persona y contra los demás, la cerrazón de todo sentido en esa atmósfera maligna de profundo fastidio, en ese infierno miserable de falta de corazón, en ese mundo de la desesperanza. La reconciliación con la vida viene después de que una de las figuras en pugna, uno de los yos que permanecieron largamente en la vida del alcohólico, antipáticos, burlándose uno de otro, observándose y escupiéndose el rostro, se cuestiona si esa indiferencia social era sencillamente estulticia, falla humana, o si su egocentrismo, su falta de carácter, su contradicción en los sentimientos eran manifestaciones naturales y personales. Si la vileza la genera la humanidad, podía haber justificación a su desprecio. Si era flaqueza, acrecentaba su autodesprecio. Pero la vida adquiere un nuevo sentido dentro de *Alcohólicos Anónimos*, los compañeros se van recuperando, ayudan a otros, desaparece la soledad, se desarrolla la fraternidad alrededor mío, me siento partícipe de ella, me siento integrado a ella, soy yo mismo en un núcleo y el núcleo forma parte de mi propio yo. Ésta es la experiencia que debo

cuidar, ésta es la experiencia que no debo perder. Nombres, nombres de mis amigos actuales: Raúl G.

El señor presidente llegó a *Alcohólicos Anónimos* joven aún. Sin embargo acusaba las huellas de gran sufrimiento en su rostro desconcertado. Comenzó a escuchar las experiencias que cada uno recibe desde la tribuna de nuestro grupo, y poco a poco comenzó a integrarse, comenzó a curar su propia soledad con el tiempo, como todo en *Alcohólicos Anónimos*, con tiempo, porque si algo aprendemos en A.A. es a saber esperar. En eso consiste la extraña técnica médica de *Alcohólicos Anónimos*, en que el paciente debe llegar al peor extremo antes de empezar a sentirse mejor; el alcohólico debe tocar el fondo para llegar a *Alcohólicos Anónimos*: debe llegar al fondo dentro de *Alcohólicos Anónimos* para esperar el cambio, para quedar reducido a un estado de concreta dependencia de aquellos que puedan detener su enfermedad. Con la mente abierta como sólo un moribundo puede tenerla, el despertar espiritual es simple, es el acto de renunciar a la confianza en la omnipotencia descoyuntada del enfermo. Y así los desafiantes ya no continúan aferrados a su obsesión sino que aceptan la ayuda del exterior.

En todos los grupos hay periódicamente cambios de servidores. En nuestro grupo, en constante evolución y en constante ebullición, acababa de reemplazarse a los servidores en turno en aquellos momentos: Jack como presidente y Enrique B. como secretario, y en lugar de éstos, durante la época de servicio de Guillermo M., tomaron su lugar precisamente Raúl G. y Guillermo L. En la actualidad, cuando el enfermo alcohólico ya no necesita el estímulo a su descoyuntado sentimiento de importancia, cuando se han acabado las nominaciones que nos llenaban de ampulosidad y que motivaron durante 24 horas nuestro servicio, a Raúl G. se le sigue llamando cariñosamente el señor presidente. El apadrinaje sencillo, escueto, verídico, se hace patente en él, quien tiene la

capacidad de transmitir su experiencia en pocas palabras, tiene la capacidad de despertar el amodorramiento inconsciente del enfermo alcohólico en una sola frase. Tal vez precisamente su discreta militancia lo haya señalado para seguir sirviendo y el llamarle presidente no es más que un mote cariñoso que no representa para él poder ni alimenta su egocentrismo, sino tal vez significa la esencia de lo que nosotros podemos llamar la hermandad en el servicio, el secreto de no tomarse tan en serio.

Víctor C., encargado de las finanzas del grupo, siempre poniendo más que los demás, siempre predicando con el ejemplo, enérgico cuando es necesario serlo, comprensivo cuando se necesita comprensión, siempre dispuesto a ayudar, llegó a *Alcohólicos Anónimos* en completo estado de ebriedad. Confiesa que antes de entrar al grupo había tenido la necesidad de comprarse una ánfora de alcohol para después de la junta seguir bebiendo. Llegó acompañado de su pequeño hijo y al salir de la junta, de regreso a su casa, en busca, tal vez por la obsesión no diluida de una cantina cercana, su vehículo cayó en un hoyo y escuchó el grito de espanto de su inocente hijo, que le decía: “¿Qué vamos a hacer?” El miedo reflejaba su inocencia: “Nos van a llevar a la cárcel” y Víctor sintió ese tremendo sentimiento de culpa que sentimos los alcohólicos, esa tremenda impotencia para poder cambiar de vida, esa impotencia para dejar de beber y esa falsa imagen que tenemos necesidad de proyectar hacia el exterior para poder confrontar nuestros problemas, es grito desesperado a través del cual queremos inyectarnos el valor que hemos perdido, la confianza que se ha deteriorado, ese aullido espantoso de nuestro propio egocentrismo. No pasa nada, sin embargo.

Tal vez ese último golpe fue la firme plataforma para que Víctor C. se quedar en un grupo de *Alcohólicos Anónimos*. La conservación de su trabajo le hace ser un militante nocturno, siempre dispuesto a escuchar y siempre dispuesto a ayudar, celoso de la autonomía de su propio grupo; recalcitrante localista del *Grupo 24 Horas*, se erige a

veces en el guardián de nuestra propia conciencia, de nuestra propia sobriedad, en el centinela alerta de nuestra autonomía; duro con aquellos que han pretendido agredir con sus actos la buena imagen del *Grupo 24 Horas*, discreto militante y extraordinario servidor, Víctor ha llegado a entender con toda claridad lo que es el valor espiritual de la contribución.

Cada vez que nosotros los alcohólicos logramos desprendernos de algo para el sostenimiento de nuestra comunidad, para llevar el mensaje a otros, estamos tratando de desarrollar los principios que nos fueron legados y, aun cuando sea en el terreno de lo relativo, sentir la satisfacción de nuestro propio crecimiento. Tal vez parte de estos conceptos los hemos aprendido de la acción más que de la palabra, y tratándose de acciones Víctor ha sido para nosotros un buen maestro. Esa imagen siniestra que se agita y fermenta dentro de nosotros mismos y que se refleja en nuestra mirada descarriada y temerosa, en los ojos brillantes, a ratos fieros y a ratos tristes; esa figura que fluye en incesante movimiento en todo nuestro interior, que conturba y remueve todas nuestras emociones en lucha penosa, desaparece dentro de nuestros propios grupos, y al trascendernos, como lo ha logrado Víctor C., encontramos un vivir fluido y sencillo tanto en nuestra comunidad alcohólica como en el seno de nuestro hogar y en el escenario en que desarrollamos nuestras actividades diarias. En la persona de este compañero servidor se manifiesta lo que es la poderosa herramienta espiritual de la contribución. Fue Rodolfo M. quien apadrinó y transmitió las primeras experiencias a Víctor C., en cuya persona han fructificado.

Los *alcohólicos anónimos* tenemos necesidad de tomar conciencia cada 24 horas de las cosas positivas que van conformando nuestro diario vivir; regalos espirituales que satisfacen el apetito espiritual que estimulamos en nuestro cotidiano caminar por el nuevo sendero de la vida. Uno de esos regalos lo constituyó el hecho de ver llegar

después de una paciente espera al compañero Enrique A., al *Grupo 24 Horas de Alcohólicos Anónimos*. La euforia de mis primeras 24 horas de militancia en un grupo de *Alcohólicos Anónimos*, habían hecho años atrás que pretendiera a toda costa que este compañero llegara al Grupo Hamburgo, en donde yo hacía mis primeros pininos en el terreno de la sobriedad, pero hay algo cierto en la tradición oral nacida de la experiencia y del tiempo, el alcohólico llega cuando tiene que llegar. Aprendí entre tanto a estimar a este compañero y tal vez parezca raro que después de treinta y tantos años de convivencia hable de que aprendía a estimar, pero es que para mí el sentido auténtico del amor lo encontré en A.A. y con él practiqué ese profundo respeto a su manera de ser, de pensar y de actuar, drástico cambio para quien como yo había confundido el mayorazgo familiar con el paternalismo cruel, producto de una deficiente y enferma seguridad emocional. Antes de su llegada Enrique se había interesado por el servicio para *Alcohólicos Anónimos*, orientaba la forma de nuestra comunicación con la prensa, la apoyaba con sus relaciones personales, asistía a nuestros aniversarios la mayor parte de las veces con media estocada adentro. El respeto a su sufrimiento era escrupulosamente drástico, ni en los momentos más terribles de angustia volvía a intentar persuadirlo de que asistiera a nuestro grupo en calidad de militante. Una mañana recibí, en la oficina que compartimos, la llamada de su señora esposa quien me comunicó con él. Con una voz agonizante, expresión de la angustia y la desesperación, me dijo que había sufrido un desmayo en el vapor y que estaba padeciendo malestares y sensaciones espantosas, mi respuesta fue que no podía ir a verlo en virtud de que no era médico y no podía darme el lujo de conmisermarme. Fue el doctor Ernesto Lamoglia el que al acudir para la rehabilitación física de Enrique A., sirvió de conducto para que ese mismo día, con esa sensación de inseguridad y de torpeza, tan conocida por mí tiempo atrás, temeroso aunque risueño llegó Enrique A. para iniciar su militancia estoica hasta

la fecha. Conservaba comparativamente algo de la humanidad que en mi caso personal había perdido.

Brillante profesional, atento por naturaleza, pronto se integró a nuestro grupo y empezó a servir. Fue un conducto extraordinario para sumar a nuestro movimiento las buenas voluntades de la prensa nacional y así pudimos contar con la hospitalidad de la gran prensa, sus nombres: Enrique Montiel, vate Manuel Campos Díaz, Alberto Serrano, Héctor Rivera, Carlos Samayoa, Mario Sojo, Manuel Camín, Mario Munguía, Federico Ortiz, Conrado de la Torre, Armando Arévalo Macías, Lic. Federico Bracamontes, Carlos Barrios Martínez, Agustín Casasola, Luis M. Farías, Arturo Sánchez Valdovinos. Todos ellos, a través de sus columnas, fueron medios invaluable, y a sus líneas muchos alcohólicos que militan en nuestro grupo deben la oportunidad de haber salvado la vida.



Rindo tributo a todos los integrantes de la conciencia del *Grupo 24 Horas* porque en cada uno de ellos hay un servidor, porque en cada uno de ellos hay una enorme capacidad afectiva, porque en cada uno de ellos hay una extraordinaria disposición de servicio y porque en cada uno de ellos está manifiesta la buena voluntad del Poder Superior. Sería imposible referirme a los antecedentes y a su propio desarrollo, pero los mencionados son el prototipo del servidor de nuestros grupos.

El cuarto aniversario del *Movimiento 24 Horas de Alcohólicos Anónimos* se inicia con una entrevista llevada a cabo con la gentil señora Margarita López Portillo, directora de Radio, Televisión, y Cinematografía de la Secretaría de Gobernación, dama sencilla, cuyos dones espirituales se manifiestan en su comportamiento, en su sonrisa bondadosa, en su además sencillo y fácil, que permite, aun a nosotros los alcohólicos en

recuperación, una pronta y fluida comunicación. Le enviamos un telegrama pidiéndole audiencia y nos fue concedida. Breves minutos bastaron para comunicarle lo que era *Alcohólicos Anónimos* y lo que era el *Movimiento 24 Horas de Alcohólicos Anónimos*. De inmediato se despertó su interés y uniendo la palabra a la acción nos proporcionó tarjetas para que pudiéramos entrevistar a las personas adecuadas, tales como el director del Canal 13, el director del Canal 11, el director de Radio, y cada uno de ellos nos abrió las puertas y con extraordinaria buena voluntad nos proporcionaron el apoyo necesario para el inicio de una transmisión masiva de nuestro mensaje. El objetivo es claro y sencillo: concientizar a nuestra sociedad de que el alcoholismo es una enfermedad y de que hay una solución para el enfermo alcohólico, y que esa solución está representada por *Alcohólicos Anónimos* como un todo y cuyo mensaje llegaría a la masa anónima que nos estaba esperando, mediante el logotipo del *Movimiento 24 Horas de Alcohólicos Anónimos*.

Fue así como los canales de televisión oficiales y comerciales comenzaron el desarrollo de una campaña que se convirtió en permanente una vez pasado nuestro aniversario. La prensa nacional y los amigos de *Alcohólicos Anónimos* dieron como siempre su generosísima protección y abrieron las columnas de sus diarios para dar hospitalidad a nuestros boletines, para hacer reportajes y editoriales cuyos frutos eran inmediatos en el seno de nuestros propios grupos. El *Grupo Héroe*s y el *Grupo 24 Horas Condesa* comenzaron antes incluso de la celebración de este cuarto aniversario, a abarrotarse. Renovadamente el DIF, esa dependencia, nos dio enorme ayuda moral y publicitaria.

El aniversario tenía su verificativo nuevamente en el Auditorio Nacional. En esta ocasión el público sería total y absolutamente espontáneo. La asistencia la calculamos nosotros en cerca de 5 mil personas. Hubo críticas en función de que se había hecho demasiada promoción sin haber podido llenar el Auditorio, pero no fue ésta nuestra

intención ni nuestro propósito, porque el único propósito que en lo personal y en lo grupal tenemos, es el llevar el mensaje a aquellos que todavía están sufriendo.

A través de nuestra experiencia hemos aprendido a valorar y a aquilatar en justicia el valor de una vida humana, y una sola que pudiera salvarse en un acto de esa magnitud colmaría, para todos y cada uno, nuestros deseos y nuestros objetivos. Y la respuesta se ha manifestado en nuestros propios grupos: millares de personas han recibido la transmisión del mensaje, cientos de ellas militan con nosotros. Siendo, como somos, pasajeros de un gran navío rescatados de un naufragio, la camaradería, la alegría y la democracia permanecen en nuestro barco, y nuestros compañeros de viaje vienen de todas las esferas sociales, salen de todos los rincones de la provincia; nuestro Movimiento se multiplica y la vida humana adquiere también para el mundo de afuera su justo y exacto valor. El enfermo alcohólico recibe la justicia de ser tratado como tal y recibe la oportunidad de poder recuperarse de su espantosa enfermedad.

El alcohólico anónimo es ciudadano del mundo a partir de su condición de alcohólico. Si ampliamos un poco nuestra perspectiva y nos planteamos el problema de las experiencias de aquellos seres humanos compañeros nuestros que se han propuesto falsos objetivos de perfección, y cuya adaptación activa se ha frustrado por haber emprendido un falso camino en su aspiración al fomento comunitario, encontraremos cuán necesario es para nosotros hallar el camino más o menos directo hacia el objetivo de nuestra propia evolución. Es evidente que para cada uno de nosotros el objetivo de evolución global va orientándonos para nuestro desenvolvimiento personal, nuestros movimientos expresivos, nuestra manera de pensar, nuestros sentimientos y nuestra concepción del mundo. El alcohólico que se aparte de esta verdad originará indudables perjuicios en su persona cuando no su aniquilamiento total.

Los *alcohólicos anónimos* militantes del *Grupo 24 Horas* estamos sumergidos en la corriente de la evolución sin que podamos salir de ella. Apoyándonos en una experiencia vastísima hemos intuido una concepción que puede orientarnos hasta cierto punto en nuestra evolución, previamente a la fijación de medios que encontramos en el servicio, donde descubrimos lo importante que es para nosotros vivir normativamente el sentimiento comunidad. El sentimiento de comunidad nacido de nuestra militancia equivale ante todo a una tendencia hacia una forma de comunidad que debe ser concebida como eterna. ¿Cómo podríamos representar a nuestras pequeñas sociedades si hubieran alcanzado ya su objetivo evolutivo? Hemos vivido directamente nuestras propias experiencias y sabemos que no podemos atentar contra estos sentimientos comunitarios. El alcohólico anónimo sabe que tiene que poner en juego, en cada comportamiento de su vida, su buena voluntad; que debe poner en juego su honestidad hacia él mismo; que el germen neurótico, núcleo de su propia enfermedad, está subyacente en los profundos estratos de su conciencia; y que en el momento mismo que lo alimenta con el manejo de una vieja y deteriorada escala de valores, emergerá de ese fondo y se desatará la tormenta y la lucha ambivalente de los dos yos. Por esas razones el alcohólico anónimo es ciudadano del mundo; siente sobre sí la enorme responsabilidad de su propia vida, de la comunidad en la que volvió a nacer y la responsabilidad que tiene para con la sociedad a la que pertenece, sin olvidar un solo minuto su condición de alcohólico. Hemos trabajado suficientemente nuestros instintos descoyuntados, convertidos y manifiestos en nuestra persona, en el mundo de la actividad alcohólica, en verdaderos y trágicos defectos de carácter: avaricia, lujuria, envidia, ira, que han sido trabajados terapéuticamente, cotidianamente, intensamente, porque cada una de esas manifestaciones negativas de nuestra personalidad nos puede poner en peligro de volver a beber. Y volver a beber, para nosotros, significa la muerte.

Desarrollo continuo del espíritu a través de la buena voluntad, en forma sencilla, llana, simple; y la suficiente dosis de fe para vivir confiados en el instante mismo que nos toca vivir, pies sobre la tierra y mente en las alturas. Así estamos aprendiendo a vivir con mayor serenidad, camaradería y fraternidad con todos los hombres y mujeres, cualquiera que sea su condición en una aventura conmovedora y fascinante. Ahí es donde cumplimos la práctica de nuestro Paso Doce: practicar estos principios en todos nuestros actos.

Alcohólicos Anónimos espera de nosotros algo más que la transmisión del mensaje. Nuestro objetivo no es sólo la sobriedad, nuevamente tratamos de ser ciudadanos del mundo que rechazamos y del mundo que antes nos rechazó. Ésta es la demostración esencial de que el trabajo del Paso Doce es la primera pero no la única finalidad. Es el principio de un camino fascinante en donde encontramos nuestra integración, en donde encontramos nuestro acomodo personal en el seno del mundo. El dolor y el sufrimiento han señalado el camino hacia una nueva vida y hacia una nueva forma de actuar y de pensar. De los hombros de los alcohólicos se está logrando quitar en México una carga de cientos de años, mediante los intentos de ayer y de hoy con la tarea de concientización de que el alcoholismo es una enfermedad tan grave como muchas otras. Estamos conscientes, sin embargo, de que la mejor promoción se logra mediante cada uno de nosotros, los *alcohólicos anónimos*.

La imagen de *Alcohólicos Anónimos* se ha amplificado. Partimos de una unidad completa. En lo que concierne al alcohólico se ofrece una forma totalmente nueva de pensar en el programa de recuperación de A.A., es así como hemos adquirido nuevas actitudes frente a nuestra vida diaria.

La verdadera experiencia espiritual de que se ha venido hablando es simple y sencillamente el cambio de nuestra propia personalidad. Definitivamente sentimos que

la vida de ahora es infinitamente mejor a la que llevamos en épocas terribles de nuestras borracheras. Hemos rendido nuestra propia voluntad y hemos reconocido nuestra impotencia frente al alcohol; hemos reconocido nuestra inhabilidad para poder vivir sin la ayuda de otro ser humano y aquí está precisamente la esencia misma de nuestro nuevo sentido de vivir: un sentido de vivir lleno del sentimiento de solidaridad, del sentimiento de fraternidad. Es así como aquellos que llegamos a la animalidad, al detener nuestra enfermedad iniciamos el recomienzo de la evolución a la que tenemos derecho como seres humanos. Sabemos que una conducta errónea origina penosos estados internos. La honestidad, la sinceridad, la restitución y la buena voluntad han sido las piedras angulares de nuestro proceso. Sinceridad significa para nosotros encontrar nuestra autenticidad, echar abajo esa planta parasitaria a través de la cual hemos vivido durante toda nuestra vida activa: nuestro egocentrismo; dominar ese caparazón que nos reconcentró en nosotros mismos llenándonos de esa amargura que se llama soberbia.

En nuestros grupos hemos aprendido y hemos aquilatado el valor que cada uno tenemos como seres humanos, reconociendo como tal nuestra debilidad y también que hemos sido víctimas de una tremenda enfermedad llena de circunstancias, llena de presagios negros. Hemos diluido nuestro sentimiento de culpabilidad al admitir plenamente nuestra propia enfermedad. Hemos visto ilustrada nuestra propia locura en los Pasos de reparación, el Octavo y el Noveno. Hemos escuchado de nuestros compañeros lo que de manera personal hemos vivido: la violencia, la codicia, la lujuria y toda nuestra negatividad sinónimo de la locura humana. Hemos cargado a costas este dolor y el día de hoy sabemos que vislumbramos el camino de una nueva vida en el seno de un mundo que nada tiene de malo, de un mundo lleno de comprensión.



Por estas fechas, en vísperas de cumplir nuestro quinto aniversario, se impondría un balance, una simple y superficial revisión. Tal vez aquellos que en un determinado momento marcharon a abrir sus nuevos grupos hayan desaparecido del escenario de nuestro *Movimiento 24 Horas*, unos para buscar acomodo en los grupos llamados normales, otros han ido abriendo nuevos grupos porque su capacidad de adaptación al grupo inicial fue insuficiente, o porque esa inquietud de servicio los hizo buscar dar vida a la experiencia de iniciar un nuevo grupo de *Alcohólicos Anónimos*. Así ha nacido una veintena de grupos. Pero aquellos que se encuentran en constante contacto con nosotros y a cuyo lado hemos vivido la experiencia maravillosa de presenciar y participar en estas aperturas son a los que nos referimos.

A nuestra granja de Acultzingo, ubicada en una comunidad rural, en una comunidad que puede calificarse de alcohólica, no ingresaron los miembros lugareños, pobladores de este pueblo. Su mayor éxito y proyección lo tuvo por la afluencia de compañeros de lugares circunvecinos al propio puerto de Veracruz: Loma Bonita, Córdoba y Orizaba. De esta última ciudad llegaron curiosos a observar la novedad de una granja que funcionaba de acuerdo con la corriente del *Movimiento 24 Horas de Alcohólicos Anónimos*, José Luis, Agustín y Edmundo. Cada uno de ellos había militado en un grupo normal de hora y media ubicado en la ciudad de Orizaba. Habían permanecido sin beber cinco, cuatro y siete años respectivamente. Escucharon de labios de nuestros militantes de la granja de Acultzingo que *Alcohólicos Anónimos* no es nada más para dejar de beber, sino también para dejar de sufrir. A confesión propia, ellos habían podido, durante su militancia, tapar la botella, pero a la sazón manifestaban serios síntomas de angustia y no habían encontrado ni se había realizado en ellos la promesa

de *Alcohólicos Anónimos* de encontrar una vida de contentamiento, una vida feliz. La actitud emocional que exige nuestra recuperación y que denominamos derrota no se había producido en ellos, sino nada más la práctica de la mitad del Primer Paso. El temor que tenemos los alcohólicos a descubrir y a ser descubiertos en nuestra insignificancia, a desentrañar el sombrío secreto de nuestra nulidad o de la mengua de nuestra valía social nos hace temer enfrentarnos a nuestra propia realidad. En nuestras entidades terapéuticas hemos llegado a considerar que los Doce Pasos de recuperación nos lanzan hacia adentro de nosotros mismos en busca de la manifestación de nuestra autenticidad y en busca del desarrollo de ese yo que permaneció taponado durante tantos años. El alcohólico necesita cambiar de manera de ser, de manera de pensar y de manera de actuar. Es a fin de cuentas, un descarriado social, perdido, sin encontrar ni su hogar ni su ambiente, aislado, con ese sentimiento doloroso que todos hemos llevado a cuestas.

Al ir escuchando las experiencias de los compañeros de la granja de Acultzingo, estos tres compañeros decidieron darse la oportunidad de militar en esa conciencia que permanece en estado de sumersión total y que por el nivel, grado e intensidad de terapia tiene mayor oportunidad de desarrollar lo más auténtico de su ser y de descubrir el mundo de fortuna que llegamos a considerar los *Alcohólicos Anónimos* que consiste en poder conocernos, comprendernos y querernos los unos a los otros en forma tan supremamente buena, ir descubriendo atributos y virtudes, lo que ciertamente no hemos ganado ni conquistado volitivamente sino que nos lo ha concedido algo superior a nosotros; verdaderos dones espirituales para poder aceptar y para poder vivir en un mundo que consideramos extraño en nuestra vida de actividad, pero que asimilamos con facilidad en nuestra vida de sobriedad, identificados por el sufrimiento común fuimos

bendecidos también por una liberación común, por la gracia del dador de todos los dones.

A esta corriente se habían integrado estos tres compañeros. Comenzaron a hablar de sus sufrimientos, comenzaron a hablar de la manifestación de su egocentrismo. Uno de ellos hipocondriaco, sufriendo temores constantes, irracionales, de aquellos que solamente es posible que soporte un enfermo alcohólico. El otro, lleno de inquietud, no había podido trascender su deseo de buscar en el mundo de afuera lo que no había podido encontrar a través de su recuperación en él mismo. Poco a poco se fueron desvaneciendo los disturbios emocionales, poco a poco fue desapareciendo la angustia y fueron tomando conciencia de que solamente el servicio haría posible que trascendieran el nivel de su propio sufrimiento. Fue así como tuvieron la idea de iniciar un grupo en su propia ciudad, en Orizaba. Así nació el *Grupo 24 Horas Oriente*, de la ciudad de Orizaba. A la fecha es un grupo que alberga más de setenta compañeros. Tiene también, como todos los *Grupos 24 Horas*, su anexo para la mitad de esta conciencia. Los servidores han seguido estoicos e íntegros, han seguido viviendo las múltiples, las variadas experiencias que constituye el caleidoscopio de nuestra recuperación. Uno de ellos, por razones ajenas a su recuperación se trasladó al puerto de Veracruz e inició, en aquel entonces, los preparativos del que al día de hoy es el *Grupo 24 Horas La Redonda*.

De distintas partes de la república han llegado compañeros a militar en esta granja de Acultzingo. Aún está fresca en mi memoria la llegada a nuestro *Grupo 24 Horas* del compañero Luis Ángel. Le había sido transmitido el mensaje por un estimado compañero nuestro, el compañero Norberto. Había llegado como casi todos nosotros, a las gradas de la locura y de la muerte. Aceptó de buena voluntad unirse a la conciencia de nuestra granja de Acultzingo. Hablaba de que en su tierra natal, Torreón, tenía un rancho. Hablaba de una vida llena de aventura, pero llena también de sufrimiento.

Militó en la granja de Acultzingo cerca del año, laboró en los trabajos de servicio más pesados de esta comunidad, su crecimiento fue más aceptable para su tiempo y al cumplir el año tuvo la oportunidad de reintegrarse a la célula familiar y con ello vino la experiencia de su matrimonio. Recientemente fuimos invitados para el nacimiento del *Grupo Torreón*, con la terapia del *Movimiento 24 Horas de Alcohólicos Anónimos*. Junto con él laboran con entusiasmo Sara María y Sergio, un matrimonio alcohólico, nacido en nuestro *Grupo 24 Horas*. La recepción fue verdaderamente impresionante, una gran identidad y un gran espíritu de servicio, un gran afecto como sólo es capaz de desarrollarse en aquellos que hemos conocido el sufrimiento y la soledad.

En nuestro *Grupo 24 Horas* volvíamos a confrontar problemas de cupo, problemas de espacio y problemas de tribuna. El compañero servidor, el compañero guía, Guillermo L., tuvo la feliz idea de ampliar en otro local nuestro propio Grupo y hacia allá se desplazaron los compañeros José Antonio y varios compañeros que venían de la granja de Acultzingo. Habíamos vivido la experiencia de muchos de ellos que, al integrarse a la sociedad con nuestros principios espirituales, habían sufrido y vivido un proceso de adaptación demasiado duro que los había hecho bandear, motivo por el cual los servidores consideraban necesario que tuvieran un cierto proceso dentro de nuestro propio Grupo para ir contactando la sociedad de la cual fueron sustraídos por razones de vida. Por eso al compañero José Antonio lo acompañaron el compañero Lázaro, el compañero Benito, el compañero Juan, el compañero Ricardo, el compañero Enrique A. Todos los compañeros militantes del *Grupo 24 Horas* aceptaron gustosos guardias de 5 horas para fortalecer esa nueva fuente de vida. En la actualidad este Grupo alberga a más de 70 compañeros de militancia fija y más de 200 de conciencia flotante.

Del seno de la granja de Acultzingo también salió un compañero que había pasado más de siete meses integrado a la conciencia de esta entidad terapéutica, Benjamín Ch. A los

siete meses salió para integrarse al mundo de afuera. Venía de Tuxtepec, Oax., y comenzó a militar en el grupo de hora y media que existía en la comunidad. Por boca de él íbamos viviendo sus propias experiencias en contacto con estos compañeros, cómo trataba de transmitirles nuestro mensaje y mística de servicio, cómo los viejos caducos reveleban y defendían su esterilidad, experiencia muchas veces vivida en los senos de nuestros respectivos grupos, y un día recibimos una carta que decía: “Compañeros del *Movimiento 24 Horas de Alcohólicos Anónimos*, la presencia del compañero Benjamín Ch. Cuéllar en el seno de nuestro grupo ha sembrado el caos. Viene imbuido de ideas extrañas que consideramos ajenas a *Alcohólicos Anónimos*. Pretende la transmisión del mensaje a niveles públicos, habla de defectos de carácter, de emociones y de dependencias y muchos de nuestros militantes de cuatro y de cinco años han tenido que salir del Grupo por la presión de la terapia de ese compañero. Compañeros: S.O.S. Esto se hunde, es el caos”. Lejos de serlo, Benjamín Ch. Cuéllar nos dio la sorpresa y a los tres meses ha integrado este grupo, con la savia renovadora de nuevos militantes, a la corriente *24 Horas* y hemos tenido oportunidad de gozar de su hospitalidad, de su amabilidad, de su desprendimiento, de su afecto, y se ha consolidado otra fuente de vida dinámica, una fuente de vida hecha de vida activa, en donde cada miembro está consciente del papel que le toca desempeñar en el mundo donde vive, en la sociedad a la que pertenece, haciendo incesante la transmisión del mensaje, base y herramienta para conservarnos sobrios, para despertar en nosotros el afecto dormido, para tener la capacidad de recibir el afecto que nos manifiestan nuestros propios congéneres.

Con estas experiencias estábamos viviendo la preparación del quinto aniversario del *Movimiento 24 Horas*. Los grupos existentes dentro de esta corriente son los siguientes: GRUPO 24 HORAS – MATRIZ, dirección. AMPLIACION GRUPO 24 HORAS, dirección. GRUPO 24 HORAS HEROES, Fernando Montes de Oca No. 38, Col. Niños

Héroes. Tel.: 579-26-25. México, D.F. GRUPO 24 HORAS JOVENES A.A., Baja California No. 354, Col. Condesa Tel.: 277-15-56. GRUPO 24 HORAS CUAUHTEMOC, Río Danubio No. 39, Col. Cuahutémoc Tels. 514-03-32 y 525-03-48, México, D.F. GRUPO 24 HORAS ORIENTE, dirección. GRUPO 24 HORAS QUINTO PASO, dirección. GRUPO TUXTEPEC. CORRIENTE 24 HORAS, dirección. GRUPO 24 HORAS ENERO 74, Av. Bravo 1044 Ote. Tel. 736-38. Torreón Coah. GRUPO 24 HORAS GUADALAJARA, dirección. GRUPO 24 HORAS TOLUCA, dirección. GRUPO 24 HORAS MORELIA, dirección. GRUPO 24 HORAS 25 DE MARZO, CORRIENTE 24 HORAS, dirección. GRUPO 24 HORAS LA REDONDA, dirección. GRUPO 24 HORAS ZARAGOZA, dirección, GRUPO 24 HORAS TIZAYUCA, dirección. GRUPO 24 HORAS EL CALVARIO, dirección. GRUPO 24 HORAS INDEPENDENCIA, dirección. GRANJA ACULTZINGO, dirección. GRANJA TRES MARIAS, RODOLFO M., Km. 54 ½ de la Carretera Federal a Cuernavaca. GRANJA COLORINES, Domicilio conocido. Colorines, Edo. de México. GRANJA RANCHO VIEJO, dirección. Taxco, Gro. GRANJA JOVENES A.A., Reforma No. 26, Tulantongo, Edo. de México.

* * *

Después de esfuerzos esporádicos realizados por diversas personas e instituciones para apoyar la campaña de concientización sobre el problema de alcoholismo en México a través de los medios masivos de comunicación, la Dirección de Radio, Televisión y Cinematografía, por instrucciones de su directora general doña Margarita López Portillo, inició una campaña permanente dentro del vasto plan de servicio social que inició desde junio de 1979 Televisión Rural de México, dirigida por el doctor Luis

Cueto García. Mucho debe el enfermo alcohólico a esta pionera que marca una nueva era para los *Grupos 24 Horas de Alcohólicos Anónimos*, esta acción valiente y responsable del Estado mexicano nos llena de gratitud y reconocimiento. Otra amiga de nuestro *Movimiento* es la señora Amorita de Merino Rábago.

Nuestra inquietud nada tiene que ver con una campaña antialcohólica; es definitivamente una campaña en favor del enfermo alcohólico. En virtud de que al mismo tiempo se han transmitido mensajes de instituciones antialcohólicas, nos vemos en la necesidad de aclarar nuestra posición. Nuestro *Movimiento* es evidentemente tradicionalista. Nos mantenemos única y exclusivamente con nuestros propios recursos, aportaciones voluntarias de nuestros miembros. En nuestras unidades terapéuticas no se cobra un solo centavo al enfermo alcohólico, no tenemos médicos ni tenemos tratamientos medicamentosos para la rehabilitación del enfermo. No estamos en contra de la ciencia médica. Sentimos la urgente necesidad de que al alcohólico se le dé la categoría de enfermo para que tenga la oportunidad que tiene todo ser humano de acudir en busca de ayuda cuando ve menguada su salud. Sabemos por experiencia propia, por la honestidad de varios médicos mexicanos y la absoluta honestidad de la medicina en general del extranjero, que la ciencia médica poco tiene que hacer frente al enfermo alcohólico. Nuestra organización nos prohíbe entrar en controversia, apoyar a causas distintas a nuestro movimiento.

Definitivamente nosotros no podemos lucrar con el sufrimiento del enfermo alcohólico. Aquellos que lo hacen y que engañan a sabiendas, cargan sobre sus hombros la responsabilidad y complicidad criminal de cavar la tumba del alcohólico y de socialmente cargar el estigma de estafadores. Estamos conscientes de que la explotación

interhumana retorna de por sí y retorna mucho más en las luchas que se emprenden por abolirlas.

Nos hemos sostenido por un proceso misterioso y maravilloso, iniciado por el dolor acumulado en un espíritu que rompe la prisión de la materia, convertido en actitud de comprender a los corazones duros y soberbios, gracias a un principio de física-metafísica lo entendemos claramente. Los que practican el negocio, la empresa establecida sobre el dolor humano, se verían gravemente afectados por el planteamiento del borracho. La muerte de un alcohólico activo obligaría a confesar lo que todos saben y lo que todos callan, que son, han sido parte de la trampa más eficaz que los señores de este mundo han inventado para evitar la resolución que pide una parte de su humanidad perdida. Nuestros grupos están hechos de hombres que nadie quiere conocer, que a nadie interesan, que nadie admite, que a todos repugnan y que no tienen fatalmente dinero. Con ellos no funcionó nunca la empresa montada sobre el dolor humano.



Convocados sorpresivamente por el *Grupo Enero 74* con Luis Ángel, Sergio y Sara María a la cabeza, asistimos al Primer Congreso *Movimiento 24 Horas de Alcohólicos Anónimos*. Conclusiones sencillas como sencillos fueron los planteamientos no así las exquisitas atenciones de las que cada uno de los asistentes tuvimos ocasión de disfrutar. Pugnar por incrementar la transmisión del mensaje por radio y por televisión, iniciar la primera granja de la comunidad indígena de Atlanca en la zona de Songolica, Ver.; tratar de llevar el mensaje y la terapia de nuestros grupos a las comunidades rurales con el apoyo de TRM, fueron algunas de las conclusiones que se tomaron en el congreso, pero básicamente el seguir conviviendo, el seguir gozando de este tipo de reuniones

llenas de alegría y colorido a las que tan afectos somos los miembros del *Movimiento 24 Horas de Alcohólicos Anónimos*, verdadera fiesta del espíritu en donde sin formalidades cursis ni pretensiones egocéntricas reafirmamos una vez más nuestra enorme necesidad de dar y recibir amor y el estrechar la mano de nuestro prójimo más cercano, más semejante, más idéntico, de nuestro hermano el alcohólico anónimo militante de nuestras comunidades. Con este mismo entusiasmo se han iniciado ya los trabajos en la serrana región de Atlanca, Veracruz.

ÍNDICE

EL NACIMIENTO

EL RELEVO